

LA VIDA Y CHRÓNICA
DE
GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

LLAMADO POR SOBRENOMBRE

EL GRAN CAPITAN

POR

PABLO IOVIO, Obispo de Nocera.

AGORA TRADUCIDA EN NUESTRO VULGAR

1554

Con privilegio de Su Alteza por diez años (¹).

(Al dorso de la portada hay un escudo grabado en madera con las armas imperiales, y debajo se leen las siguientes licencias de imprimir):

Concede Su Alteza privilegio á Miguel de Çapila, mercader de libros, que ninguna persona, de qualquier estado ó condieion que sea, por tiempo de diez años, pueda imprimir el libro llamado la Vida y Chronica del Gran Capitan, ni traerlo á vender de otros reinos sin licencia suya; y si lo contrario hiciere, pierda los libros que hubiere imprimido y incurra en otras penas contenidas en el original privilegio. Dado en Valladolid á VI de Hebrero de 1554.

(Aquí un espacio como de dos líneas y sigue):

Fue visto y examinado el presente libro por los Muy Reverendos y Muy Magníficos Señores Licenciados Moya de Contreras y Arias Gallego, inquisidores del Reyno de Aragon.

(Espacio de otras dos líneas.)

Quédase imprimiendo la Vida del Marqués de Pescara.

(¹) Un volumen en folio, de dos hojas preliminares y setenta y nueve de texto. En el centro de la portada hay un grabado en madera que representa el busto del Gran Capitán, encerrado en un óvalo, con la leyenda *El Gran Capitán*. Al pie de él está el título de la obra, impreso á dos tintas, arriba inserto; cereado todo de una orla con grabados en madera que representan asuntos religiosos.

Al Muy Reverendo y Muy Magnífico Señor el Licenciado Moya de Contreras, Inquisidor en el reino de Aragón.

Muy Reverendo y Muy Magnífico Señor:

Haber de loar tales y tan raros y excelentes varones como son los que se igualaron con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, fué siempre obra y trabajo de un grandísimo cuidado y fatiga, porque no puede emparejar la invención y la doctrina ó el estilo con la grandeza de sus loores y merecimientos, ni por mucho que se alborocen los muy aventajados ingenios bastan á llegar á poner sus virtudes en aquel grado que ellas merecen. No embarcante que puede tanto la memoria de los hechos de semejantes príncipes, asentada y puesta en obra condeciente (sic) al valor que tuvieron, que como el mundo, cuando tiene tales hombres, aunque algunas veces los reconoce, pero las más no les tiene aquel respeto y reverencia que á sus maravillosas obras se debe, y muchas los persigue y maltrata. Por la scriptura y obras de un excelente y alto entendimiento, se consigue que sea su memoria tan esclarecida é ilustre que sobrepuja al favor que el mundo les dió en el mayor sucesso de sus hazañas y recompense con grande cúmulo á la invidia que les tuvieron. Gloriosísimo y valerosísimo príncipe fué el Gran Capitán, tal que su fama inmortal y eterna da por muy diversas vías ocasión que sea celebrado su nombre con perpetuos escritos. Y la doctrina y suma elocuencia del Jovio es tan eminente que mereció encargarse de ilustrar su nombre, lo cual él hizo con tanto sucesso que, aunque por otras obras sea muy estimado como uno de los muy señalados historiadores de nuestros tiempos; pero por estos libros que ha compuesto de la vida del Gran Capitán, no solamente ha ganado renombre de elocuentísimo y prudentísimo escritor, pero, lo que no es de tener en menos en autor extranjero, de muy diligente y fiel. El nombre del Gran Capitán me aficionó á leer esta obra más de una vez, y el deseo que conocí en v. m. que se leyese en nuestra lengua, á traducirla, cosa muy ajena de mi condición y de mi pereza. Poca necesidad hay en este lugar de acordar cuán rendida tengo mi voluntad al servicio de v. m.; pero todavía quise que se entendiese que, de cualquiera fatiga mía, muchos días ha que le tenía en mi pensamiento dedicadas las primicias. Bien sé que otras pudiera haber en que tuviera más parte mi trabajo, siendo de mí propio caudal, si le hubiese; pero como me aseguré que éstas habían de ser más aceptas, todo lo pospuse por obedecer en esto, confiado que lo rudo y grosero no se echará tanto de ver, porque llevarán á v. m. elevado las maravillas y hazañas de este hombre, y quedaré yo con alguna excusación relevado de ocuparme de aquí adelante en obra de esta calidad, porque no se hallará otro Gran Capitán con cuyos hechos pueda yo á v. m. entretenerle sin aventurar de ser descubierto el daño en lo que de mi casa pusiese. Guarde Nuestro Señor y prospere la muy reverenda y muy magnífica persona de v. m. con acrescentamiento de estado. De Zaragoza á seis de Febrero de 1554.

Señor: besa las manos de v. m. su muy cierto servidor,

PEDRO BLAS TORRELLAS.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DE GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

LLAMADO POR SOBRENOMBRE

EL GRAN CAPITÁN

POR PABLO JOVIO, OBISPO DE NOCERA.

Yo quisiera que la fortuna hubiera concedido á la afligida y casi arruinada Italia lo que verdaderamente fuera mediano consuelo, en especial en estos tristes y llorosos tiempos, que acaesciera á nacer en ella este hombre, el cual fué tan excelente y capitán nunca vencido entre los otros de nuestra edad; porque después que por nuestras locas discordias habemos perdido toda la reputación y gloria de la antigua guerra, sin duda que el cruel dolor de esta perdida libertad, recibiendo este bien, fuera menor. La vida de un hombre extranjero entre las otras vidas he determinado escribir porque cansado de la continua y larga fatiga, tuviese alguna recreación y descanso, y también porque el ejemplo de una clara y perfecta virtud, que en la historia no ha sido lícito engerirla, la sepan todos para podella imitar. Aunque no creo que Italia esté tan desierta de valerosos hombres en paz y en guerra dignos de todo loor, por lo cual se pueda pensar que en ella se haya del todo perdido la casta de los capitanes antiguos, los cuales con la verdadera virtud y esfuerzo. han sido vencedores de todas las otras edades y naciones. Porque si queremos considerar las grandes pérdidas y calamidades de la guerra, que no sólo en Italia, mas aún en todo el universo mundo han sucedido, y de ellas se ha seguido una dolorosa mudanza en todas las cosas, confesaremos que en estos trabajosos tiempos ha

habido muchos hombres que con sus esfuerzos y claras hazañas se han querido igualar con los triunfos de los antiguos. Que si el Imperio romano estuviera en pie y firme y la disciplina militar unida y no corrompida, hasta el día de hoy, y los bárbaros crueles enemigos no nos hubieran sembrado discordia y bandos que con ellos nos han quitado el entendimiento, es cierto que ninguna edad se igualaría á esta nuestra en ser abundante de valientes soldados y valerosos capitanes. Porque la invencible fortaleza de la floresciente república con las fuerzas de los emperadores y aquel siempre felice y saludable consentimiento de Italia, de la cual fueron sojuzgadas todas las cosas, hombres medianos que acaso habían sido hechos capitanes, nos procuraron grandes victorias y alcanzaron grandes triunfos. Mas la fortuna en este enojoso tiempo ha mostrado otra semejanza de cosas á los capitanes de nuestra edad, los cuales muchas veces han tenido mayor trabajo en tener á los soldados sojuzgados y en obediencia que en vencer á los enemigos en las peligrosas empresas y dudosas batallas; porque vemos del todo perdida y muerta la disciplina militar, ó por la flaqueza de las fuerzas de Italia, la cual está opressa de la multitud de los señores, ó por la larga enfermedad de la negligencia. Y así, permitiéndolo nuestro hado, es necesario que la busquemos, con poca honra nuestra, en las naciones extranje-

ras, las cuales las recibieron de nuestros antepasados con mucha gloria. Porque si consideramos con qué obediencia de soldados, con cuánta religión de capitanes y maestros de campo, con qué severidad de capitán general la guerra estaba fundada, juzgaremos ciertamente ser muy pocos los que son merecedores del nombre de buenos soldados. Y también por un antiguo vicio tienen á deshonra y menos valor algunos caballeros ó hijosdalgo, los cuales tienen esfuerzo y destreza para la guerra, ser soldados á pie, lo que en nuestros antepasados fué muy honroso, y de aquí viene que la infantería se hace de hombres serviles y bajos, los cuales pelean más con un ímpetu temerario que con cierta razón de guerra, y á veces ó por vileza de ánimo y vergonzosa alevosía están á punto de hacer traición al capitán, en la mano del cual está puesto el consejo, peso y gobierno de la guerra. No es de maravillar que los soldados desemejantes en lengua y costumbres no tengan todos un fin en el guerrear ni pueden tener una voluntad en ser gobernados de capitanes, si primero no prueban la fuerza del imperio con crueles ejemplos de justicia, manchando muchas veces la majestad del nombre, el cual fué siempre más poderoso por reverencia que por severidad. Pues ¿cuál será aquel capitán general, si no fuere como por milagro, que con razón gobierne la guerra, viendo que muchas veces los soldados, recibida la paga, se le pasan al campo del enemigo, en las obras ordinarias no quieren trabajar, estando en la orden roban, no pueden sufrir que un punto en el campo falten vino ó vituallas, y finalmente, no se avergüenzan al tiempo de dar alarma, teniendo el enemigo delante, de demandar la paga? Pues ¿qué general habrá que quiera perdonar á los soldados que por una ligera ocasión muchas veces se amotinan? ¿ó que sean obstinados, sediciosos y fugitivos? ¿Quién jamás podrá corregir con ingenio y prudencia estos errores, que verdaderamente son mensajeros de la calamidad y de la pérdida? Pues en el medio de estas dificultades, de esta depravada disciplina, los capitanes de nuestro tiempo con grandísima fatiga han combatido. E ninguno tiene duda que estas cosas no les hayan sido muy grande estorbo á su esforzado valor, el cual indubitablemente caminaba á la cima de la gloria de la guerra. Florescien-

ron igualmente muchos ilustres capitanes cuyas hazañas habemos extendidamente escrito en nuestra historia, así italianos como extranjeros, los cuales por diversos caminos alcanzaron grandísimos títulos y renombres. El primero es el Triultio, el Conde Pitiliano, Francisco Gonzaga, Pablo Vitelio, Bartolomé de Albiano, don Gastón de Fox, el Conde Pedro Navarro, el Próspero Colonna y don Hernando de Avalos, que en el medio de su edad la muerte nos le llevó. Porque ¿quién con mayor consejo y artificio ha tratado la guerra que el Triultio, que desde su niñez hasta la edad decrepita se ha ejercitado en todos los oficios de la milicia gloriosamente? El cual siendo lleno de todo loor y honra, en esto fué clarísimo, que muchas veces sin muerte ni herida de los suyos rompió y desbarató grandes ejércitos de enemigos. ¿Quién podrá igualarse en la constancia, en el juicio y vigilancia con el Conde Pitiliano, capitán gravísimo y muy reposado? ¿Quién se igualará con el Gonzaga, Marqués de Mantua, en autoridad y en esplendor, en el amor de los soldados, en los aderezos de los caballos y armas, en la animosidad, en un ardor y esfuerzo de corazón valeroso? ¿De qué loor no será merecedor el Vitelio, el cual, movido de un encendido deseo del amor militar, en especial de la disciplina doméstica, de la cual fué siempre muy curioso, trató y manejó las armas que si la muerte no le hubiera arrebatado en medio de la vida, el sólo se creía que bastaba para recobrar y defender la perdida libertad de Italia? No dejarán de loar grandemente los que vendrán después de nosotros la siempre pronta y presta industria de Bartolomé de Albiano, hombre ejercitado, agudo y terrible. ¿A qué edad no pondrá espanto y maravilla el mozo y tan mozo don Gastón de Fox, el cual primero fué capitán general que soldado, primero clarísimo vencedor que recibido por general, que con una increíble pres-teza en pocos días ganó muchas más victorias y más nobles que ningún otro capitán viejo en el término de su larga vida? El Conde Pedro Navarro fundado en todos sus hechos en un verdadero valor y esfuerzo, no siendo de ilustre linaje, fué famosísimo, así en la adversa como en la próspera fortuna. Y ciertamente hubiera ganado el renombre de excelente capitán si la insolente fortuna no le hubiera derribado en esta miserable y última

prisión. Próspero Colona fué de una ilustre y firme prudencia, un ánimo templado, una grande é increíble autoridad en la disciplina militar, más manso que severo, con un continuo concierto de vida delicada, y aunque por otro no mereciese loor, por esto sólo le conviene como á capitán de sangre romana, que con un instinto severo y piadoso, especialmente con los soldados extranjeros, como amador de su patria, ha tenido siempre apartados los inconvenientes y daños que de la guerra le pudieran suceder. Pues don Hernando de Avalos, Marqués de Pescara, sucesor en la misma guerra y en el imperio, ¿qué pregón de gloria le será bastante para dalle loor á su merecimiento, el cual en todas las guerras que trató se hizo admirable con tan nobles é incomparables victorias ganadas con sólo su divino consejo y con su fortísimo y valeroso brazo, que lo han ensalzado encima de la cumbre de la verdadera gloria militar? Mas de todos estos excelentes capitanes de que poco ha habemos hecho memoria, en ninguno de ellos se hallará que hayan cabido juntamente todas las virtudes militares. Porque á los unos en las grandes empresas les ha faltado el verdadero esfuerzo, ó á los otros el maduro consejo, ó á los otros la clara fama de la entera fidelidad y á muchos la misma fortuna, la cual en los sucesos de la guerra se ha usurpado el gobierno y se ha hecho señora, de suerte que ni nosotros ni los que vendrán osarán esperar de ver con los ojos un perfecto capitán general. Porque si nosotros queremos ajuntar todas las virtudes de todos en uno, quitados aparte los vicios, y formar en el ánimo y proponer de vello, para igualarle y aventajalle á todos los otros, es cierto que el Gran Capitán Gonzalo Hernández, así por merecido y felice renombre como por la virtud del ánimo y por la alta y gentil disposición, hace muy grande ventaja á todos los capitanes de nuestro tiempo.

Nació en Córdoba, ciudad antiquísima del Andalucía, madre clarísima de singulares ingenios; y si queremos buscar testimonio del tiempo del Imperio Romano, hallaremos que salieron los nobilísimos poetas Lucano y dos Sénecas, ó si queremos las cosas más recientes, del tiempo de los moros, después de echados los godos y vándalos, cuando cuasi toda la España fué sojuzgada de las armas africanas, á Córdoba fué traída la escuela de

las letras arábicas y florecieron en ella con singular abundancia de maestros. Hallamos que los antecesores del Gran Capitán fueron nobilísimos y valerosos guerreros, por lo cual se llamaron de Aguilar. Porque, como se puede pensar, con privilegio de una ilustre virtud solían llevar el águila, insignia noble de la legión romana, tal que es de creer que de la honra de aquel honrado cargo, la familia tomó aquel apellido, no faltando jamás en aquel generoso linaje hombres esforzados y valerosos, bastantes para ganar gloriosas empresas, y así la tierra que ellos habitaron se llamó de Aguilar. Los godos usaban que de una gloriosa hazaña tomase el nombre todo el linaje, lo que se debe de tener á vergüenza que en España la claridad del linaje no proceda de otra parte que de la sangre de los godos. No afirmaré por cosa cierta esto del águila de la legión romana, aunque es grande rastro de la verdad, porque los de Aguilar, antes que se llamasen de Córdoba, trajeron el águila por sus antiguas armas, y así es lícito á los escritores, con licencia de los lectores, traer los principios de los hombres generosos, de los ilustres, y de aquí viene que con razón nos maravillamos que algunos poetas y escritores de historias, que pudiéndole derechamente, sin mudar una sola letra, llamarle Gonzalo con su certísimo nombre de Aguilar, le hayan llamado gofamente una vez Agidario, otra Agelario, como yo creo de la corrupta voz de la tierra de Aguilar, donde según la costumbre de aquella nación, como se puede ver en España y en Francia, que muchos linajes han tomado el nombre de la señoría y posesión de la tierra. Pero Gonzalo Hernández, según tengo entendido del Duque don Luis, su yerno, decía que él era nacido de la familia de los de Córdoba, aunque en sus cartas familiares dejase atrás el nombre de la ciudad y de la familia, por ser conocidos de todos sus parientes del nombre de la tierra.

Pues como el Rey don Hernando, después de muchos trabajos y largo sitio, hubiese ganado la ciudad de Córdoba y en él los de Aguilar haberle bien servido, por honra de la ciudad ganada tomaron el sobrenombre de Córdoba, como más noble; y aunque el linaje de los de Córdoba deciendo de muy alta cepa y está extendida en muchos ramos, por distinguir los parentados, muchas veces recibe

muchos renombres ó de las tierras que señorean ó tomando el apellido de las madres. Don Pedro de Córdoba, padre de Gonzalo Hernández, fué en su mocedad muy ejercitado en la guerra de los moros antes que el reino de Granada fuese ganado, y siendo así por gravedad de consejo como por fortaleza, militar muy reputado entre los principales grandes, murió en el medio de su edad en Toledo de mal de costado, dejando de su mujer doña Elvira de Herrera, señora de nobilísima sangre y de grande hermosura, á don Alonso de Aguilar y á Gonzalo Hernández sus hijos, mozos de poca edad, los cuales después se mostraron de gran fortuna y gloria en muchas guerras.

Florescían entonces en Córdoba dos parcialidades, y ambas á dos de la casa de Córdoba: la una se llamaba del Conde de Cabra, la otra de Aguilar; de ésta había sido esforzado capitán don Pedro. Después que fué muerto, los del bando de Aguilar, en sus escaramuzas y contiendas, no querían por capitán sino á los dos hermanos huérfanos del padre, aunque muy mozos; y muchas veces en sus batallas los llevaban delante, teniendo por cierto que con tales capitanes no podían ser vencidos de sus enemigos. E siendo ya ellos hombres hechos, siguióse luego la conquista de Granada, los cuales, como nacidos y criados en medio las armas civiles, florescieron en ella, con próspera y gloriosa fama, y desde Antequera, tierra vecina á Granada, hicieron á los moros grandes y crecidos daños. El don Alonso era mayor de tres años que Gonzalo Hernández, y por ley y costumbre de España heredó el mayorazgo, de manera que á Gonzalo no le quedó más que una poca hacienda y sola la esperanza que le prometían la fortuna y su valor. Porque en este modo sus antiguos padres tienen por cierto que la noble juventud, después que en cada linaje al primer hijo le toca toda la hacienda por mayorazgo, los otros hijos, apretados de la miseria y pobreza, deben aspirar á nuevas esperanzas y á los ejercicios de la guerra, donde se alcanzan grandes premios, como es averiguado que los mozos generosos se suelen despertar de un ocio infame y dejando el regalo ganar en la guerra grande honor.

Gonzalo Hernández, mozo sin barbas, ayudado de la liberalidad de don Alonso de Aguilar su hermano, le trajeron al servicio

del mozuelo Rey don Alonso, acompañado de Diego de Carcamo, sabio y honrado caballero. Este, haciendo el oficio de ayo y maestro, adestraba á este mozo enseñándole costumbres muy excelentes. El cual con ánimo encendido y con la disposición de un fortísimo cuerpo, aspiraba á hacerse valeroso y esforzado. Fué encomendado al Rey don Alonso de algunos amigos de su padre, hombres de suma dignidad y grandeza, los cuales fueron don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, y don Juan Pacheco, Maestre de Santiago. A pocos días que asentó en su servicio murió de enfermedad el Rey don Alonso, y pocos meses después, habiendo quedado huérfano del Rey su señor y siendo ambos de una edad, la Reina doña Isabel, estando en Segovia, le envió á mandar que con las mismas condiciones le viniese á servir. Era esta Princesa hija de don Juan, Rey de Castilla, hermana y heredera del Rey don Enrique y del mozuelo Rey don Alonso, casada con el Rey don Hernando de Aragón, la cual por razón de la dote ajuntó los reinos de la una y otra Castilla con los reinos de Aragón y Valencia; Princesa así por la grandeza de ánimo generoso y prudente como por el loor de la pudicia y religión merecedora de ser igualada con las antiguas. Estando Gonzalo Hernández en la Corte de estos Reyes, cuando se hacían torneos, justas ó juegos de cañas, siempre en estos ejercicios se llevó el precio á todos los generosos de su edad, y era llamado de la multitud del pueblo Príncipe de los caballeros, porque les hacía grande ventaja así en la grandeza de la fuerza como en la alta y gentil disposición y hermosura de rostro y en la muy buena conversación, la cual, ajuntada con las otras virtudes, señorea grandemente los ánimos de los hombres. Tenía en compañía de éstas aquella que suele ganar las voluntades del pueblo, que es la espléndida liberalidad, el cual con la grandeza de ánimo no ponía término en el gasto y procuraba en caballos, armas y aderezos de gala y en grande y honrado plato adelantarse de todos los hijos de los grandes señoríos. Eran quizá estos gastos un poco mayores que sus rentas, mas eran tan grandes que pasaban el término de toda esperanza, la cual parecía que le prometía grandes señoríos. E así un día que no era muy solemne se vistió una ropa de carmesí aforrada en martas

cebellinas, que le había hecho de costa dos mil ducados. Su ayo Carcamo, de que la vido, no supo qué decille. Don Alonso de Aguilar severamente le persuadió, y en parte como hermano le rogó, que se dejase de tan excesivos gastos. Porque á la fin del año, si no se ponía en ellos remedio conveniente, con vergüenza de ambos y con placer de sus enemigos les sería forzado de fallir. A esta carta Gonzalo Hernández respondió casi en estas palabras:

«Verdaderamente, señor y hermano, que vos no seréis parte para quitarme aquella grandeza de ánimo que Dios me ha dado con el meterme delante este vano temor de la pobreza que ha de venir, porque no tengo ninguna duda que dejaréis de favorecer con vuestra hacienda al vuestro querido hermano, ni aun Dios, el cual con cierta providencia siempre suele favorecer á aquellos que caminan á la honra, ni menos me faltará la fe dada del secreto de las estrellas».

Ya se iba pronosticando grandes riquezas con las cuales pudiese satisfacer á los deseos de su liberalidad y magnificencia. Con esta arte y medios procuraba de hacerse bien quiso de todos los cortesanos. Y como era muy ardiente y deseoso de la guerra, acaesció que luego sucedió la guerra contra portugueses, y la Reina doña Isabel le envió á don Alonso de Cárdenas, el cual á la hora estaba en Trujillo, capitán general del ejército, y obtuvo licencia de ir por lugarteniente de la capitania de su hermano don Alonso, la cual era de ciento y veinte hombres de armas. Este fué el principio de su militía, el cual fué con tan próspero suceso, que habiendo dado una batalla junto á Albohera y el capitán general ajuntados los caballeros y soldados por dáles gracias y loalles cómo en la batalla se habían habido tan esforzadamente, al que entre los otros dió más honra y con más aventajadas palabras fué á Gonzalo Hernández, así como aquel que en lo recio de la batalla le había visto bravosamente pelear y le había conocido por las armas y devisa.

Pasados pocos días después el Rey don Hernando y la Reina doña Isabel movieron una gran guerra contra los moros, y deseando poner temor y espanto á la ciudad de Granada, habiendo ya ganado á Alhama, pusieron cerco á Taiara. Este es un lugar de grande comodidad y muy fuerte, talmente que deseán-

dola ganar, dieron el cargo de dar el asalto á Gonzalo Hernández. No dudó nada el animoso mozo el allegarse á las murallas, y como el lugar era áspero y pedregoso, ni tenía terreno para poder hacerse reparos, mandó hacer algunos ingenios en los cuales había puertas y ventanas y hízolos cubrir de mucha rama que de aquellos huertos había grande abundancia, porque los soldados estuviesen muy guardados y firmes en el combate y batería contra las saetas y armas de los enemigos. Y él animosamente se metía delante todos en los peligros del combate, sin jamás fatigarse, renovando siempre en todas partes el asalto, de manera que los moros, grandemente espantados de la novedad de los ingenios y de la animosidad y esfuerzo de Gonzalo Hernández, demandaron parlamento, y siendo él el medianero se rindieron con ciertos partidos. Habiéndose por esta manera Taiara ganado, Gonzalo Hernández ganó fama de valeroso soldado y hombre de grande industria y elocuencia en procurar que el capitán de los moros aceptase las condiciones que él le dió. El campo se levantó de Taiara para Illora. Illora es una ciudad fuerte vecina de Granada casi cuatro leguas, muy provechosa á los moros para traer las vituallas, y ellos en todas sus empresas la tenían por un seguro acogimiento.

El Rey, maravillado de lo que en Taiara había visto, la grande presteza é industria, el nuevo y súbito reparo, á solo Gonzalo Hernández dió la empresa de combatilla, donde con tanta furia las murallas fueron batidas del artillería, que en algunos lugares la muralla fué echada por el suelo. Los moros, cansados de los continuos combates y por la mayor parte heridos de los escopeteros, perdieron el esfuerzo y ánimo. Halatar, su capitán, llamó á Gonzalo Hernández á parlamento y en su poder y manos dejó todo el negocio del rendir á Illora, y así con voluntad del Rey, la tierra se rindió con aquellos capítulos y condiciones que Gonzalo Hernández concertó, la cual presa fué después muy grandísimo daño á los moros. El Rey dió la tenencia á Gonzalo Hernández. Entonces fué la primera vez que por su merecimiento le hizo capitán de ciento y veinte hombres de armas, como lo había sido su hermano don Alonso. La Reina doña Isabel en esto le favorecía mucho por animalle á las cosas de la guerra, y así para

la defensa de Illora le mandaron proveer de muchas armas, artillería, municiones, abundancia de vituallas, hombres de armas y soldados escogidos, y para la paga de sus soldados le fueron consignadas ciertas rentas.

Habiéndose sin duda adquirido nombre de Grande, desde Illora como él lo deseaba, mostró valor de un indómito cuerpo y de un ánimo valeroso para ganar renombre de ilustre. Porque como estaba más allegado al enemigo que ningún otro frontalero, cada día se ejercitaba en continuas escaramuzas, y á vista de los de Granada hacía á los lugares circunvecinos muy grandes daños. Y ajuntada su gente con la de Alarcón, con el cual estaba á la guardia de Moclin, corrió hasta la puerta de Granada, la cual se llama Bibataubin; aquí arruinó los molinos, mató molineros y quemó las puertas. El Rey de Granada despertado de este temor y la ciudad espantada del tumulto, teniendo sospecha que Gonzalo Hernández no sería tan osado de así á la ventura emprender una empresa tan grande sino con engaño y asechanzas de quien con traición le había asegurado. Reinaban entonces dos Reyes en Granada, y entre ellos había grande discordia. Porque muerto Buluacen, su hermano Baudelin, habiendo atraído á su favor y devoción la mitad del reino, habiase usurpado el nombre de Rey, y así en obra como en nombre él era Alzagal, que en lengua morisca significa la fuerza de un hombre valeroso y esforzado. Había un otro hijo de Buluacen, del mismo nombre llamado así del padre cuando vivía, por una ciudad que le había dado el Rey Gaudicem. Este era llamado de los españoles el Rey Chiquito, porque en edad é disposición era menor que el tío. Estaba en el alcázar del Albaicín y el otro en el Alhambra. La ciudad de Granada creció de las ruinas de la antigua Illiberi; está hecha como una granada, que siendo madura se viene á abrir el casco. Estos dos alcázares están asentados en dos collados, el uno en derecho del otro, edificados de los delicados Reyes con mayor estudio de regalo que de fortaleza, y á la verdad con mucha razón son juzgados por muy excelentes y maravillosos, así por los odoríferos jardines de cedros y naranjos y fuentes vivas como por los hermosos pavimentos, labrados y dorados, tal que tiene una cierta semejanza de nave que el un alcázar tiene la proa de la ciu-

dad y el otro la popa. Está la ciudad partida por medio de una valle muy poblada de casas. El pueblo estaba diviso en dos partes de calle en calle. Primero habían tenido muy grandes contiendas sobre la sucesión del reino, después metieron mano á las armas y á la guerra intrínseca. Tenían las salidas de las calles cerradas con grandes maderos para estorbar las correrías y eran defendidas y guardadas de hombres armados. Porque los hombres sediciosos y avaros más de lo que se puede creer naturalmente sospechosos y tras esto de poca fe con todo esfuerzo mantenían las discordias de los Reyes por tener entonces lugar de hacer grandes robos, tales que de la una parte y de la otra por el interés del reino, siendo ellos corrompidos y apartados de la verdad y justicia y temiendo cada uno de ellos de la traición de los suyos, los incitaban y persuadían al robo y á las muertes, por las cuales causas estaba la ciudad alborotada y partida en dos parcelidades. El Rey Chiquito era inferior en fuerzas y así con grande trabajo mantenía su partido, sobrepujándole el más viejo, el cual estaba plático en gobernar y en templar con mayor astucia y constancia los ánimos de los suyos, y procuraba con todo artificio y maña que no hubiese en Granada más de un solo Rey, el cual en las guerras de fuera pudiese con enteras fuerzas defender el estado de los moros de la injuria de los españoles y conservar la cabeza del reino y la tierra de Granada. Al Rey Chiquito le acrescentaban el temor los importunos y avaros soldados demandándole la paga, señalándole la rebelión, la cual faltando la entrada de las rentas, con gran trabajo se podía cumplir con ellos, y á la clara decían que se querían pasar á Alzagal, amigo de la multitud y liberal como Rey legítimo, tanto que el Rey Chiquito, desesperado y temiendo de alguna traición, había determinado antes de llamar en su ayuda y favor á los españoles que no obedecer al tío.

Gonzalo Hernández hecho cierto de esto por las espías y por algunos prisioneros, determinó por el medio de algunos hombres bastantes de procurar con el Rey que dándole rehenes que él entraría en la ciudad y se podría servir en su favor de los españoles contra el Rey su tío y enemigo. Concertadas sus cosas secretamente y dado el Rey á sus hermanos en rehenes, Gonzalo Hernández,

juntamente con Martín de Alarcón, hombre valerosísimo y su grande amigo, el cual en algunas cosas de grande importancia le había sido muy fiel y esforzado, entró en Granada llevando una valerosa compañía de ballesteros y escopeteros y dos capitanías de gente de á caballo, con los cuales de improviso fuesen los moros acometidos por las estrechas calles y cantones de la ciudad. Llevó también consigo dineros para dar la paga á los soldados moros, muchas piezas de paños finos y de sedas para dallas á caballeros de la corte, á fin de mantenellos en la fe y servicio del Rey, porque andaban algo dudosos y solevantados. Esforzado el Rey Chiquito con esta ayuda y favor peleó muchas veces en la plaza y por las calles haciendo muy grandes daños á su tío, y en todas partes apretó mucho los tumultos de su bando. Porque por la liberalidad de Gonzalo Hernández y por el amistad de los españoles, todo el pueblo, generalmente de una continúa tristeza, se había levantado en una grande alegría y descanso, pareciéndoles estar aliviados de la pesadumbre de la guerra y levantados en una cierta esperanza de grande ganancia y comodidad, porque los moros que estaban en servicio del Rey Chiquito podían seguramente en todo lugar comprar y vender, y los españoles les guardaban la fe, y en Illora eran amorosamente recibidos y pasaban por todas las otras villas y lugares, hasta en Córdoba y en Sevilla. Solamente las armas de los cristianos se empleaban contra Alzagal y sus vasallos.

Entretanto que Gonzalo Hernández hacía estas cosas al derredor de Granada metió toda su fuerza é industria en procurar de echar fuera de la ciudad á Alzagal, y cuando él se hubiese algo alejado cercalle de fuera y apretalle. Está muy cerca de Granada el castillo de Alendín, fortaleza de grande comodidad, la cual se guardaba por Alzagal. Gonzalo Hernández dió aviso á los capitanes que estaban en guardia en los lugares vecinos que viniesen á combatir este castillo, dándoles orden del cómo y cuándo se viniese á dar el combate, á fin que el Rey moro fuese apretado á socorrer á los suyos puestos en tanta necesidad y trabajo y forzalle á que viniese á batalla. La fortuna enderezó en este modo el suceso del comenzado consejo: que corriendo, según el orden dado, Alonso de Peña Vela, de la tierra de Loja, y Sancho López, de

Alhama, hacia Alendín, robando y saqueando toda cosa, sabido esto por Alzagal de los que venían huyendo, por no ver delante sus ojos aquella llorosa calamidad, determinó salir fuera por dalles socorro. Ya estaba junto al campo del Almoraba, cuando le vinieron los principales Alfaqúis, que son de muy grande autoridad y veneración para con el Rey, porque creen que tienen la ciencia del saber las cosas por venir, con muy grandes conjuros y ruegos, persuadiéndole que no saliese fuera en ninguna manera, porque él salido el enemigo intrínseco le cerraría las puertas de la ciudad, y no fuese por los españoles hecho pedazos. La sospecha que le ponía el aviso de los Alfaqúis no pudo parecer vana, porque luego que el Rey paró en no ir adelante, á la hora se le pusieron al encuentro Gonzalo Hernández y Alarcón metidos en orden debajo de sus banderas. Alzagal habiendo hecho alto en el campo de Almoraba, con grande esfuerzo comenzó una escaramuza, donde los españoles apretaron y metieron en desorden la gente de Alzagal y mataron en aquel encuentro muchos de sus familiares y amigos y los hicieron retirar á más andar para la ciudad, habiendo concebido por esto grande temor, y en especial por habérselo dicho los Alfaqúis, antes que el caso sucediese y haberse tenido tan poco lugar para recogerse y verse libre de un tan grande peligro.

Pocos días después Gonzalo Hernández mandó á Alarcón que se volviese á Moclin y él se fué para Illora, no dejando jamás pasar oportunidad por la cual pudiese hacer daño á los enemigos moros, procurando con grande diligencia de hacerse amigo de los caballeros de la una parte y de la otra, los cuales estaban en Granada ó en guardia de los castillos, haciéndoles muchos presentes y á veces enviándoles los prisioneros sin ningún rescate. Procuróla con mayor diligencia y artificio la de Halatar, el cual había estado capitán en Illora y ahora estaba con gente á la guardia de una villa que se dice Mondéjar; y tuvo tales formas que hubo dél aquel castillo, que después que le tuvo á su mano y puesto en él guardia de cristianos, fué causa de grande temor y espanto á los de Granada, pareciéndoles que Mondéjar, vecino del castillo de Alendín, y Gonzalo Hernández metiéndose para adelante podría hacer muy continuas correrías y grandes daños. Movido de

este peligro, Manphot, hombre valeroso y buen capitán, el cual estaba á la guardia de Alendín, con una parte de su gente se fué á Nihula, la cual tierra está apartada un tercio de legua de Mondéjar, por refrenar y meter estorbo en las correrías que harían los cristianos, atajándoles los caminos de un conveniente y cómodo lugar. Pero Gonzalo Hernández estorbó sus designos con la presteza, porque antes que se hubiese Manphot fortificado, fué cercado é vivo le vino á las manos. Este pocos días después, siendo tratado humanísimamente, así como aquel que deseaba mucho la libertad, vino á partido que daría el castillo de Alendín con que le dejasen ir libre sin pagar rescate. Cierta que fué hecho con menor deshonor que lo de Halatar, pues parece que lo hizo por su libertad. E siguiendo Abenmelech el ejemplo de estos dos capitanes (porque estando los Reyes discordes había perdido la esperanza de las cosas de los moros y también Gonzalo Hernández le había dado á entender que muy presto vendría el Rey don Hernando con un grueso ejército) entregó, salva la hacienda, á Mahala, la cual debajo de su fe le había seído encomendada. Puso tanto espanto esta nueva y tanto lloro en Granada, que los Alfaquíes iban corriendo de acá para acullá persuadiendo á ambos los Reyes, por causa del bien universal del estado y por amor de la religión, puestos los enojos aparte, hiciesen tregua por cierto tiempo, y así se concertaron.

El Rey Chiquito, olvidado de sus hermanos que estaban en rehenes, se dió priesa de ir á combatir el castillo de Alendín, antes que los cristianos le fortificasen, donde con una grande presteza venció la guardia, lo recobró é sin poner tardanza quiso poner sitio á Mahala, donde estaba Gonzalo Hernández, teniendo por cierto que siendo preso, fácilmente cobraría á sus hermanos, los cuales tenía en guarda Alarcón en el castillo de Porcuna. Pero una nueva no pensada le quitó á Babelín aquel pensamiento, dándole á entender que los cristianos cercados en Salobreña les faltaba el agua y desesperados por la sed de poder tener el castillo si él fuese allá sin ninguna duda se le entregarían. Mientras Babelín amenazaba á los cercados con grandes crueldades si no se le rendían, los cristianos estaban determinados de pasar por todos los males y trabajos antes que faltar á su

honra en un cabello. El tiempo en estas cosas se consumió en vano, y en este medio allegaron los Condes de Tendilla y de Cifuentes con mucha caballería é infantes, viniéndoles muy cerca el Rey don Hernando con el resto del ejército. Babelín habiendo entendido la venida del Rey y de su ejército, por desusados caminos, por junto á la Sierra Nevada, se retiró para Granada con tanto desorden, que perdiendo el bagaje murieron muchos hombres honrados de la retaguarda. Y queriendo la fortuna castigar un hombre ingrato y traidor le derribó en las asechanzas y celadas, que habiendo llegado á Lucena y comenzando una escaramuza fué desbaratado y preso por don Diego de Córdoba, Conde de Cabra, pariente de Gonzalo Hernández. Este fué agüelo paterno de don Luis de Córdoba, yerno del Gran Capitán, el cual murió embajador en Roma. Aquí Babelín, diciendo que era capitán y no Rey, fué descubierto por un caballero moro que era prisionero, el cual llorando se había derribado á besalle los pies. E á la hora el Conde de Cabra le llevó al Rey don Hernando. Y por honrada memoria de aquella gloriosa hazaña le dió que perpetuamente en el escudo de sus armas pudiese traer la figura de un Rey encadenado y veinte y cuatro estandartes moriscos que había ganado en la batalla.

Pocos días después el Rey mandó combatir el castillo de Montefrío. Gonzalo Hernández ganó la honra de la corona mural, porque habiendo los soldados dado algunos asaltos y en vano, y á esta causa peleaban debajo de la muralla perezosamente, donde les yacían á los pies los heridos y algunos muertos que caían de lo alto, Gonzalo Hernández, animosamente esforzando á los otros que ganasen honra, subió por una escala que estaba arriada al muro echándose á las espaldas un escudo largo de peón y un capacet por ampararse de las piedras y de las armas que le echaban, asíóse de una almena y, muerto los que la defendían, hizo huir á los moros que estaban por allí alrededor.

Mas dejemos aparte estas sus infinitas hazañas, las cuales fueron hechas en la guerra de Granada, cuando era soldado ó capitán de sola una banda de caballos, merescedoras de ser imitadas de los muy valerosos, las cuales en la Crónica de España están celebradas, porque parte de ellas hizo debajo del mando

de otro, ó estando presente el Rey teniendo por compañera á su mujer doña Isabel, Reina de ánimo varonil en los ejercicios de la milicia, y cuando los Reyes estaban ausentes, de don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, hombre grandísimo, el cual quedaba gobernador del campo de este excelente capitán en todas las empresas así de paz como de guerra, y también de don Alonso de Cárdenas primero, muy maravilloso capitán, confesaba haber rescibido los documentos y preceptos con que él había adquirido el sobrenombre de grande; y esto decía él tan gratamente y con tanta afición, que los obedescia al parecer como si le hubieran sido padres. Mas Gonzalo Hernández, el cual desde el principio de la guerra como le era bien conveniente, encendido de la esperanza de la honra, indómito contra todas las asperezas y fatigas, jamás se había partido del campo, venido que fué el fin de la fatiga, ganó suprema honra de la guerra fenescida, que por un no esperado don de la fortuna le fué favorable, que fuese él el que abrió el camino de la impensada victoria. Había el Rey don Hernando alojado el ejército á la vista de Granada, fortificado al derredor con un suntuoso muro que puso á los moros grande espanto, porque representaba una nueva ciudad, y el cerco de aquella muralla era religiosamente llamado Santa Fe, porque verdaderamente los moros conocían (los cuales con ninguna cosa se sostenían sino con una loca obstinación de ánimo) que el Rey no se levantaría de aquí si primero no diese fin á la guerra, recompensando las fatigas de diez años con la ruina de Granada. Porque los moros ya habían perdido todas las ciudades y villas del reino, habiendo los cristianos echado de ellas y muerto á la gente de guardia que en ellas estaban, talmente que, rodeados de infinitas miserias y trabajos y de un largo y apretado cerco, no poseían sino solamente una bien pequeña parte de su tierra, y aquella arruinada de las continuas correrías. No habían aún parado los enojos entre los Reyes moros, y claramente se conocía que el Rey Chiquito no de su voluntad se había apartado de la amistad de los cristianos, sino por honra de la religión y por la persuación de los caballeros, y que si se había concertado con el tío no con entera fe, aguardando claramente de la una parte ó de la otra nuevas

asechanzas y procurarse en breve tiempo la muerte del uno de ellos. Entretanto que en esta manera la ciudad estaba divisa en sus viejas contiendas, privada de buen consejo, pobre y desamparada de todo lo necesario, casi en diversos trabajos era trabajada de las ondas del extremo peligro. El Rey Boabdélín el mozo, temiendo el castigo que él tenía bien merecido, creyendo de no hallar otra vez lugar de clemencia con el Rey don Hernando, deliberó de tentar el ánimo de Su Alteza ofresciéndole de rendírsele por ver si con este ofrescimiento se podía alcanzar perdón de sus faltas. Porque tenía en memoria cómo pocos años antes, cuando fué preso y vencido en la batalla de Lucena por don Diego de Córdoba, con cuánta benignidad el Rey don Hernando le había dado libertad, tomándole debajo de su amparo y protección contra Alzagal su tío, y él con ánimo ingrato metió en olvido la libertad y la merced recibida y trabajó de nuevo amistad con el tío, enemigo común. Pues estando Boabdélín lleno de tantos trabajos y de estos continuos pensamientos, pareciéndole no hallar ningún remedio mejor que Gonzalo Hernández, ni quien con más fidelidad y diligencia tratase el secreto de cosa tan importante, determinó de enviarle uno de sus más fieles moros, el cual con muchos ruegos le rogase que debajo de su fe quisiese secretamente entrar en Granada y venir con él á parlamento sobre la resolución de un importantísimo negocio, certificándole que jamás se arrepentiría de aquella buena obra que le hacía, pues llevaría grande contentamiento de lo que allí se platicase. Luego á la hora Gonzalo Hernández hizo entender á Sus Altezas todo aquello que imaginaba que se había de tratar. Al Rey plugo grandemente la ocasión de esta esperanza; pero con muchas palabras le advirtió que tuviese grande recato, que temerariamente no se confiase en la fe morisca. Gonzalo Hernández le respondió: «No dude en esto Vuestra Alteza, porque me asegura el grande temor que tiene nuestro enemigo, y verdaderamente Dios nuestro Señor ha de tener cuidado de mi salud, pues peleamos en su servicio, allende que el maravilloso esfuerzo de Vuestra Alteza y de este campo, el ruido del cual resuena en la ciudad de los espantados y temerosos moros, me defenderán, y así tengo osadía de tentar cosas honradas y grandes». Gonzalo

lo Hernández sin más tardar á la media noche, por no ser sentido, llevando consigo al mensajero moro, fué recibido en la ciudad, trayendo larga comisión para tratar la paz. Lo que en suma era esto: Que si él quería salir luego á la hora de Granada y entregalla con buena fe antes de probar el último peligro, que Su Alteza le perdonaría la fe rompida y todas sus pasadas crueldades y obstinación y que como á su tributario le dejarían reinar en Almería la del Andalucía en su ley. Y á los moros, que les guardarían sus haciendas y á aquellos que quisiesen quedarse en el Andalucía y no pasar en Africa no serían constreñidos á dejar su religión, y si algunos voluntariamente quisiesen dejar la seta mahometana y volverse cristianos, con tal condición de vida serían guardados en protección de los clementísimos Reyes, que más felice ni más seguro estado de vida jamás habrían tenido. Eran estas palabras dichas de Gonzalo Hernández con tanta elocuencia, que aun á los muy esforzados ponían espanto, y decía que el peligro de una grandísima pérdida amenazaba á aquellos que desechaban las condiciones de la paz ofrescida, averiguándoles que los soldados cristianos, como aquellos que se habían hecho crueles por la largá fatiga de la guerra y despertados de no dudosa esperanza de un riquísimo saco, habían jurado de no volver jamás á sus tierras si primero no hubiesen arruinado y tomado á Granada.

Estando el Rey Boabdellín inclinado á aceptar estas últimas condiciones y conciertos de paz, un pensamiento sólo le fatigaba á que luego con el juramento no los confirmase: que no podía con maldad y traición entregar á su tío en mano de sus enemigos. Es de notar que aun en la adversa fortuna en los reales ánimos siempre se halla una honrada generosidad, tal que las más veces el temor de la infamia vence todo peligro y miedo. Gonzalo Hernández, pareciéndole de no poner en esto tardanza porque luego se viniese al concierto dijo á Boabdellín, así como aquel que pedía cosas justas y no graves ni deshonradas, que él tuviese confianza cierta en la liberalidad del Rey don Hernando, que le otorgaría todo aquello que pertenecía á la salud y dignidad del Rey su tío y al cómodo y provecho de los moros que seguían su opinión y voluntad. No se le faltó ninguna cosa á lo que se le habla ofrescido, porque volviendo

Gonzalo Hernández con la capitulación, luego á la hora el Rey don Hernando las firmó y mandó fuesen selladas con el sello real. Pero Alzagal, de ánimo á natura feroz y obstinado, nunca quiso aceptar el beneficio de la condición, sino antes que Boabdellín (el cual no había de reinar mucho tiempo en Almería) se saliese de Granada, habidos algunos navíos, se pasó en Africa, condenando y maldiciendo públicamente la liviandad de Boabdellín, como hombre pernicioso á la sangre real y al nombre morisco y por haberle hecho tan grande traición. Y decía que para con los moros era más de doler la pérdida de su antigua honra que la posesión del reino.

El Rey don Hernando mandó hacer con grande regocijo y con intérpretes un pregón en el cual les otorgaba á todos los ciudadanos una honrada condición de vida los cuales jurasen de guardar la fe, pleitos y homenajes, y el pueblo, dando grandes voces de placer que luengamente reinase y fuese felice triunfante, entró en la ciudad de Granada á dos días de Enero año del nascimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos noventa y dos, cuando eran pasados cerca de setecientos años que el Miramamolín, bellicosísimo Príncipe de los moros, los cuales son hacia la parte del monte Atlante, domador casi de toda España, había en Granada fundado aquel reino. No faltó aquesta victoria de un notable y grande prodigio: que pocos días antes que Granada se ganase, de una centella que faltó de la lumbre de una vela, soplando el viento poco á poco quemando unas tocas se encendió la cama de Sus Altezas y se quemó la tienda real, que era muy grande, antes que con agua le pudiesen amatar. La Reina medio desnuda hubo de salir á otra tienda, no quedándole que no fuese abrasado casi todas las alhajas de ropa blanca de su servicio. El Rey tuvo luego de esto grande espanto, pero entendiendo el accidente le tuvo por agüero de la victoria. Gonzalo Hernández, ofreciéndose esta ocasión en que podía hacer este servicio á Su Alteza, hizolo saber á su mujer doña María Manrique, que estaba en el castillo de Illora, para que proveyese á Su Alteza de todo lo necesario. La generosa señora, con grande presteza y liberalidad, envió á Su Alteza muchos aderezos de ropa blanca, muchos paramentos de oro y seda labrados con grande

artificio; en fin, que fueron tales y tantos, que soldaron en la recámara la falta que en ella el fuego había hecho. La Reina se tuvo por muy servida y mostró de ello grande contentamiento, por ser ello mucho y bueno y grandemente costoso. Pero de lo que más se maravilló fué de la grande diligencia, porque parecía que de muchos años antes estaba aparejándose para suplir á la necesidad del incendio. Y viniendo Gonzalo Hernández á la tienda de Sus Altezas, la Reina le dijo: «Gonzalo Hernández, el daño y mal que el fuego hizo nos ha sido muy provechoso, pues de nuestra tienda ha faltado en tu casa». Donde por aquel servicio no aguardado, á tal punto se aficionó Su Alteza en hacelle mercedes y en todas las conversaciones le loaba de muy valeroso. Pues desde que el Rey hubo concertado todos los negocios de Granada, y encomendada la ciudad juntamente con el Alcázar del Alhambra á don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, y á Gonzalo Hernández hizo merced de una casa muy principal, con una cierta renta de lo que se saca del derecho de la seda. Acabada que fué la guerra, después de haber reposado algunos días en Illora, siguió á Sus Altezas que andaban visitando las ciudades de España, donde con tanta polidez de excelentes costumbres se trataba, que era bien querido y grato á todos los cortesanos. Porque aunque muchos señores de España le hiciesen ventaja por la edad, por riquezas y por honrados títulos de hazañas, Gonzalo Hernández era en mucho más tenido, parte por la gloria de su propio valor y parte por ser bien querido de Sus Altezas. Era muy gentil cortesano, entendía bien lo que se había de hacer, porque había acompañado los ejercicios militares con los de la cortesanía; en su conversación y trato muy apacible, tal que cuando se trataban cosas de palacio todos estaban agradados de su burlar y plática.

Había la Reina doña Isabel llevado á su hija doña Juana, madre de Carlos que es ahora Emperador, á un puerto de Vizcaya, que por mar fuese llevada á Flandes á Felipo su marido. Al tiempo del embarcar, con el amor de madre, no pudiendo desasirse de los brazos de la amada hija, mandóse llevar en un batel á la armada; al tiempo de la vuelta para la tierra, creció tanto la marea, que el barco con grande dificultad se podía llegar á

la orilla. Los marineros demandaban cuerdas y cables y por toda parte los proveían de lo necesario. Gonzalo Hernández, paresciéndole desacato que la Reina fuese tratada por manos de marineros, como él estaba en cuerpo vestido de un sayo de brocado y terciopelo carmesí, sin ninguna tardanza se metió en el agua hasta los pechos y tomó en los hombros á Su Alteza, y con muchas voces y regocijo la sacó á la tierra. La Reina mostró mucho contentamiento con el servicio hecho á tal tiempo y deseaba mucho hacelle mercedes, y como era de ánimo varonil y trataba negocios gravísimos de grande importancia, el Rey, como considerado y prudente, las más veces en la resolución de ellos los comunicaba con ella, como aquélla que en dote le trajo los reinos de Castilla. Ofrescióse que se hubo de aparejar una armada y enviarla á Sicilia, y con ella un valeroso capitán en las cosas de guerra. Gonzalo Hernández, favorecido de la Reina, fué preferido á muchos valerosos caballeros de España. Porque en aquel tiempo, Carlos octavo, Rey de Francia, llamado de Ludovico Sforzia (el cual teniendo preso al hijo de su hermano se había hecho Duque de Milán), con un poderoso ejército pasando por toda la largueza de Italia iba contra don Alonso de Aragón, Rey de Nápoles, por lo cual los Príncipes de Italia, espantados de la felicidad de aquel gran viaje, como aquellos que estaban muy sospechosos de las armas del mozo victorioso y de grande ánimo, habían mudado de pensamiento, siendo autor de esto el Papa Alejandro, y por la salud común hicieron liga entre ellos. El Papa, viendo á Roma ocupada con la súbita venida de franceses, se retiró al castillo de Santángelo y fué apretado, por librarse del peligro presente, de aceptar injustas condiciones de paz y de dar en rehenes al Cardenal César Borja, su hijo. El Rey Carlos, con una increíble presteza, por la campaña de Roma marchó para adelante, y habiendo echado de Nápoles á los Reyes y tomados los castillos, sin herida de ninguno de los suyos, se hizo señor de todo el reino, hasta el mar de Sicilia; tanto que se tenía por cierto que había de pasar á Mecina, porque aquel reino, como á Rey de Francia, le pertenecía por un antiguo derecho, por las cuales causas el Rey don Hernando de España, queriendo fortalecer de buena guardia la Sicilia, dió el gobier-

no á Gonzalo Hernández, por librarse de la importunidad que tendría de los grandes señores que deseaban aquel cargo, y así le mandó que haciendo buen tiempo hiciese vela de Cartagena, porque aunque el Rey don Hernando poco antes hubiese recibido del Rey de Francia benignamente á Perpiñán con esta condición: que ni por tierra ni por mar no diese ayuda ni favor alguno á los Reyes de Nápoles; pero temeroso del público peligro y mucho más del propio, había entrado en la liga que el Papa, el Emperador Maximiliano, venecianos y Ludovico Esforca habían hecho por defender la libertad de Italia. Por lo cual hizo saber al Rey Carlos, por medio de su embajador don Antonio de Fonseca, que, salva el amistad, no quería sufrir que el Papa, Príncipe de la Iglesia, fuese injuriado. Don Alonso de Aragón, Rey de Nápoles, el cual, como espantado, dejando el reino á su hijo Fernando, se había pasado en Sicilia, después que entendió que los ánimos de los Príncipes se habían mudado y que se aparejaba grande guerra contra franceses, demandó ayuda y favor á don Hernando, Rey de España, dándole muy á menudo avisos que tuviese grande cuidado de las cosas de Sicilia; porque Carlos, despertado del favor de la fortuna, por el deseo natural que los franceses tienen de haber aquella isla, no pararían hasta que toda la tuviesen á su mano. Gonzalo Hernández llegó á salvamento á Mecina con cinco mil infantes y seiscientos caballos armados á la usanza de España, casi en aquel tiempo que el Rey Carlos había puesto la guardia por todo el reino. Venido á Roma desde Nápoles con la más escogida parte de su ejército, el Papa se fué de Roma de temor y el Rey siguió su camino para Francia. ¡En esta mudanza de cosas el Rey Fernando de Nápoles, con igual desesperación siguiendo al padre don Alonso, de Iscla se había pasado á Mecina, juntamente con Federico su tío y con los capitanes amigos, los cuales habían seguido la calamidad real, tenían consulta de renovar la guerra y de volver á Nápoles. Había venido también á Mecina, el cual estaba en Mazara, el Rey don Alonso, dejada aparte la pompa real y cuasi en hábito de clérigo hecha la corona, por ver al hijo y al hermano y más á Gonzalo Hernández, mostrando haber dejado los pensamientos y placeres del mundo, favoreció á su hijo don

Hernando, no solamente con consejo, pero con todos los tesoros y dineros que le habían quedado de aquel miserable y último caso. E así sin tardanza alguna fueron hechas algunas compañías de infantería, empleándose en esto don Hugo de Cardona, siciliano, el cual tenía con los de aquella isla grande autoridad y crédito, y al Rey le era muy aficionado servidor; y esto tanto porque había casado una hermana suya con don Alonso de Avalos, que entre los capitanes del Rey era el más principal, así por ser muy favorecido como por su valor. Pues habiendo dado el Rey orden á sus designios y llena la armada de muchas vituallas y con maravilloso orden la infantería repartida por las naves, y Gonzalo Hernández esforzándolos, quitada toda tardanza y estorbo, partieron del puerto de Mecina y pasando el faro desembarcaron en Ríjoles. No dudaron los de Ríjoles de tomar las armas y con singular valor y esfuerzo recibir á su Rey tan deseado. Los franceses, espantados de una tan grande armada, casi todos se metieron en el castillo. Gonzalo Hernández mandó plantar el artillería y encomenzándoles á batir, apretólos de tal manera, que demandaron tregua, por tratar después más cómodamente en los conciertos de rendirse. Los franceses pidiéronla con astucia maliciosa, por fabricar en aquel tiempo los reparos necesarios de la parte de dentro y para que los franceses que estaban en guardia de las ciudades vecinas de Calabria fuesen sabidores del peligro en que estaban. Conocido su engaño, Gonzalo Hernández, y en especial que los franceses, contra lo concertado, habían poco antes herido mortalmente con los arcabuces á algunos españoles que con poco recato y consideración se paseaban delante el castillo, mandó sacar fuera el artillería para combatille, y los soldados, inflamados con la esperanza de la presa, dieron el asalto con grande ardor y esfuerzo. El castillo se tomó, adonde murieron muchos franceses. Los que se retiraron al homenaje se rindieron salvas las vidas. Recobróse Ríjoles; los franceses se retiraron en las ciudades más fuertes. La mayor parte de Calabria tornó á la obediencia de los Reyes de Nápoles.

El Rey alojó su campo en la tierra de Santa Agata; los vecinos de ella, visto al Rey, no tardaron en abrille las puertas. Los franceses en aquellos días, como aquellos que no tenían

ningún temor, estaban por las villas y lugares derramados, los unos acá, los otros por acullá; y á la fama y venida más presta que pensaban del presto enemigo, por diversos caminos y desordenadamente se ajuntaban á la insignia de monsiur Daubegni, gobernador de Calabria; eran robados de los villanos calabreses, los cuales con mano armada tenían tomados los pasos. Gonzalo Hernández, por espíar la tierra y descubrilla, había enviado algunas compañías de españoles á hacer correrías. Fué una compañía de franceses que se retiraba á Seminara en una profunda valle rodeada y desbaratada, y los calabreses alzando un grande alarido, acrescentó á los franceses mayor temor al peligro y casi todos fueron presos sin herida ninguna. Después de aqueste suceso Gonzalo Hernández con toda la caballería, siguiéndole el Rey con la infantería, allegó á las puertas de Seminara y hizo entender á los vecinos de ella que quisiesen anteponer el Rey Fernando, Príncipe de grande humanidad y valor, el cual, aun cuando el padre reinaba, le había conocido por señor liberal y amorosísimo, á los franceses, hombres extranjeros insolentes y crueles. Y que él había allí venido con ejército con muy cierta esperanza que los de Seminara no se olvidarían de la antigua afición que tenían con el nombre de Aragón, y que á la hora abrirían las puertas para volver á la obediencia y sujeción. Ya comenzaban á oírse los atambores del ejército que se allegaba y á mostrarse las banderas. Gonzalo Hernández les hacía mostrar los hombres de armas franceses, los cuales andando en la guardia, que era débil y flaca, habían sido desbaratados y presos en el camino. Los de Seminara tenían en aborrecimiento á los franceses y el nombre de Aragón amaban. Recibieron al Rey con grande voluntad, echando por otra puerta los franceses. Metía entonces gente de toda parte en Terranova (la cual algunos se les antoja que fuese la antigua Terina) Ebrardo Stuardo, llamado por sobrenombre monsiur Daubegni, de nación escocés. A este hombre, animoso y esforzado, el Rey Carlos de Francia dió el gobierno de la Calabria. Entendida que hubo la rebelión de Rijoles, había llamado de la Basilicata á monsiur de Persi y á monsiur de Alegre, su hermano, con la infantería de suizos y con gruesa caballería, y sacadas las guardias de los lugares vecinos, había hecho un ejérci-

to más fuerte que grande, y acabando de ajuntar la gente, no metiendo tardanza en su camino, mas antes que los enemigos entendiesen la venida de Persi marchó para Seminara, con pensamiento de venir de presto á batalla con el Rey Fernando, y si el Rey no quisiese salir de los muros de Seminara y no tuviese osadía ni esfuerzo de meterse en campaña ni de venir á batalla, volverse como vencedor mofando de su vileza á los pueblos, la cual cosa juzgaba serle muy provechosa para mantener las tierras en la fe, especialmente que dentro pocos días le había de venir socorro de tierra de labor, de Abruzo y Pulla. El Rey Fernando no había entendido la venida de Persi, sino solamente por las espías había sido avisado de la gente de monsiur Daubegni, la cual era harto poca, no dudó de sacar la gente de fuera la tierra y ir contra el enemigo que venía, porque le parecía serle vergonzoso y reputado á cobardía dejarle sitiado, que sería parte para perder toda la nueva reputación y gloria, la cual poco antes tentando la fortuna con el valor y esfuerzo había ganado. Gonzalo Hernández con su valor y prudencia, con la cual se aventajó á todos los capitanes de nuestro tiempo, comenzó á persuadir al Rey Fernando, muy deseoso de ganar honra y de recobrar el reino, y aun de protestalle que en ninguna manera no hubiese de salir de Seminara si primero no entendía mejor el desigño y las fuerzas de los enemigos, porque harto más honrosos consejos eran aquellos que en las cosas dudosas prometían seguridad, y por el contrario, infelices y vituperiosos aquellos que con temeridad y vano vigor de ánimo suelen poner de arriba abajo todos los desigños de la empresa, y finalmente la concebida victoria. El Rey Fernando le respondió: «¿Cómo, con aquella vileza y cobardía con que perdimos el reino, con aquella querés que le cobremos? ¿No probaremos ahora en estos felices principios con el valor y esfuerzo aquella fortuna que en Romanía y en tierra de labor, estándonos aposentados y quedos, sin querer combatirnos fué contraria? Aunque los principios de la guerra no sean de grandísima importancia, ni los otros sucesos, aquellas cosas que esforzadamente tú has comenzado, si tú no continas de valerosamente acaballas ¿no tienen después vituperioso fin? La fortuna favorecerá á los osados, ¡oh Gonzalo Hernández! la cual hasta

ahora ha favorecido á los franceses, y pues comienza á dar favor á nuestras empresas, ella no desamparará jamás á aquellos que voluntariamente llaman á la victoria, salvo si nosotros con grande vergüenza no la abandonamos. Procuremos de ver una vez el rostro á los franceses, los cuales de la fama y verdaderamente vana se han hecho terribles, y probaremos rostro á rostro nuestras fuerzas con las suyas, que nosotros les somos superiores de infantería y caballería y de la afición de los hombres, y finalmente del favor de la fortuna; y con estas causas no hay de qué dudar de vuestro esfuerzo. Porque ¿cuál será de vosotros que si hubiere de combatir de hombre á hombre animosamente no acepte á su enemigo, ó francés ó tudesco, y valerosamente no le rinda ó le mate? De mí yo os certifico delante de todos ser el primero de quebrar mi lanza en quien viere armado suntuosamente y con fuerte esfuerzo dar ejemplo á vosotros, porque con el mismo ardor y ánimo alcancemos presta victoria de estos borrachos de enemigos». Halláronse en aquel consejo muchos hombres ilustres, los cuales después adquirieron en la guerra grandísima honra y reputación: Andrea de Altavilla, de la nobilísima familia de Capuana; don Hugo de Cardona, Teodoro Triultio; de los españoles, Manuel de Benavides, Pedro de Paz, Alvarado y Peñalosa; los cuales deseando grandemente venir á batalla, suplicaban á Gonzalo Hernández que no quisiese desconfiar de la virtud y esfuerzo de los soldados, prometiendo de pelear valerosamente, y persuadían al Rey Fernando que mandase sacar las banderas fuera de las puertas de la tierra. Está Seminario puesta en un lugar alto, y de aquella tierra se extienden unos collados á una pequeña valle, en la cual con humil vado corre un río y de allí toman principio unos llanos abiertos, en los cuales habían venido los franceses de Terranova. El Rey Fernando llevó el ejército por los collados. Andado que hubo tres millas llegó al río y metió á la parte izquierda la infantería en la ribera del agua y extendida toda la caballería en la derecha en forma de una ala, y esperaba que los enemigos pasasen el agua. De la otra parte monsiur Daubegni y monsiur de Persi pusieron los suizos en un escudron cerrado al encuentro de la infantería de los enemigos, y en la retaguardia la infantería del socorro de los calabreses.

Y partieron entre sí los hombres de armas, que eran poco menos de cuatrocientos, á la usanza francesa, dos tantos caballos ligeros, y así cerrados en un batallón cuadrado pasando el río fueron á buscar á los enemigos. Los caballos españoles arremetieron y animosamente los encontraron; pero siendo desiguales en armas y fuerzas, no fueron poderosos para hacer retirar el escudron de los hombres de armas, y alzando un grito comenzaron á volver los caballos, y volteando según la costumbre española se recogieron á los suyos. Este retirarse rompió mucho el ánimo de la infantería aragonesa, creyendo que los suyos huían echados de los enemigos, y los franceses tomaron grande esfuerzo para pasar adelante. Monsiur Daubegni de la parte derecha y Persi de la izquierda fueron de socorro entrando valerosamente con su banda en la infantería: cuasi toda la rompieron. Antes que los suizos de la frente abajasen las picas, el Rey Fernando, habiendo en balde esforzado á los suyos que volviesen á la batalla, con sus hombres de armas, valerosamente se metió en medio de los enemigos, rompiendo su lanza en un caballero francés muy principal; pero siendo apretado de la multitud de los enemigos, le fué forzado meterse en huida. Fué seguido y mirado de muchos, por los penachos y armas doradas que llevaba. El caballo en un paso estrecho que hacía el camino cayó, no estando muy apartados los enemigos. El Rey se halló muy embarazado en los estribos y en los cuernos lunados de la silla. Hallándose en tan grande peligro de la vida, le socorrió el señor Iván, hermano de Andrea de Altavilla (este fué aquel que después en la guerra fué clarísimo y honró mucho á su noble linaje) y con grande amor le dió su caballo que él tenía guardado (para salvarse) grandísimo corredor. El Rey Fernando, como aquel que era muy diestro y suelto de la persona, aunque estuviese armado de pesadas armas, con un salto se metió encima y se libró de las manos de los enemigos. El Altavilla quedó á pie; poco rato después fué muerto de los franceses. Monsiur Daubegni, habiendo muerto mucha gente de la infantería, hizo alto un poco apartado del lugar de la batalla, habiendo perdido la ocasión de fenecer la guerra, tanto que todos decían que no había sabido usar de la victoria, pues no había ido en el alcance de tantos varones ilustres, entre los

cuales estaba el Cardenal don Luis de Aragón, y como de presto no había llevado el ejército vencedor á Seminara, en el cual tiempo, ellos juntamente con el Rey por diversos caminos allegaron á la armada.

Gonzalo Hernández, el cual valerosamente combatiendo en más de una parte había renovado la batalla y había salvado á muchos, entrado que fué en Seminara se llevó todo el bagaje; los franceses siguiéndole en vano, se retiró en Ríjoles. Pues habiendo infelizmente sucedido el suceso de esta batalla, Gonzalo Hernández, diversamente de aquello que aviene á los otros capitanes, ganó nombre de singular prudencia; porque habiendo bien medido sus fuerzas con las de los enemigos, juzgó que temerariamente no se debía de innovar cosa alguna, porque se conocía la ventaja que había de los hombres de armas de Francia á los caballos jinetes de España, y de la infantería española y siciliana á la infantería de suizos. El Rey Fernando, recibido tan gran rompimiento y aunque en un punto de tiempo se viese derribado de una grande esperanza en una extrema desesperación, no por esto perdió nada de esfuerzo, antes bien tenía aquel mismo valor que tuviera siendo vencedor. Sólo se lamentaba de haber sido engañado de su misma opinión; ni por esto dudaba que la fortuna no le fuese favorable, la cual con muchas señales le había prometido de volverle presto en el reino y en la patria; tenía fundada en el ánimo una confianza, puesta más en el destino que en alguna humana razón, tal que despreciaba todos los peligros que le ponían delante, y tenía creído por muy cierto que no solamente los ciudadanos le favorecerían, mas aun Dios, que por tierra y por mar había de ser siempre con él. No le engañó en nada su esperanza, aunque á la verdad concebida temerariamente, porque tuvo osadía de tentar una empresa loca y de grande dificultad. Porque pasando el faro y recogidas en Mecina cerca de setenta naves, en las cuales había menos soldados que marineros, haciéndole un tiempo bonísimo allegó á Nápoles antes que en la ciudad se dijese la nueva de la batalla hecha en Seminara. Fué recibido de los ciudadanos con grande alegría, y habiéndole sucedido algunas escaramuzas, felizmente echó á los franceses de la ciudad y del castillo, así como más largamente lo habemos escrito en la historia.

Gonzalo Hernández estuvo aquel verano en Ríjoles defendiendo valerosamente las tierras del extremo canto de la Calabria. Monsiur Daubegni, soberbio por la fresca victoria, llamado del Rey en campo se vino á la Tela en el Abruzo; en esta tierra se retiraron los capitanes franceses después de haber recibido muchos daños, y cercados de los aragoneses, con flaca esperanza aguardaban el fin del supremo consejo de ellos.

El Rey Fernando, habiendo sido desbaratado el verano pasado en Seminara, mostrando ánimo invencible, no de otra manera que si fuera vencedor, subió en la armada y con las reliquias del ejército rompido, con felice osadía había navegado para Nápoles, y recibido en la ciudad había constreñido á los franceses cercados en Castelново á rendirse por la hambre. Aunque Persi fué enviado de monsiur Daubegni en socorro de los cercados, habiendo en el camino junto á Eboli desbaratado el campo del Rey Fernando, bravo por la doblada victoria, se presentó en vista del castillo. Los cercados en la Roca, habiendo ya dado los rehenes, según los conciertos de la tregua no se podían mover en ninguna cosa, ni Persi había tenido esfuerzo de entrar dentro los reparos del monte Eccia, ni en los burgos defendidos por el Próspero Colona. Pues habiéndole salido vano su designo, volvió á su gente por la gruta del monte Pusilipo y retiróse para atrás al principado de donde era venido. Después de aqueste deshonorado suceso, Gilberto Borbón, llamado por sobrenombre Monpensier, al cual pertenecía la suprema autoridad del gobierno de la guerra, salido que fué de Castelново con toda la otra gente, renovó una guerra en Pulla mucho mayor que la primera, ayudado del Príncipe de Salerno. Allegáronseles Virginio Orsino con Pablo Vitelio y Pablo Orsino con Bartolomé de Albiano. Virginio Orsino traía consigo tres mil hombres de armas y caballos ligeros. Este, desabrido que dos capitanes coloneses, Próspero y Fabricio, de contrario bando, fuesen estimados y tenidos en reputación cerca del Rey Fernando y haberle ocupado sus tierras que tenía en Abruzo, seguía la parte francesa. Partido de la campaña de Roma, había venido en Pulla á hallar á Monpensier y á Persi, habiéndose ajuntado tres clarísimos capitanes y allegado en uno un grande ejército, iba la esperanza de la fortuna entre ellos; y Fernando

alternando, ora de acá, ora de acullá, haciéndose entre sí cruda guerra. El Rey Fernando, fortificado del nuevo socorro de venecianos, sus confederados, valerosamente resistía á la furia de los enemigos, especialmente después de la venida de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, el cual habiéndose adquirido en la batalla del Tarro nombre de valerosísimo guerrero y recobrado á Novara y echado á los franceses de Italia, los venecianos le habían hecho su capitán general. Fueron con él algunas capitánias de griegos muy especiales, los cuales parecía que con mayor ventaja por la abierta campaña de la Pulla acometiendo y retirando guerreasen contra la gente de armas francesa. Viéronse los ejércitos con la gente puesta en orden rostro á rostro muchas veces; mas nunca se vino á batalla universal, lo cual era muy provechoso á los franceses, porque todos claramente veían cómo ellos en la tierra de Frengeto habían perdido la ocasión de una cierta victoria, y esto por la maldad de Persi, el cual más presto había querido tener por compañeros á monsiur de Monpensier y á Virginio, del rompimiento y de la infamia que le sobrevino, que por partícipes de la victoria. Este era hombre de ánimo obstinado y superbo, y había procurado con los suizos que en ninguna manera no entrasen en batalla si primero no les diesen las pagas que les debían. Los capitanes franceses, desnudos de su antigua reputación y apretados del Rey y de los griegos por las espaldas, se retiraron en la Tela, por lo cual teniendo el Rey esperanza de haber la victoria, deliberó con todas sus fuerzas cercar y combatir los enemigos, los cuales sin ningún propósito se habían puesto en aquella tierra, donde no podían salir de ella sin muy crescido daño. Porque de toda parte estaban cercados y ceñidos como de una perpetua corona; pero para quererse hacer esto habíase de crescer el ejército de más gente, á fin que, separados los alojamientos, seguramente se pudiesen oponer á los enemigos en las diversas salidas de los caminos, porque tenían fuerzas de no tenellos en poco, muy buenos soldados viejos, capitanes de diversas naciones esforzados y pláticos. Estas eran las causas que parecían que á Gonzalo Hernández se procurase de hacelle venir de Calabria. Porque cuando estuviere junto con él en su ejército, florescia tanto la militar industria en él, que juzgaban que presto y felizmente se

podía fenecer la guerra. Fué enviado por embajador al doctor micer Bernardo Brutio, el cual así por su fidelidad como por consejo tenía con el Rey grande autoridad. Este le hizo su embajada y le dijo que un valeroso y fuerte capitán no debía dejar perder una ocasión de grande loor é importancia, que era el ganar la victoria.

Había Gonzalo Hernández invernado con su ejército en Neocastro, y habiendo sabido la nueva de haberse ganado Nápoles, salió de Rijos y en diversas expediciones había recobrado las ciudades de Calabria, echando de ellas á los franceses, entre las cuales fueron Squilaco, Crotón, Sambarri, que están puestas hacia el mar Jonio, y con ellas á Seminara, adonde el Rey había recibido aquella rota, y Terranova y muchas otras villas y lugares grandes, y esto con tanto favor, que en la parte de la Calabria superior, al largo ribera del mar Tirreno, con gran presteza se levantaban las insignias del Rey Fernando. Mos Daubegni había quedado en aquella provincia con pocas fuerzas, no teniendo más del medio del ejército, y á esta causa se iba reparando en los lugares más fuertes. Porque monsiur de Persi, cuando fué á Nápoles á socorrer á aquellos que estaban cercados en el castillo, había llevado consigo la fuerza de la gente francesa, la infantería suiza, los hombres de armas viejos, y con singular esfuerzo de ellos había ganado una noble victoria en Eboli. Gonzalo Hernández por estas causas estaba perplejo y diligentemente consideraba si era bien hecho y provechoso á la importancia de la guerra ó perseguir á mos Daubegni en aquella inclinación de pueblos ó castigar de presto á los varones que seguían la parte anjoína y enriquecer á sus soldados con sus despojos, ó si era cosa más honrada y ilustre obedecer sin tardanza al Rey Fernando, que le demandaba socorro y hallarse en la victoria y abrir la puerta para tratar mayores empresas. Habiéndose determinado en este último partido, metió su gente en orden y marchó para el condado de Cosenza; combatió y metió á saco los arrabales, combatió la ciudad, la cual es la más principal de Calabria; los franceses la defendían del castillo, aunque vanamente; á la fin la tomó por fuerza. Partiendo de aquí tomó de acordio todos aquellos pueblos que habitan en la valle del río Crate, el cual con grandes rodeos va á meterse en el mar Jonio;

tomó á Castelfranco, el cual se cree que ha crecido de las ruinas de la antigua ciudad de Pandosia, noble por la muerte de Alejandro Epirota, por esta conjetura: que de la otra parte de allá pasa el río Acheronte, hoy llamado de los habitantes Campano. Allegóse con su campo á la noble ciudad de Castrovilari; allí entendió de las espías de la parte aragonesa que una grande multitud de villanos anjoínos habían tomado los pasos del bosque de Murán, por acometer con engaño á los españoles que habían de pasar por un camino, y aquél muy estrecho. Gonzalo Hernández, habiendo considerado el asiento del bosque, con un no esperado y maravilloso orden acometió por tres partes aquellos que estaban emboscados, y habiéndolos encerrado como en una gavia, no sosteniendo ellos la fuerza ni el grito de los soldados, mataron muy gran parte de aquella canalla, con tal suceso, que dijo que jamás había hecho caza tan buena ni tan apacible. El día siguiente los muraneses, atemorizados se le rindieron. Después de castigados aquellos villanos y desembarazados los caminos se fué á la tierra de Laino, puesta sobre el río Lao, el cual parte la Basilicata de la Calabria. Aquí estaban alojados los señores de la casa de San Severino, que habían seguido la parte anjoína con algunas bandas de caballos franceses y con la infantería de sus vasallos, con mayor negligencia que convenía á la disciplina militar, estando muy descuidados de la venida de Gonzalo Hernández, el cual, acometiéndolos de noche al improviso medio adormidos, tomó la tierra sin ninguna herida de los suyos, con tanta felicidad que, muerto el Príncipe Amérigo San Severino, que medio desarmado había venido corriendo al ruido, prendió más de veinte caballeros de aquella familia, con los moradores y con todos los franceses, y enriqueció de muy grande presa á los españoles. Poco después con la misma furia acometió á los villanos calabreses, los cuales se habían hecho fuertes en los valles de aquellos caminos quebrados, y tomados en medio los hicieron pedazos; tal que á la fama de su venida los enemigos huían por todas partes de temor y en todo cabo se le hacía el camino llano y abierto.

Allegándose al campo del Rey puso la infantería y la caballería según la costumbre de guerra en orden de batalla. El Rey Fernando, con el Marqués de Mantua y el Cardenal Bor-

ja, legado del Papa, le salieron á recibir con muy grande honra y alegría. Gonzalo Hernández, habiendo visto de lejos la ciudad de Atela y mirado bien y entendido el sitio de los collados, los cuales á modo de teatro la rodean y ciñen en el llano de abajo, alojó su campo en un lugar acomodado y provechoso, y deseando de hacer al Rey algún servicio, determinó de acometer la guardia de los franceses; porque haciendo de presto alguna honrada hazaña, demostrase delante los capitanes de diversas naciones el osar y esfuerzo de los españoles. Estaba esta gente fuera de la Atela en guardia de unos molinos, donde un arroyo que viene de aquellos montes cercanos y cae en Losanto daba á los cercados gran provecho en molelles el trigo y proveellos de agua, envió la infantería española con los escudos contra los ballesteros gascones, y después de aquéllos los otros con las picas que corriesen y acometiesen los enemigos. De la caballería hizo dos partes, con este orden: que la una parte, en la cual había algunos hombres de armas, se metiesen entre la ciudad y los molinos, opusándose á los franceses cuando saliesen á dar socorro á los suyos; la otra parte, escaramuzando y alargándose por toda parte, tomasen en medio á los enemigos. Comenzóse de ambas partes á pelear; levantóse una grande vocería y una sangrienta escaramuza; los suizos apenas hicieron testa; los gascones, no habiendo aún dos veces disparado, se metieron en huida; los caballos ligeros españoles, mezclados entre ellos, los rompieron y huyendo para la ciudad mataron grande número. De la otra parte los hombres de armas que yo dije valerosamente sostuvieron el socorro de los franceses que salía fuera. En el cual tiempo Gonzalo Hernández envió ingenios para derribar los molinos y de presto mandó llamar á recoger antes que los capitanes franceses enviasen mayor número de gente á dar socorro á los suyos. Habiendo aquel mismo día que era venido acabado tan valerosamente esta empresa, ganó Gonzalo Hernández para con todos grande honra y loor de presteza y de singular prudencia, y así la ganaron los españoles, el esfuerzo y valor de los cuales en las cosas de la guerra aún no era conocido. Los españoles mezclados con los italianos tres días después ganaron valerosamente la tierra de Rivacándida, puesta en el camino de Venosa. Los franceses, por

la venida de Gonzalo Hernández, perdido el ánimo y desconfiados del fin de la empresa y privados del agua, por la cual muchas veces, aunque con pérdida, habían cabe el río combatido, y que Pablo Orsino y el Vitelio, habiendo salido fuera para querer ir á Venosa, habían sido en el camino desbaratados y retirados para atrás en la ciudad, comenzaron á tratar del concierto. Y monsiur de Persi, habiendo hablado con el Rey, el acordio se concertó en esta manera: que todos los franceses sin injuria ninguna fuesen enviados en Francia, y que saliendo del reino dejasen el artillería y los caballos señalados con la señal real. Pero siendo esta nación francesa muy amiga del vino y de todas maneras de frutas, en especial con el calor del verano, que las comían con desorden y debajo de aire extranjero, sucediendo después un pestilencial otoño, murieron muy muchos en Castellamar y en Puzol, entre los cuales murió el capitán general Gilberto Monpensier y Lenoncort, llamado por sobrenombre el Bailí de Bitri, y cuatro capitanes de suizos. Virginio Orsino fué contra la fe metido en prisión, el cual pasados algunos meses murió preso en Nápoles. El Rey Fernando, por la intemperanza del mismo otoño, adoleció de una febrezuela y murió en el monte de Soma, no habiendo aún gustado el alegría de la victoria, dejando heredero del reino á su tío Federico. Este, abrazando estrechamente á Gonzalo Hernández, le rogó quisiese tomar la empresa de fenecer la guerra en Calabria. Gonzalo Hernández no rehusó el cargo que el nuevo Rey le rogaba, que vuelto que fué en Calabria, acrescentado de nueva gente, tomó muchas ciudades de la parte anjoína y quería volver las armas contra monsiur Daubegni, el cual por la partida de Gonzalo Hernández hacía guerra contra las ciudades desnudas de defensa. Pero monsiur Daubegni, habiendo entendido la infelicidad del sitio de Atela y sabida la vuelta de Gonzalo Hernández, del cual sabía que le convenía mucho temerse, quiso antes aprovecharse del beneficio del concierto de Atela que con vano esfuerzo tomar las armas, ya vencidas de la fortuna, y sacada la guardia dejó desembarazada la provincia. No muchos días después Gonzalo Hernández fué llamado del Rey Federico para que domase á los olivetanos, porque éstos, en la tierra de Aquino y del Abruzo, con grande obstinación perseve-

aban en la fe de los franceses y habían muerto en la isla del Vico á don Rodrigo de Avalos Monterisio, hermano de don Alonso, Marqués de Pescara, capitán de grande valor. Pero oyendo el nombre de Gonzalo Hernández y juzgando que el perdón de sus culpas estuviese puesto en la humanidad y autoridad suya para que el Rey los perdonase, pareciéndoles no esperar la fuerza de un capitán tan valeroso, se le rindieron y volvieron á la obediencia de Federico. Habiendo ya acordado los olivetanos, se volvió al Rey, que estaba en Nápoles, siendo seguido de una muchedumbre de embajadores de aquellos que se habían reducido á obediencia real, teniendo por cierto que con su intercesión el Rey les perdonaría su obstinación y rebeldía.

En este medio fué llamado con grandes ruegos del Papa Alejandro, porque en aquel tiempo Menaldo Guerra, vizcaíno, cosario cruelísimo del castillo y puerto de Ostia, estorbaba totalmente la navegación del Tíbre, tanto que el pueblo romano estaba apretado de la carestía de muchas vituallas, en especial del vino, porque los mercaderes sicilianos y calabreses y otros extranjeros españoles y genoveses, temiendo la crueldad del cosarío, se iban á otra parte. Porque cualquiera navío que allegaba á Ostia, si los marineros á la hora, caladas las velas y los remos levantados, no se ajuntaban á la riba puesta debajo el castillo á dejarse saquear y prender, eran con el artillería echados al hondo, y había faltado muy poco que no prendiesen las galeras del Papa, ó verdaderamente las frondasen, las cuales descuidadamente habían venido á la boca del río. No se podía la crueldad de este espantoso asarino por ninguna condición que le fuese hecha traer á concierto, ni derribarle, sino con hacelle justa guerra, pues no estimaba con su arrogancia y crueldad las excomuniones del Sumo Pontífice. No se demostraba otro camino más poderoso ni presto que el de Gonzalo Hernández, el cual á la hora pudiese domar este espantoso monstruo y librar á Roma del extremo peligro de la hambre. Gonzalo Hernández fué contento á hacer á Su Santidad este servicio, especialmente persuadiéndoselo el Rey Federico. Caminó para Roma con sus españoles y pocos días después se aposentó en Ostia, en un lugar conveniente. Menaldo con su soberbia no dejaba de hacer males, ni quería escuchar ninguna condición

de la paz que se le ofrecía. Habiendo Gonzalo Hernández gastado ya tres días en aparejar todo lo necesario para dar el asalto y habiendo considerado todos los pasos, ajuntados todos los capitanes á consejo, con increíble juicio les dijo el lugar por donde se les había de entrar, que plantada el artillería de una banda, por tener ocupados los enemigos por la otra, hizo las escalas tener aparejadas para subir encima el muro, no pensando ninguna cosa de estas Menaldo. Acometieron los españoles animosamente por ambas partes, pero algo más flojamente por la parte de la batería; por la otra, puestas las escalas, subieron con grande presteza en lo alto de la muralla y echaron de allí abajo los pocos que la defendían, y dando grande vocería mataron la mayor parte de los franceses que defendían la parte del muro derribado. Fué tomada Ostia juntamente con el castillo. Menaldo, viendo sus cosas perdidas y abatida la bravosidad de su ánimo, solamente pidió la vida, dejándose atar vituperosamente, para después ser llevado en triunfo y ser de todos afrontado y escarnido. Gonzalo Hernández tres días después entró en Roma por la puerta de Ostia á guisa de triunfante, acompañado de las voces y alegría del pueblo romano, las cuales voces demostraban verdaderamente el gran beneficio recibido de su mano. Fué reputada aquella alegría por más noble que la gloria de un justo triunfo, porque esta victoria fué adquirida para grandísima utilidad y provecho de la república romana, y así despertaba grandísimo regocijo para con todas las órdenes de ciudadanos y moradores. Menaldo era llevado ligado encima de un caballo flaco é triste; era al ver espantoso, así por la barba blanca crecida y revuelta como por los ojos terribles y fieros. El cual con un amargo y enfermo mirar demostraba ser del todo abatido su ánimo, mas no del todo domado. Era guiada la pompa de aqueste apacible espectáculo por medio de Roma con muchos atambores y trompetas, siguiéndole detrás la infantería y caballería. Vinieron á San Pedro, adonde el Papa en una sala muy aderezada, asentado en una silla debajo un dosel, recojó á Gonzalo Hernández. El colegio de los Cardenales se levantó para recibille y él se arrodilló á besar los sagrados pies. El Papa le levantó y besó en el rostro y en un grande razonamiento que hizo le loó y le dió gracias por haber librado

á Roma de tanto trabajo y haber traído consigo la abundancia de todas las cosas. A todas estas cosas, Gonzalo Hernández grave y modestamente respondió, no demandando otra cosa sino, según la costumbre de la clemencia cristiana, que fuese perdonado Menaldo, el cual humildemente se le había echado á los pies, é que los ciudadanos de Ostia, los cuales estaban grandemente trabajados é afligidos de los grandísimos daños, que gozasen por diez años de la libertad de no pagar derechos ni imposiciones algunas. Todas estas cosas Su Santidad, á ruego de Gonzalo Hernández, las concedió, é á Menaldo fué dada libertad para irse en Francia. No muchos días después, habiendo recibido del Papa y pueblo romano muchas mercedes, se volvió á Nápoles al Rey Federico, haciendo su camino por la campaña de Roma. Y siendo salido de ella con su autoridad tomó de acuerdo á Roca Guillerma, puesta entre Venafró y Pontecorbo, la cual muy obstinadamente tenía la parte francesa, ni en un punto se movía por la ausencia y pérdida de los franceses.

Era Gonzalo Hernández estimado de tanta virtud y clemencia, que muchas más cosas hacía persuadiendo y atemorizando que con fuerza y combatiendo con las armas, tal que no había ningún rebelde que no quisiese antes rendirse con una incierta esperanza de honestas condiciones que con un no dudoso fin de cierta ruina probar la fuerza de este invencible capitán. Siendo vuelto á Nápoles fué recibido con mucha honra y alegría. El Rey le salió á recibir fuera de la ciudad. Los napolitanos aderezaron las calles y le aposentaron en Castelново, y por común consentimiento de todos fué juzgado ser verdaderamente merecedor del nomhre de Gran Capitán. Pocos días después, habiéndole hecho por su valor el Rey merced de dos ciudades y siete castillos, navegó para Sicilia, porque había entendido que los sicilianos estaban querellosos del Virrey don Juan de Lanuza, porque gobernaba aquel reino nada á sus voluntades, y las salidas del trigo se cobraban con poca diligencia y no muy fielmente, en grande daño y deservicio del Rey. Fué su venida muy esperada de los sicilianos. Llamáronse luego Cortes para Palermo, y en breves días, con autoridad y grande moderación, concertó todos los negocios y severamente persuadió á don Juan de Lanuza que amorosamente y sin extrañeza

governarse aquel reino; y habiendo sosegado los negocios de la isla, según el deseo del Rey don Hernando, volvió en Italia llamado otra vez de Federico, al cual le halló en campaña allende el río Silaro, estando para combatir la noble ciudad de Diano, porque los dianeses, vasallos de Antonello, Príncipe de Salerno y de la casa San Severina, favorecían la parte anjoína. Estos solos entre todos los otros no habían perdido en nada la esperanza, porque tenían por cierto que la armada francesa había de venir en aquella ribera á renovar la guerra; confiados en la fortaleza del lugar y en la muchedumbre de vituallas aparejadas de antes pensaban que les sería tenido á grande honra si, habiéndose rendido los otros al Rey vencedor, ellos casi solos entre todos hubiesen mantenido la fe. Probó el Gran Capitán con parlamentos de reconciliar á los dianeses con el Rey, mas todo fué en vano para con la loca multitud de ánimos obstinados, ofreciéndoles él como medianero condiciones de humanidad grandísimas. El negocio se volvió á la fuerza y á la guerra, y por mandado del Gran Capitán fué en dos partes plantada el artillería y trincheas, las cuales cubrían aquellos que combatían. El batirla duró algunos días. La largueza de la fatiga encendía cada día más á los soldados en la esperanza de la presa y de la venganza. Los cercados, por el contrario, con temor de la muerte y del castigo, aunque cansados del cuerpo y con fatiga grande, se mantenían de ánimo en la última obstinación y porfía. Mas la humanidad del Gran Capitán mandó poner fin á la batería, que domados de la hambre y presos, esperando como mercedores el último castigo, fueron perdonados del Rey Federico por el medio é intercesión de Gonzalo Hernández. Vuolto á Nápoles con el Rey, recibió cartas por las cuales le mandaba el Rey don Hernando que viniese á España, por informarse dél muy en particular de las cosas acaecidas. Embarcado que fué en el armada con la más escogida gente y en especial con los capitanes de caballos é infantería, los cuales en muchas guerras habían hecho hazañas merecedoras de grande loor y premio, navegó en España. Cosa increíble es decir con cuánta honra el Rey y la Reina doña Isabel le recibieron, confesando el Rey á boca llena que mucha más gloria había adquirido á la Corona de España habiendo tornado á sus parientes en el su antiguo reino, que no él por la presa

de Granada y por haber echado los moros de aquel reino. Bien demostró el Rey con efecto que aquella loor y honra que le daba no procedía de lisonja, sino de juicio de ánimo, haciéndole con liberalidad real muchas y grandes mercedes. Mas aunque Gonzalo Hernández no se pudiese igualar en el estado y patrimonio con los señores de Castilla, porque todo el estado del padre, según la ley de España, tocaba por mayorazgo á su hermano don Alonso, sólo con su merecimiento y valor se trataba como los más principales. Y no habiendo aún pasado dos años, creyendo haber hallado reposo en sus tierras á sus tantos trabajos, la fortuna, la cual no había estado un punto firme, más verdadera compañera de la virtud, le presentó á la hora nueva materia de guerra. Los moros del reino de Granada se amotinaron, los cuales no habían querido seguir al Rey Boabdélín, vencido en batalla, perdido que hubo el reino se partió de España, é habían sido recibidos en fe debajo de ciertos capítulos é condiciones, metiéndose en armas é dieron señal de una nueva é importantísima guerra; porque no podían sufrir de ser constreñidos á bautizarse, y rebellados parece que llamaban de la vecina Berbería un mozo de sangre real á la esperanza del reino, el cual, favorecido de grandes ayudas de bárbaros, parecía que cada rato se aguardaba en España. El Rey don Hernando, desvelado de este tumulto, mandó á todos los Grandes que por la salud y reputación de España ayuntasen las más gentes que pudiesen. Hicieron su deber y ajuntáronse gentes á pie y á caballo un número cuasi innumerable. Hizo capitán de este ejército á Gonzalo Hernández, la cual determinación fué á la verdad con maduro consejo determinada, por no dar desabrimiento á los Grandes, que no querían que ninguno de su orden y potencia les fuese preferido y voluntariamente seguirían á uno que fuese inferior de ellos en señorío, el cual por común consentimiento de todos se aventajase en esfuerzo y plática de las cosas de la guerra. Habiendo recibido el cargo del gobierno, con grande diligencia hizo la reseña del ejército por bandas y compañías, y pareciéndole haber de apartar los soldados nuevos de los viejos é enviallos á sus tierras, mandó á su hermano don Alonso, el cual era capitán de una banda de caballos, que de presto cerrase la orden y marchase para adelante, con tan

graves y severas palabras, que mostró bien claro haberse olvidado del hermano y tener en memoria el cargo que regía y gobernaba. Y así los grandes señores le honraron y le obedecieron. Los moros, engañados de la vana esperanza de los favores ultramarinos, espantados de ver tanta gente despedida y presta, y atemorizados del capitán general, á quien tenían más temor que á todos los otros capitanes, perdieron el ánimo. Por lo cual Gonzalo Hernández, como era conocido de los moros por tantos razonamientos que con los Reyes había tenido y siempre había sido un benigno árbitro de paz, ofresciéndoles una honestísima condición, teniendo por ayudador á don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, alcaide de la Alhambra, y el Rey, perdonándoles todos sus errores y rebelión, toda Granada fué pacificada. Ganó entonces Gonzalo Hernández grande loor de humanidad y de industria igual á la gloria de la guerra, pues con sólo haberse fundado en la elocuencia había traído á conclusión negocio tan importante, sin ningún derramamiento de sangre, tan provechoso al nombre real.

En este tiempo el Rey Luis de Francia, el cual había sucedido al Rey Carlos, muerto de una súbita muerte, el Papa Alejandro, con venecianos y florentines, habían hecho una liga muy dañosa á Italia contra Ludovico Sforza y el Rey Federico, con estas condiciones: que al Rey Luis de Francia se adjudicase Milán; á venecianos, Cremona; á César Borja, hijo del Papa, el cual habiendo cruelmente muerto á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capello de Cardenal y había en Francia tomado por mujer á Carlota de La Brit, parienta del Rey de Navarra, se le diese ayuda é favor, con la cual hiciese piezas y desterrase toda la casta de los antiguos príncipes y se hiciese señor de la Romanía, de la Marca de Ancona y de la Umbría, y el Rey Fernando de España y el Rey Luis de Francia se partiesen el reino de Nápoles. Fué con tanta astucia tenido en secreto en la liga el nombre del Rey don Hernando, que Federico en aquel gran temor y peligro de ninguno esperaba mayor ni más cierto socorro que del Rey don Hernando, su pariente y su viejo defensor. Ludovico Sforza, viéndose rodeado de aquella cruel conjuración de príncipes, aguardando en vano el socorro del Emperador Maximiliano, el cual siempre estaba necesitado de dineros

y entonces le hacían guerra los suizos y grisones, envió embajadores á Bayaceto, Emperador de turcos, para darle á entender que aquella conjuración se hacía con este designo: que después que se pusiese fin á la guerra de Italia, conforme á sus designos, se ajuntarían en uno é pasando en Grecia le harían la guerra por mar y por tierra. Entendió el bárbaro la ocasión y la importancia del peligro y mandó de presto henchir el arcipiélago de galeras y dió orden á Scander Bajá, Sanjaco de la Sclavonia, que con mucha caballería arruinase é saquease las tierras de venecianos hasta as lagunas y llegase á ver las torres de la ciudad de Venecia. Las armas francesas salieron con mucha furia contra el Sforza, y siendo apretado por las espaldas de venecianos é miserablemente desamparado de todos y de los suyos vendido, é Milán perdido, fué necesitado de irse en Alemania; y esto sucedió pocos días antes que los turcos pasasen los muy hondos ríos que les estaban puestos delante al encuentro, que son la Livenza, el Lisonzo, el Taliamento y la Piave, habiendo hecho muy grandes daños á la gente de la tierra que de esto estaban bien descuidados y allegaron hasta el condado de Trivigo. Recibieron los venecianos otro daño con muy grande vergüenza en Proto, entre las islas junto á Candía, en la partida de la Morca, que el Grimano, con mayor y más fuerte armada que la turquesca, combatiendo con ella, había vergonzosamente perdido algunas galeras y dos naves grandes que le quemaron, y finalmente la ocasión de una cierta victoria. Pero antes que se cumpliese un año, Ludovico Sforza, habiéndose fortificado del favor y ayuda de los suizos y de la caballería borgoñona, echó á los franceses y recobró á Milán y á Novara. Taj fué, finalmente, el suceso de la guerra, que con grande traición fué de los suizos puesto en manos de monsiur de la Tramolla, capitán francés, y los venecianos prendieron al Cardenal Ascanio Sforza, su hermano, que se había ido huyendo al Placentino, y le entregaron á franceses.

El Gran turco Bayaceto entró por el Examillo de Corintio en la Morea con un grueso ejército y tomó á Modón, ganó al Gunco, que fué Pileo de Nestor, y á Criseo de allá del Acríte, hoy llamado Cabo de Gallo; ganó á Corro, habiéndoles poco antes ganado á venecianos á Lepanto en el golfo de Etolia y á

Durazo en Albania. Los venecianos, espantados de estos prósperos sucesos de los turcos, demandaron ayuda á todos los Reyes de la Cristiandad. El Rey don Hernando primero que todos los otros respondió benigna y liberalmente á sus ruegos, así como aquel que, allende el nombre de la reciente gloria, en haber echado con singular esfuerzo y devoción los Reyes moros del reino de Granada, procuraba de ganar nueva honra. Y aunque fuese debajo de causas de secretos designos, á fin de ocupar con la aparejada gente la mitad del reino de Nápoles, dividido con el Rey de Francia según los conciertos hechos, mandó aparejar en Málaga una gruesa armada, porque parecía ser una obra muy honrada, si por respecto de la religión él daba socorro á la Cristiandad, puesta en tanta necesidad y trabajo, y en un mismo tiempo proveer á las cosas de Sicilia, y porque con tiempo se acomodasen sus secretos designos, los cuales por entonces no le parecía que se publicasen, fué nombrado por capitán general Gonzalo Hernández, con público juicio y favor de todos, el cual navegase en Sicilia y de aquí se juntase con el armada veneciana y fuese contra turcos. Los soldados y el armada se juntó en Málaga, y favorecido de la liberalidad y riquezas de don Alonso de Aguilar, su hermano, con buen tiempo se hizo á la vela de Málaga en Mecina y de allí á Losanto. Había en esta armada cuatro carracas de genoveses bastecidas de toda munición de guerra; la mayor de ellas, llamada la Camilla, era la capitana; allende de éstas, fueron otras treinta y cinco naves de carga, siete bergantines armados, ocho galeas y cuatro fustas. Llevaron en estas naves cerca de ocho mil infantes escogidos y mil y doscientos caballos. Muchos caballeros generosos siguieron á Gonzalo Hernández, entre los cuales fué don Diego de Mendoza, hijo del Cardenal don Pedro González, hombre muy excelente así por la grandeza de ánimo como por la disposición corporal. Los turcos habían tomado poco antes la isla de la Chefalonia, la cual después Melchor Trivisiano, sucediendo al Grimano, el cual por haber mal peleado había sido confinado del Senado en Osoro, isla de las absirtas, en balde la había combatido. Era esta isla de grande comodidad para los negocios de la mar, y los venecianos tenían temor que los turcos con igual osadía y suceso no se enseñoreasen de la isla vecina de

Losanto. Allegado que fué Gonzalo Hernández, los venecianos le recibieron con grandísima honra y alegría, y habiendo conferido con él sus designos, deliberó de combatir á la Chefalonia. En aquel tiempo, por allegarse el otoño, la armada turquesca se había retirado al estrecho de Galipoli, y Bayaceto tuvo nueva cómo se aparejaba grande armada contra él en España y en Francia y en Italia, y habiendo tomado á Modón y de paso tentado en vano á Nápoles de Romanía, se había vuelto en Tracia. La isla de la Chefalonia está puesta entre Losanto y el golfo de la Larta, en el Archipiélago; es noble por dos puertos y por la fertilidad de la tierra y por la grande abundancia de fuentes de agua dulce, y á esta causa les sería de grande comodidad para la contratación de la mar, en especial habiendo perdido á Modón, que solía dar seguro puerto y reposo á aquellos que navegaban en Suria.

Pues habiendo proveído todas las cosas necesarias para dar el asalto, determinó el Gran Capitán, antes de mostrarse, enviar un embajador á los turcos, que fueron Puccio, capitán de las galeras, y Solís, valeroso capitán de infantería, haciéndoles saber cómo los soldados viejos del riquísimo Rey de España, ejercitados de largo tiempo en la guerra y vencedores de los moros de su seta, habían venido en socorro de venecianos, y si ellos querían entregar la isla y el castillo, que todos se podrían ir salvos y seguros; pero si estaban determinados de querer probar la fuerza de los españoles y esperar los golpes del artillería, que no hallarían después lugar ninguno de perdón ni de remedio. A estas palabras respondió con alegre rostro Cisdar, de nación albanés, capitán de la guardia: «Cristianos: agradecemos os mucho vuestra voluntad; hacemos os saber que nosotros estamos determinados ó vivos ó valerosamente muertos ganar grande gloria de constancia para con Bayaceto; ni nos espantamos por ningunas amenazas de hombres, habiéndonos la fortuna á todos escrito en medio de la frente el fin de la vida. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales valerosamente vengaremos nuestra muerte, si acaso no pudiéremos resistir á nuestro destino ó á vuestro esfuerzo». Dicho esto, mandó enviar un fuerte arco con un carcaz dorado al Gran Capitán, y rompió el razonamiento. El Gran Capitán y el Pésaro,

proveedor de venecianos, haciéndoles el tiempo bueno, partieron de Losanto y entraron en ambos á dos puertos de la Chefalonia, y metida la gente en tierra, los venecianos de la una parte y los españoles de la otra se alojaron y plantaron el artillería. Tenía el Pésaro algunas piezas de artillería de bronce muy gruesas, las cuales se llamaban basiliscos, que la pelota de hierro que echaban pasaba ocho pies de muralla, y con espantoso rompimiento desbarataban todo aquello que estribaba de la otra parte del muro. Los turcos, al encuentro, mucho más de lo que se puede creer se defendían esforzada y animosamente, ni por las espantosas muertes de los suyos no se movían un paso atrás, haciendo de par de dentro reparos de tierra, madera y otras cosas, tirando de continuo artillería y tanta furia de saetas, que el campo y las tiendas estaban llenas de ellas; y era la crueldad mayor por estar enerboladas, que de una pequeña herida morían los pobretos de soldados, así como acaeció á don Sancho de Velasco, mozo nobilísimo y valeroso, el cual primero que los físicos venecianos hallasen para su herida cierto remedio, en poco rato fué muerto de una bien pequeña herida. La fortaleza de la Chefalonia está puesta sobre una peña, y por el aspereza del sitio con dificultad se podía subir á ella, y también lo estorbaban las ruinas del muro que caían; pero por estos estorbos los españoles animosamente no dejaban de subir, y á todas las horas con sangrienta porfía combatían. Los turcos, no faltando á su deber, porque allí donde estaban los enemigos más ajuntados les echaban fuego, saetas y piedras y algunos que subían por las escalas procuraban de tirallos encima la muralla, habiendo echado para abajo ciertos garfios de hierro, que ellos llaman lobos, con los cuales los cogían por lo hondo de la coraza ó por la cintura. Con estos garfios, entre otros, con grande peligro de la vida, fué preso Diego García de Paredes, el cual después en muchas guerras ganó loor de singular fortaleza. Salían los turcos muchas veces con la oscuridad de la noche, porque en aquella hora con el beneficio de lo oscuro les parecía segura del peligro del artillería, y tiraban entonces tanta multitud de saetas por todo el campo, que muchas veces estuvo el Gran Capitán en mucho peligro, que hasta su tienda estaba llena de ellas. El Gran Capitán, viendo que á este pe-

ligro apenas se le podía poner remedio, pensó un muy provechoso reparo: mandó hacer una trinchea muy cerca en el enderecho de la puerta y rodeada al derredor de matones, y aquella parte la fortificó con artillería apuntada al paso por donde los turcos tenían de salir. De manera que los turcos eran primero muertos del artillería casi con golpe cierto que ellos arribasen al lugar adonde solían echar las saetas. Este ardid rompió el osar y atrevimiento á los turcos; porque Pinedo, hombre valeroso, á quien había sido encomendado el cargo de defender la trinchea, tenía siempre en esto atenta la guardia.

Los turcos, según su costumbre, se salieron dos veces fuera y ambas los cogió tan felicemente, que de una súbita ruciada de artillería murieron un grande número de ellos. Por la otra parte los turcos hicieron una mina, por la cual salían de noche, y allegaron á la tienda del Gran Capitán; pero él, siendo avizado en sueños por gracia divina, la cual tenía especial cuidado de su salud, le guardó de tan grande peligro, y así mandó hacer una contramina, donde puestos algunos barriles de pólvora y dándole á fuego, les salió al encuentro con terrible matanza de bárbaros.

Había en este medio la carestía de la vitualla afligido más que medianamente á los españoles, parte por la negligencia y pereza de algunos mercantes que tenían cargo de proveer el campo, los cuales le proveían las vituallas con grande escaseza, y parte por la dificultad de la navegación; porque como era invierno, el mar era combatido de crueles vientos, y con esto se tardaban los continos pasajes que todos días se hacían en Corfú y de Losanto; talmente que muchos fueron constreñidos á vivir de yerbas y de raíces no conocidas, de lo cual adolescieron de enfermedad de cámaras. Había en el un campo y en el otro guardado alguna cantidad de trigo; el Gran Capitán mandó hacer algunos pequeños molinos de á brazo, los cuales en cada una galera eran movidos por los forzados. Faltando cedazos para sacar el salvado, quitó á las mujeres de las cabezas algunos velos muy delicados. Hicieron algunos hornos pequeños en la ribera para donde se cociese el pan. Con esta provisión no solamente se remedió la hambre, mas ambos campos fueron llenos de nueva esperanza de victoria. En aquellos mismos días el Conde Pedro Navarro, el cual después en la

guerra alcanzó suprema honra, inventor de obras maravillosas, había derribado una parte del muro haciendo cavar algunas minas en el fundamento donde estaba asentada la fortaleza y metiendo barriles de pólvora para dalles después á fuego; y con la violencia de aquel elemento, cerrado por donde podía espirar, rompía con grande presteza cuanto topaba. Ya se comenzaba á oír la murmuración de los soldados, enojados por haber tantos días consumido en el combatir de una tierra ó ciudad tan ruín contra unos desarmados flecheros. El Gran Capitán, aunque confiado del singular esfuerzo de sus soldados, comunicó sus designos con el Pésaro, el cual había tomado cargo de combatir la otra parte de la ciudad, y deliberaron de dar á la hora juntamente por ambas partes el asalto, habiendo públicamente mandado grandes premios á aquellos que fuesen los primeros al entrar de la tierra.

Después que hubo diligentemente y con industria proveído lo necesario para dar el último combate, fué dada la señal con las trompetas y á un tiempo descargada el artillería, haciendo tanto rumor que toda la isla tembló y se creyó que se hundía. No las murallas ni las trincheas hechas de por dentro ni la constancia de los bárbaros pudieron ser parte de estorbar á la infantería española que con grande presteza no plantasen las banderas en lo alto de la muralla, y en el entrar de la tierra fueron los fortísimos turcos muertos y la ciudad ganada. Fueron tomados vivos cerca ochenta, especialmente de aquellos que estaban enfermos de las pasadas batallas y no habían podido tomar los principales lugares de la defensa del muro. Los otros todos cerca trescientos, defendiéndose en el último combate de la muerte, fueron muertos con Cisdar su capitán. Los españoles, que de antes despreciaban y tenían en poco las armas de los turcos y la grosera calidad de su milicia, juzgaban que de la fuerza de ellos se había de tener grandísimo temor, si se hubiese de combatir con una grande multitud.

Tomada que fué la Chefalonia, el Gran Capitán por muchas causas le convenía volverse en Sicilia, aunque los venecianos habían designado de querer combatir á Santa Maura; había entendido poco antes por cartas del Rey don Hernando que los capitanes franceses que estaban en Milán habían asoldado algunas bandas de suizos y en Génova proveído una

gruesa armada y á la primavera habían de hacer guerra por mar y por tierra al Rey Federico. El Pésaro, en nombre del Senado veneciano, agradeció mucho al Gran Capitán la obra recibida, y en premio del servicio le dió vasos de oro y de plata entallados, paños pavonados de lana, piezas de carmesí y brocados, diez caballos turcos y diez mil ducados, los cuales á la hora con grande liberalidad los repartió en el ejército y particularmente entre los más valerosos soldados y amigos suyos, no habiéndose querido tener para sí sino cuatro tazas para honrar su aparador en tiempo de paz en testimonio de su valor y de la cortesía veneciana, porque él con grande grandeza de ánimo posponía á todas aquellas dádivas la honra ganada con grande fatiga de la presa de la Chefalonia. Pero la fortuna le esparció aquel dulcísimo honor de la honrada hazaña con el amargor del doméstico llanto, porque cuasi en aquel mismo tiempo don Alonso de Aguilar, su hermano, mayorazgo de su linaje, capitán de grande autoridad, fué muerto de los moros en la Sierra Bermeja. Habiéndose aquella gente dejado debajo de ciertas condiciones de paz, después de la guerra de Granada, en la Sierra Morena y eran forzados del Arzobispo de Toledo á hacerse cristianos, rebeláronse y pusieron en armas. Fué cometido el cargo á don Alonso para que los hiciese guerra y los castigase, y él combatiendo esforzadamente, habiéndose metido muy adelante, sobreviniendo la noche dándole encima los moros por todas partes, saliendo de las celadas le mataron, habiéndole primero muerto el caballo. El Conde de Urueña, compañero suyo en aquella empresa, no tuvo esfuerzo de socorrer á don Alonso, puesto en el medio de sus enemigos. Don Pedro su hijo, habiendo recibido grandes heridas junto á su padre, fué socorrido de don Francisco Alvarez de Córdoba, amigo valerosísimo, y echados con grande fuerza los bárbaros le levantó, que estaba en tierra con una pierna pasada, le puso en un caballo y con grandísima honra le salvó.

Pero tornando adonde nos partimos, después que fué entendido que el Gran Capitán era arribado á Mecina con el armada no solamente salva, pero victoriosa, le vinieron embajadores de muchas partes y de todas las ciudades de Sicilia con presentes á alegrarse con él de la victoria. Pero su vuelta fué

al Rey Federico más apacible que á todos, porque estando puesto en grande afán y trabajo por la guerra francesa que le venía á costas por el antigua amistad, había puesto toda su esperanza en los españoles y en el esfuerzo del Gran Capitán, porque venecianos y florentines habían hecho liga con franceses. El Papa Alejandro con el Rey de Francia habían conjurado contra Federico. Y por esta causa Federico le envió muchas veces embajadores en Sicilia y en parte con continas cartas le hacía saber cuán grande aparejo por tierra y por mar hacían los franceses por acometer á Sicilia, si él insuficientemente á tan grande furia de guerra que le amenazaba y abandonado de todos sus antiguos amigos fuese constreñido á partirse de Nápoles y del reino. El Gran Capitán, sabiendo que el Rey don Hernando y el Rey Luis de Francia se habían secretamente concertado y partido entre ellos igualmente el reino, entretenía á Federico con la esperanza del socorro, aunque esto él lo hacía muy contra á su voluntad, porque le parecía muy ajeno de la noble costumbre de su pasada vida y de aquella (por la cual él era muy loado) inviolada bondad y limpieza de ánimo entretener con engañosas promesas un Rey tan bueno, y siéndole obligado con mercedes hechas de su mano y muy su allegado en amistad y servicio, y á la fin que fuese engañado y con traición puesto en las manos de sus enemigos á natura crueles y enojados por el rompimiento de la pasada guerra. Pero él tenía de obedecer á los mandamientos de quien le podía mandar, porque mientras tenía cuidado de su honra no pareciese que faltase en la fe á su rey y señor, el ánimo del cual por ciertas ofensas estaba ajenado de Federico y le tenía por enemigo, porque se decía que él había tratado con el Rey Luis una paz y perpetua concordia, la cual se esforzaba de confirmar con pagalle cada un año cierta cantidad de ducados de tributo. Al Rey don Hernando le parecía muy mal este trato, no queriendo que aquel reino fuese tributario á gente enemiga, el cual reino el Rey don Alonso su tío con grande esfuerzo y con difícil guerra y muchas veces con dudosas victorias lo había ganado, y que él poco antes con los tesoros de España y de Sicilia lo había defendido contra los mismos enemigos. No mucho después, habiendo los capitanes franceses formado un grueso ejército, venidos de Lombardía en tie-

rra de labor, tomada sobre concierto y cruelmente saqueada Capua y rompida la gente de Federico, el Rey, como desesperado de sus cosas, se fué huyendo con la mujer y los hijos al castillo de Iscla; y enojado con el Rey de España, del cual se querellaba que con malvada desimulación le había hecho traición, se concertó con monsiur de Nemos y monsiur Daubegni, capitanes del Rey de Francia, entregándoles las fortalezas de Nápoles y de poder con seguridad navegar en Francia y hacer prueba de la clemencia del Rey Luis, al cual muy humilmente quería ir á hallar, habiendo sido en esta manera derribadas de un súbito las cosas de Federico.

El Gran Capitán, así como de ántes estaba concertado por sus concertos secretos, pasando de Mecina á Rijoles, en poco espacio de tiempo tomó todas las ciudades de Calabria, porque los Reyes con estas capitulaciones se habían ajuntado en una amistad: que en la división del reino toda la tierra de labor, el ducado de Benevento y el Abruzo, juntamente con la ciudad de Nápoles, fuesen del Rey de Francia; la Calabria, Basilicata é toda la Pulla con tierra de Otranto tocasen al Rey de España. El Gran Capitán ante todas cosas, con ánimo generoso, antes que hiciese guerra al Rey Federico, le envió un embajador que con solemne contrato le renunciase las ciudades é castillos en el Abruzo y en el monte de Santo Angelo que el Rey en la guerra pasada, por los servicios que le hizo, le había hecho mercedes de ellas, porque aquel que le había de ser enemigo por mandamiento del Rey don Hernando su señor, olvidada del todo la memoria de las mercedes recibidas, no le pareciese ingrato. Federico, maravillado del respeto y de la grandeza de ánimo del Gran Capitán, le respondió: Que él conocía claramente la virtud y bondad suya, aunque le fuese enemigo, y que no se arrepentía de la liberalidad y mercedes que le había hecho; pero de nuevo con grandes privilegios las confirmó, habiendo publicado y dicho muy grandes loores del Gran Capitán, el cual con libre voluntad le había borrado la infamia de la ingratitud y échole conocer cómo constreñido por los mandamientos del Rey su señor le hacía guerra. Después de aquesto á los señores de la casa San Severino, especialmente á Bernardino, Príncipe de Visiñano, le restituyó el estado y castillos, al cual tres años antes se lo había quitado como á rebelde y

enemigo, el cual obstinadamente favorecía la parte francesa. El Gran Capitán juzgaba que era muy bien ganarles la voluntad con aquella liberalidad, porque alguna vez se olvidasen de la parte anjoína, á la cual en la guerra pasada había conocido que casi toda la Calabria era muy aficionada. Después con grande consejo ganó por amigos á los señores Coloneses y con grande honra y humanidad les dió á cada uno de ellos una banda de caballos. Fabricio Colona había sido preso en Capua y habíase rescatado con dineros de las manos de franceses. El Próspero había dejado á Federico ya muy trabajado de la cruel tempestad de la inicu fortuna, habiendo muchas veces condenado el consejo calamitoso y desdichado de Federico, según se mostró en efecto cuando, movido del enojo que tenía del Rey de España y de la vana esperanza francesa, humilde é miserable había navegado en Francia á buscar al Rey Luis.

Estaba en Sicilia el Cardenal Juan Colonna, hermano del Próspero, el cual cuando el Papa Alejandro había comenzado á favorecer á los señores Orsinos é con liberales gajes escríptolos á la milicia de César Borja, su hijo, y echado á los Coloneses de Roma y de sus estados, él se había huído de Roma. El Gran Capitán, como aquel que era lleno de una rara grandeza de ánimo é de singular ingenio, claramente adivinando, proveía á lo necesario, porque los franceses, parte por su naturaleza ser muy fogosos, parte insolentes, bravos por las victorias ganadas sin ninguna fatiga, creía que no quedarían nada contentos con los confines concertados de la división del reino, y por esto sin duda alguna algún tiempo se movería la guerra. Por lo cual con grande honra suya, echando los franceses, habría adquirido un reino nobilísimo á don Hernando, Rey de España, y á sus sucesores; por donde juzgaba que sería de grande importancia aquellas cosas que con la esperanza y grandeza de ánimo designaba. Allegando á sí y al servicio del Rey de España á los señores Coloneses, hombres nobilísimos y de singular valor en la guerra, los cuales él conocía no solamente grandísimos enemigos del Papa, amigo de franceses, y allende de esto les quitaría de su parte los soldados viejos italianos y todos los aficionados al nombre de Aragón y un grande número de parientes y servidores suyos.

Federico, partiéndose del reino, había dejado en Taranto á don Hernando de Aragón, el mayor de sus hijos, el cual se llamaba Duque de Calabria, para que estuviese en guardia de la ciudad más fuerte de todo el reino. Estaban con el Duque don Hernando, don Juan de Guevara, Conde de Potencia, y Leonardo Alejo, caballero de la militia de Rodas, hombre en la guerra muy valeroso. Teníase debajo el presidio de Federico Manfredonia, puesta adonde fué la antigua ciudad de Siponto al monte de Santo Angelo; las otras ciudades y castillos habían venido en las manos de franceses ó españoles. El Gran Capitán, ajuntada toda su gente y habido de monsiur de Nemos, el cual era capitán general de franceses, dos compañías de gascones ballesteros y otras tantas bandas de caballos, asentó cerco á Taranto. Vinieron á él Próspero y Fabricio, y comenzóse á hacer guerra, porque muchas veces salían los del Duque y en la campaña puesta debajo la ciudad escaramuzaban á pie y á caballo. El Gran Capitán, desconfiado de poder tomar á Taranto ni por fuerza ni con artillería, determinó de apretalle con un fuerte cerco y domalle con la hambre. Porque aunque él hubiese edificado reparos á la alteza de un castillo contra la puerta y de allí la batiesen con artillería, la naturaleza del lugar era tal que los del Duque se defendían valerosamente, asentada su artillería contra los bestiones, y no se atemorizaban en un punto por la fuerza de los enemigos, Es maravilloso el asiento de aquella ciudad, que por todas partes es bañada del mar. Que don Alonso de Aragón el mozo, que por sobrenombre fué llamado el Guercho, la había cortado de tierra firme, cuando los turcos tomaron á Otranto, entre las otras ciudades de tierra de Otranto, por la gran comodidad de aquel puerto, designaban de haber á Taranto. La ciudad está ahora puesta en aquel lugar donde antiguamente estuvo la grandísima Roca de Taranto, ennoblecida por el cerco no menos largo que vano de Aníbal. Pero adonde estaba el viejo Taranto son agora grandes ruinas y por todo él se muestran maravillosos vestigios de la ciudad deshecha. Es, en fin, Taranto ciudad nueva y toda traspasada en aquella isla y ceñida en derredor del mar, y por dos puentes de madera se pasa á ella puestos el uno á levante y el otro á poniente; en las cabezas de ellos están edificadas dos

hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra tierra firme corren dos canales, y así con grande dificultad se pueden combatir. De la parte del abierto mar no se pueden allegar las naves, porque aquel costado de la ciudad está fortificado de unos perpetuos escollos ó peñascos.

El Gran Capitán, espantado de estas dificultades, determinó con exquisito modo de trabajo de igualar los bestiones y los fosos á la justa alteza de Taranto á golpe de artillería y cerró las dos salidas de las puentes, haciendo dos castillos de tierra y encima el artillería, y deliberó de invemar allí. La armada de españoles y sicilianos corrían todo aquel mar y con continua guarda guardaban ambas á dos las entradas de aquella isla que hace el puerto, que por ellas ningún navío pudiese salir ni entrar en él ni en la ciudad. Fué aquel cerco el más largo de cuantos se han visto en Italia, según él era perezoso y reposado. Porque como los del Duque hubiesen bastecido la ciudad de sí misma abundantísima, así por la fertilidad del territorio vecino como por la comodidad de una facilísima navegación, habiendo á más de esto traído de la comarca muchas vituallas, tenían á grande temeridad provocar á los enemigos y meter en peligro las fuerzas de ellos, que eran pocas y flacas.

Entretanto que el Gran Capitán tenía puesto el sitio sobre Taranto, procuraba, como en todos sus hechos, así de guerra como de paz, fuese tenido y reputado de italianos y más de franceses por illustre, en obras de magnificencia y grandeza. Que entre las virtudes de ánimo que tenía, que eran muchas y grandes, adquiridas así por naturaleza como por artificio, en la de la liberalidad fué un raro hombre, con la cual se ganan los ánimos de los soldados, porque ninguno jamás más exquisitamente ni más á tiempo ni con más alegre semblante que el Gran Capitán usó el esplendor de la magnificencia, no solamente con los suyos, pero con sus enemigos.

Había acaso allegado entonces de la isla de Mitilén á las vecinas riberas de Calabria, echado de la cruelísima fortuna, Filipo Rabastain, flamenco, capitán de la armada de Francia, habiendo perdido las naves parte por naufragio, parte rompidas por la furia de los vientos, y la nave capitana hecha mil pedazos por haber violentamente encontrado en unas peñas de la isla de Citera, y él medio desnudo con

los más principales de su compañía, se había salvado. El Gran Capitán, viéndole tan trabado, así por el enojo del mar como por el espanto de la imaginación del reciente peligro y por el dolor de la empresa que mal le sucedió, desnudo de aderezos de su persona y casa, le envió un presente de algunas cosas que le eran muy convenientes para el remedio de la necesidad presente; y quien quisiere considerar el grande valor dél, parece que avanza al término de la liberalidad. Entre otras cosas, demás de una gran suma de vituallas, le envió ropas de seda aforradas en martas cebellinas, de lobos cervales, camas de seda, cobertores, tapetes, vasos de beber de plata maravillosos, algunos muy buenos, caballos bien aderezados, y fué tan grande el número de aquellas cosas, que cuasi á todos sus compañeros les tocó parte de aquella liberalidad. Con los cuales dones obligó grandemente el ánimo de los franceses, y así con toda calidad de loor decían que hombre tan grande y magnífico era merescedor del reino que gobernaba. Estaban en compañía de monsiur de Rabastain muchos caballeros franceses, entre los otros el señor Juan Estuardo, Duque de Albania, caballero mozo y de la sangre real de Escocia, al cual después le habemos visto en Italia capitán de grande nombradía. Monsiur de Rabastain con ánimo más quieto sufría la iniquidad de la fortuna, confesando no ser en cosa alguna igual al Gran Capitán, porque poco antes, movido de la cobdicia de la gloria, persuadido para ello de venecianos, había navegado contra turcos á la isla de Mitilén á fin que tomada aquélla, como ciudad y isla más noble, sobrepujase en la honra al Gran Capitán, la cual felizmente se había adquirido ganando la Chefalonia. Pero aquella conquista fué con más temeridad que con valeroso esfuerzo de franceses emprendida, y así tuvo muy deshonorado fin. Porque habiendo con el artillería derribado casi á tierra la muralla y sido echados de la ciudad, la cual los turcos la defendieron con maravilloso esfuerzo, partiéndose de la isla les tomó en el arcipiélago una cruel y terrible fortuna; tal que apartó y rompió aquellas naves que quedaron, de tal manera que la una no pudo hacer el viaje de la otra. No faltaron soldados españoles que, teniendo grande envidia de aquellas dádivas hechas á los franceses, que por las tiendas y públicas conversaciones decían

que el Gran Capitán con real mano derramaba las riquezas con los extranjeros; que fuera más justo proveer á la necesidad de sus soldados, así como á aquellos que se les debían las pagas de muchos meses; donde la envidia de aquella malvada furia prendió de tal manera los ánimos de los enojados soldados, que todos de una voluntad y súbito consentimiento se amotinaron, tocando al arma se metieron en orden y comenzaron á demandar las pagas al capitán. Había pasado tan adelante el furor, que estando el Gran Capitán desarmado le metieron las picas á los pechos, y ninguna cosa tanto le defendió en tan crescido peligro cuanto su maravillosa constancia y la majestad de sus palabras. Porque un soldado privado que con terrible vista le amenazaba con la punta de la pica, le metió la mano debajo de ella y con un rostro apacible, medio riendo, le dije: «Levanta para arriba esa punta, necio, que burla burlando no me pases de parte á parte». Decía esto con tanta alegría como si aquel soldado, que con el enojo apretaba los dientes, se estuviera burlando. Fué allende de esto inculcado con vituperosísimas palabras, porque excusándose del haber tardado la paga y jurando cómo él se hallaba en extrema necesidad de dineros, Hisciar, vizcaíno, capitán, le respondió sorberbiamente diciéndole: «Si tú no tienes dineros, mete á tus hijas en el burdel»; la cual palabra, aunque por entonces no mostrase ningún sentimiento de haber tomado algún enojo, pero allególe á lo íntimo del corazón. Porque habiéndose asesegado aquel motín con ciertos prometimientos de dineros, la noche siguiente mandó ahorcar á Hisciar de una ventana abajo, adonde todo el ejército le podía ver. Donde el Gran Capitán con aquella severidad cobró no solamente su autoridad y reputación, la cual por el reciente amotinamiento de los soldados la tenía casi perdida; pero en lo de por venir con aquella terribilidad del súbito castigo átemorizó á los sediciosos soldados, que después no tuvieron atrevimiento de ofenderle. La infantería muchas veces daba voces diciendo que, ó luego les diesen las pagas que se les debían ó los licenciase del juramento, porque con deseosos ánimos habían puesto los ojos á otra fortuna y más libertada milicia. Que César Borja, hijo del Papa Alejandro, habiendo puesto el ánimo á los estados de todos los señores de la Humbría,

de la Romanía y de la Toscana, dándoles gruesas pagas y prometiéndoles grandes presas de las ciudades ricas, llamaba á sí los soldados viejos y especialmente á los españoles, de manera que parecía que poco á poco se querían partir y desamparar las banderas. Pero la fortuna, que en las cosas difíciles jamás le desamparó, habiéndosele casi amotinado el ejército y no aguardando dineros ni de España ni de Sicilia, le socorrió en una grandísima necesidad, que en un punto le enriqueció, con la mercancía de una nave de Génova, la cual navegando para Levante había venido al golfo de Taranto. Mandó á Puccio, capitán, que con las galeras de Lezcano la rodease y la metiese á saco, estando la nave bien descuidada de cosa semejante. Mandó el Gran Capitán hacer esto por ciertas causas, y la principal porque llevaba hierro á los turcos. Estimóse el valor de ella en más de cien mil ducados, aunque á la verdad fué forzado á hacer esto contra su voluntad y no movido de avaricia, sino de extrema necesidad, á fin de tener á sus soldados asesegados y en obediencia, en el esfuerzo de los cuales confiaba de poder traer á fin felicemente la empresa. Solía decir el Gran Capitán, cuando violaba la razón humana, que un Capitán general á tuerto ó á derecho había de procurar de vencer, porque ganada la victoria los daños que se habrían hecho á los miserables pobretos se recompensasen con mucha cortesía y cumplimiento.

Había ya consumido algunos meses en aquel perezoso sitio, cuando por conjeturas vino á entender cómo los franceses, no contentándose de aquella división del reino, en secreto se trataban como enemigos, solicitando con cartas á don Juan de Guevara, que tenía el gobierno del Duque don Hernando, y á Leonardo, capitán de la guardia, que quisiesen antes entregar á Taranto á los franceses que al Rey de España, el cual había hecho traición al Rey Federico su padre. Había acrescentado la sospecha monsiur de Alegre, capitán deligente y despierto entre franceses, que poco antes debajo especie de religión había demandado licencia de poder ir á visitar la iglesia de Sant Cataldo, al cual como su abogado es de los tarentinos religiosamente reverenciado, con fin de cumplir cierto voto y llevar ciertos dones y ofrescimientos. Habían los franceses en aquel mismo tiempo con

grandes prometimientos persuadido al capitán de Manfredonia que á ellos primero que á los españoles les entregase la ciudad y el castillo.

El Gran Capitán, con maravilloso artificio y diligencia, venció los designos de franceses en tomar primero á Manfredonia y trató con don Juan de Guevara y con Leonardo Alejo, los cuales de su condición eran enemigos de franceses, que con honestas condiciones persuadiesen al Duque don Hernando á querer presto rendirse. El Gran Capitán con maravillosa y extraña manera, siguiendo el ejemplo de Aníbal, había puesto cerca veinte navíos encima de carros, y del abierto mar los había trasportado en aquel mar cerrado. Tiene de largo este mar cerca de cuatro millas y está hecho á modo de un grande estanque ó laguna, y en el enderredor abraza diciocho millas, y aunque haya muy grandes tormentas tienen allí las naves un reposado y seguro acogimiento, y de pescado es abundantísimo. No es Taranto de aquella parte ninguna cosa fuerte, porque está cerrado de casamuro é no tienen temor ninguno por aquella parte los tarentinos.

Habiendo, pues, llevado las naves al puerto con grande fiesta y regocijo de los soldados, con mucha música de atambores y trompetas, corrían por toda aquella marina. Los del Duque de Calabria concibieron grande temor, aunque á la verdad aquel negocio era más terrible y espantoso en apariencia que por daño que les pudiesen hacer. Pasados algunos días, viendo las cosas perdidas é con poca esperanza de remedio, don Juan de Guevara y Leonardo persuadieron á don Hernando de Aragón, Duque de Calabria, que se quisiese guardar sano y salvo y esperar á mejor suerte de fortuna; porque si determinaba de envejecer en la ciudad sitiada, él se ponía á manifiesto peligro de la vida, pues le eran enemigos dos grandísimos Reyes, y los otros Príncipes estaban allegados en liga con ellos, de los cuales les parecía cosa loca é misera de creer por suceso aguardar ningún socorro; é allende de esto los tarentinos estaban muy afligidos por los infinitos fastidios y daños del largo sitio, y que de hoy adelante deseaban toda el adversidad, porque libres del cerco y de la guerra hallanse fin á tantos trabajos y fatigas. Y que si él rendía la ciudad y el castillo, que fácilmente se alcanzaría del Gran Ca-

pitán de poder ir libremente en aquella parte que él más quisiese con el aparato real é con sus domésticos servidores. El Duque de Calabria, persuadido de estos consejos, envió fuera á don Juan de Guevara, el cual concertó la tregua por seis días. Y entraron dentro de la ciudad los capitanes Luis de Herrera é Pedro de Paz. Fué hecho el acordio de rendir á Taranto, y de aqueste tan apresurado concierto fueron mal quistos y juzgados el Guevara y Leonardo y los principales de Taranto.

El Duque de Calabria fué con grande honra é singular humanidad recibido, é dándose gran priesa, según los conciertos, de salir del reino, é seguir los consejos del padre. Poco después fué vuelto de Bitonto á Taranto, en balde lamentándose é llorando que había sido engañado de los suyos é que debajo la fe real le habían hecho traición y hecho prisionero. Pocos meses después (la cual cosa acrescentó más su pasión y trabajo) fué traído en España, donde en una libre é honrada prisión con ánimo reposado se acostumbra á sufrir en un mismo tiempo el caso de la fortuna del padre é de su malvada suerte. Tenía por cierto el Gran Capitán que el Duque don Hernando seguiría el consejo del Rey Federico su padre, é temía no se pasase á los franceses é procurase con los que seguían su opinión de levantarlos á esperanza de recobrar el reino é quitallo á los españoles. Era de parecer el Gran Capitán que aun con loor de su dignidad había de obedecer al Rey su señor, el cual le mandaba é requería cosas poco honestas. Porque, aunque él no guardase aquello que con juramento había prometido, todo ello se refería á la voluntad del Rey, que se lo mandaba, el cual así como ausente no era obligado á cumplir ningunos prometimientos que el Gran Capitán había hecho.

En este medio nació diferencia entre españoles é franceses sobre los confines de la tierra. Primeramente el negocio se trató por doctores, y después, por la insolencia de los soldados, vino á sangriento contraste, habiéndose producido por ambas partes públicas memorias é tablas pintadas de la tierra, según la fe de los geógrafos y de las historias, por hacer conjeturas de ellas en juicio; pues que ya por la mucha antigüedad, los nombres antiguos de las ciudades y de la tierra se habían perdido, ó malamente trasportados y corrompidos con palabras medio bárbaras, dan-

do escuridad á aquellos que escriben ó leen, que por ellas se conocía el reino de Nápoles, el cual casi con igual estimación el Rey de España y de Francia se habían partido, dividiéndolo así los Reyes antiguos, haberse hecho cuatro gobernaciones, que la una es la Campaña, la cual por la mayor parte se llama tierra de labor y se extiende con un nuevo término del reino desde el paso de Fundi, allende el río Sarno y el Sile, últimos ríos del principado, hasta el río Lao, que parte la Basilicata de la Calabria, de la cual provincia es la cabeza la real ciudad de Nápoles, con una increíble abundancia de todas las cosas y con una bellísima vista de mar, la cual á los ánimos aunque tristes siempre á placer, con una perpetua verdura de jardines. Después de la Campaña comienza la tierra de Abruzo, que ya se llamó Precutina. Esta se extiende del Apenino por el ducado de Benevento al largo ribera del mar Adriático; la cabeza de ella es el Aguila, ciudad nueva edificada de las antiguas ruinas de Amiterno y Forcona. Las otras dos partes son, á mano izquierda, la Pulla y tierra de Otranto; esto es del monte Sant Angelo al cabo de Otranto y Santa María de Leuca, adonde fenescce la Italia. La cuarta región se atribuye á los Brutius, á los cuales hoy día falsamente les es puesto el nombre la Calabria, siendo, por el contrario, calabreses aquellos que habitan la Pulla cerca de Brindíz al mar de arriba. La cabeza de los Brutius es Cosenza, y así los Brutius debajo

el falso nombre de Calabria se extienden desde el río Silaro hasta el mar Siciliano, comprendiendo el mar Jonio la partida de la baja Calabria, y semejantemente se encierra en aquella parte la Basilicata, la cual entre el río Lao, hoy llamado Layno, y el Silaro toca la ribera del mar Tirreno.

Pues la Calabria y la Pulla habían tocado al Rey de España; toda tierra de labor con el Abruzo al Rey de Francia. Estaban en medio puestas dos pequeñas partidas y de nuevo nombre llamadas la una la Capitanata, la otra la Basilicata, separadas sin duda ninguna de la Pulla y de la Lucania, habiéndose siempre holgado los Reyes antiguos de hacer nueva división, por poder dar gobiernos en nombre de mercedes á los barones que las merecian por servicios, el cual gobierno se le daba mayor que el servicio. La Capitanata es abrazada de dos ríos, que son el Frontone, el cual hoy se llama Fortore, y el otro Losanto, noble en la sedienta Pulla. Pero la Basilicata está encerrada en los confines de los Hirpinos y de la Lucania, allá donde es la Tripalda, la cual es una ciudad en los Hirpinos, y fué aquella que abrió la puerta á la guerra aparejada aunque no comenzada. Porque habiéndola ocupado franceses y sobreviniendo los españoles, los cuales la demandaban como de su señoría, trabada una sangrienta batalla fueron rompidos. Los cuales de aqueste próspero suceso, aunque á la verdad de ligera batalla, tomaron cierto agüero de obtener la victoria de las otras.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

VIDA DEL GRAN CAPITÁN

POR PABLO JOVIO (*)

Habiendo sucedido estas cosas en el Abruzzo, los franceses queriendo vengar la injuria recibida y cuasi ya turbada la paz, salieron fuera de las cercanas guardias y dieron encima á los españoles; y con muchas muertes de ambas partes fué combatido sobre la posesión de la tierra, la cual parecía que estaba en duda. El Gran Capitán hallábase inferior á los enemigos, fuertes y aperecidos, teniendo sus gentes derramadas por los alojamientos, y quería disputar antes con razones y con leyes que no con las armas. Y protestaba, habiendo enviado embajadores á monsiur de Nemos, que en ninguna manera quería romper en cosa alguna los conciertos hechos entre los Reyes, salvo si no le fuese hecha fuerza con grande injuria, por no suscitar de presto temerariamente las armas en la no esperada guerra, la cual después no se podría fenecer sino con lloroso suceso de las cosas, siendo verdaderamente tardios los remedios en hallar la paz, especialmente cuando la fortuna una vez, aunque con ligera inclinación de las cosas, hubiese comenzado á favorecer las causas de la una de las partes. A estas palabras respondía monsiur de Nemos que él no demandaba ninguna cosa de aquella tierra que en el cóntracto del acordio habian sido atribuidas al Rey de España; pero que le parecía que la Capitanata y la Basilicata, las cuales habian quedado fuera de la división, de razón justísima más presto le pertenescían á él que á aquellos los cuales por grosera ó astu-

ta división les habían cabido las más fértiles provincias y más abundantes de trigo, habiendo dejado á los franceses (que por razón hereditaria son anteriores en aquel reino) los estériles y ásperos montes del Abruzzo. Disputándose en esta manera con las armas aparejadas de la una parte y de la otra, por la declaración del concierto y de la equidad del reino, el Gran Capitán y monsiur de Nemos se ajuntaron á parlamento en la iglesia de Sant Antonio, la cual es muy visitada por devoción, que está entre la Tela y Melfi. Halláronse ambos á dos capitanes en aquel lugar sagrado en el altar mayor, adonde fué dicha la misa, y dicha la pretensión de la una y de la otra parte, fué debatido un rato, del modo de los confines y de la declaración del acordio. Tuvo aquella contienda este fin: que las tierras la posesión de las cuales aún estaba en duda fuesen en aquel medio de imperio comunes, á saber es, que se alzasen los estandartes de ambos á dos los Reyes, hasta que con legítima interpretación fuese referido de España y de Francia, sabiendo la voluntad de los Reyes, cuál había sido el parecer de ellos y cómo querían que fuese entendido, por dar conclusión en los conciertos y capitulaciones.

No mucho después los soldados, á los cuales por cierta esperanza de presa la guerra fué grandemente provechosa, y la concordia vana y estéril, é también los capitanes con ingenio astuto é ambicioso, deseosos de honra é potencia de guerra, echaron aparte la mal co-

(*) A la cabeza de este libro hay un grabado en madera con el busto del Gran Capitán, y alrededor de él una inscripción que dice: «El Gran Capitán».

menzada tregua; y esto con tanto desorden, que el Gran Capitán no temía sin grande causa. E así se partió de noche de la Tela, é por desusados caminos, por desmentir las espías de la gente sospechosa, hizo su camino por Bitonto é por Andria, é fuese derecho á Barleta á dar orden en las cosas de la guerra. Porque los Reyes, intrincados en el artificio de la disimulación, con igual cobdicia aspiraban grandemente á todo aquello que se podía ganar por fortuna de guerra, respondiendo escura y dudosamente, que como ignorantes de aquella tierra, confesaban de no haber considerado las condiciones en el contrato, para hacer diligente división, y con astuta disimulación daban entera facultad al arbitrio de los capitanes de tratar y confirmar la concordia, á los cuales secretamente habían escrito, como se entendió después, que no concluyesen cosa alguna de la diferencia, si no sólo considerasen lo provechoso, aunque fuese contra razón y contra lo honesto, y tomasen aquella ocasión de hacer guerra que mejor les estuviere.

Siguiendo en esta manera, de la una parte y de la otra, tratada la causa de la guerra de ingenios astutos, no así como ellos querían que se creyese, pudiendo andar al largo la disimulación de la equidad y de la justicia declarados los ánimos se descubriese la guerra, y cierto con más grave furia de franceses, los cuales estando más prevenidos acometían no sólo aquellas tierras que podían parecer de dudosa razón, mas aun las ciudades y castillos de la Pulla, ya atribuidos al Rey de España. Las guardias de españoles se defendían valerosamente y algunas veces saliendo fuera, tanto que cada día escaramuzaban, y la hacienda y facultad de los pobretos habitantes era presa de los unos y de los otros soldados. Las rentas de los pastos de Pulla, metiendo en huida los pastores, robando el ganado, andaban de mal en peor. Porque una grande multitud de ganados, traídos de la fría valle del Apenino, invernaba cada un año en la caliente campaña de la Pulla, y esto era de grande utilidad para el Rey, porque de ellos se sacaban de entrada en cada un año más de cien mil ducados.

El Gran Capitán, consultando donde se hubiese de poner el asiento de la guerra, juzgaban algunos capitanes, y entre ellos el Próspero Colona, que la Basilicata era más aco-

modada para vituallar los soldados y para entretener la guerra, y también por ser más fuerte. El Gran Capitán propuso á todas las otras la Pulla y la ciudad de Barleta, porque aquí se serviría de la oportunidad de la mar, é más ciertamente é con mayor comodidad aguardaría las vituallas y el socorro, y esto á fin que la grande furia del principio de los franceses viniese á romper con el esperar y con la provechosa taidanza. Dicese que la ciudad de Barleta fué edificada por el Emperador Heraclio, y esto fácilmente lo demuestra una estatua suya de bronce que está á pie, la cual se ve derecha en la plaza. Tiene esta ciudad un puerto hecho á mano, no muy capaz para mediana armada ni del todo muy seguro cuando sopla el viento maestro ó griego, pero cómodo para algunas galeras y navíos de mercancia.

De la otra parte monsiur de Nemos, habiendo llamado á consejo los capitanes, les demandó su parecer del modo del tratar la guerra. Los más de ellos estaban suspensos y no se podían resolver ni concertar en ninguna cosa que les pareciese provechosa para la victoria. Estaba en este ajuntamiento Andrea Mateo Aquaviva, Duque de Adria, en el Abruzo, el más principal entre los caballeros anjoínos, hombre excelente así por las letras como por la guerra, y por él cuasi todos los de aquel bando se habían pasado de los españoles á los franceses. Este mostraba cómo no había cosa mejor ni más útil ni segura, á no dudosa esperanza de la victoria y cuasi sin sangre, que de preso ajuntadas las fuerzas combatir á Bari é tomalla, estando esta ciudad muy cerca y ser amiga de los enemigos y un noble mercado de todo el mar Adriático, de donde por tierra y por mar se podrían hacer grandes daños al Gran Capitán, y de aquí nascería comodidad de tomar la abundante ciudad de Bitonto y á Jovenazo, que ya se llamó Giovento Egnatia. Tenía entonces á Bari doña Isabel de Aragón, hija del Rey don Alonso, señora de ánimo enemigo contra franceses, porque siendo arruinado el principado de la casa Sforcesca y habiendo llevado á Francia su hijo y de Juan Galeazo, le tenían en hábito de fraile y cuasi empuerado fuera de la esperanza de haber el imperio de su padre y constreñido á envejecerse en los claustros de los religiosos. Esta señora, así como convenia á persona generosa, tenía el ánimo del padre y

no podía sufrir que los franceses fuesen los señores, los cuales en un mismo tiempo habían arruinado dos estados que eran el del marido y el del padre. Y por esta causa favorecía maravillosamente á los españoles, de los cuales ella descendía, especialmente al Gran Capitán, el cual muchas veces le iba á visitar y era dél grandemente servida y acatada. Era este consejo del Aquaviva muy útil y al propósito; mas ello estaba de Dios ordenado que los franceses fuesen echados de toda Italia. Eran de contrario parecer dos viejos y animosos capitanes, juntos en voluntad y parentesco; el uno era monsiur de Alegre y el otro la Paliza, condenando aquel consejo por cosa vil y baja á hombres fuertes ir á combatir una mujer; que muy mejor era ajuntar todas las fuerzas y allegarse á Barleta, adonde estaba el capitán de los enemigos y la cabeza de la guerra y toda la flor de la gente española. Y que allende de esto desde allí se podían apretar los Coloneses capitanes muy principales y de grande nombradía, porque los muros de Barleta eran flacos, edificados según la costumbre antigua, y por de dentro no fortificados de ningún bestión, y á esta causa no podrían resistir los primeros golpes de la artillería. Por lo cual podría suceder, queriendo ellos usar de aquella noble y honrada furia con la cual siempre fué en crecimiento la reputación de Francia y felicemente encumbrándose sobre las otras naciones, que tomada la ciudad y muerto los enemigos habrían puesto fin á la guerra apenas aun comenzada, ó verdaderamente traerían á Gonzalo Hernández á condiciones poco honestas, despojándole del todo de su antigua reputación, y esto primero que de por de dentro se fortificasen de nuevos reparos é le pudiese venir socorro de mayor gente. Monsiur de Nemos entonces dijo así: «Ciertoamente estas cosas me parecen honradas y conformes á mi gusto; mas ninguno que tenga buen juicio hará en ellas hincapié, siendo cosas muy difíciles y ásperas de hacerse, porque yo no me puedo persuadir que un valerosísimo enemigo, el cual pelea por la salud y por la honra, que de presto se aparte y no espere los golpes de nuestra artillería, ó por color de querer rendirse deje de hacer ninguna cosa que no sea conforme á su primera reputación. Y por esto yo creo que será muy mejor cercar á Barleta que combatilla; porque los enemigos tienen carestía de vituallas, necesidad

de dineros y aquello que es de grande importancia para la victoria de toda la guerra. Que los calabreses, rebellándose voluntariamente, levanten en todas las ciudades las banderas francesas». Fueron á la hora deste parecer Luis de Arce y Castilione, llamado por sobrenombre Forment, y Ciandeio, capitán de la infantería de suizos.

Monsiur Daubigni, el cual en el campo era en autoridad el más principal después de monsiur de Nemos, se partió de la Pulla cuasi con la tercera parte del ejército y se fué en Calabria, allá donde era el nombre suyo muy famoso, porque en la guerra pasada habiendo sido gobernador de esta provincia, había moderadamente y con gran destreza gobernado estos pueblos medio griegos. Y en las cosas de la guerra tenía grande reputación y fama, por haber vencido al Rey Fernando y á Gonzalo Hernández en la memorable batalla de Seminara; y por parecer de todos era preferido á todos los capitanes franceses, y á esta causa tenía muchas amistades en aquella tierra y era por el antiguo favor de la parte anjoína que entonces acaso y muy á tiempo los Príncipes de la casa San Severina, entendida la discordia de los Reyes, se habían rebelado de los españoles. Eran entre éstos Bernardino, Príncipe de Visiñano; Roberto, Príncipe de Salerno, y Honorato, Conde de Melito, los cuales tenían grandísimas fuerzas para favorecer la guerra. Entretanto que monsiur Daubegni se daba empresa de caminar para Calabria, así como aquel que era llamado por cartas y mensajeros de muchos, y presentase las banderas de Francia de largo tiempo deseadas á los pueblos inclinados á rebellió, la opinión que él tenía cencebida del favor de los calabreses no le engañó en ninguna cosa; porque no quedó ningún lugar, juntamente con la ciudad de Cosenza, que á su venida no le abriesen las puertas. Y él en aquel suceso, habiendo echado de todas partes las guardias de españoles, cuasi sin ninguna herida arribó vencedor hasta el golfo de Mecina. En este medio monsiur de Nemos, siguiendo la orden del consejo mediano y á la verdad poco provechoso, repartió la gente por las tierras de enrededor y deliberó de cercar de lejos á los enemigos, los cuales estaban aposentados en Barleta, por quitalles las vituallas y refrenalles sus correrías, y tentar la más flaca guardia de ellos y combatilla á fin que algunos días

de ambas partes, tomando la ocasión según el suceso, se hiciesen escaramuzas y se mostrase el valor y esfuerzo de los soldados.

Decían los franceses, buscando en balde ocasión de venir con ellos á las manos, que los infantes españoles les parecían muy esforzados, pero no los hombres de á caballo, así como aquellos que burlando y voltejando los caballos tenían temor de las fuertes lanzas de los franceses, y con vergonzosa huída excusaban de encontrarse con ellos. No sufrieron, con ánimos alterados, la villanía de las palabras algunos caballeros españoles, antes les respondieron que si fueran iguales en número y en armas de aquellas que ellos traían, que combatirían por la honra y saldrían en campaña abierta, á fin que hecho un noble contraste fuese conocido cuáles fuesen más valerosos guerreros, los franceses ó los españoles. No denegaron los franceses la condición, y un día determinado, el Proveedor veneciano de Trani, así como aquel que hacía profesión de neutral y con igual favor era amigo y acogía á la una parte y á la otra, dió el campo franco debajo los muros de la ciudad, asegurado de la guardia veneciana. Holgóse mucho el Gran Capitán de aquel desafío, viendo que los soldados se encendían de deseo de ganar honra y con un noble combate se afinaba el esfuerzo de ellos. Vinieron al campo once caballeros franceses, á los cuales salieron otros once españoles, habiéndose hecho escribir con ambicioso concurso más de ciento. Encontráronse de la una parte y de la otra con tanta furia, que jamás se combatió con más ardientes ánimos ni con mayores fuerzas. Cayeron muchos en tierra de los encuentros de las lanzas, y muertos los caballos debajo de ellos quedaron á pie. Combatieron con mucha obstinación, tanto que habiendo combatido seis horas continas bañados de la sangre propia y ajena, ni por esto cansados, debajo tanto peso de armas, alargaron la pelea hasta que fué puesto el sol. Y teniendo ya los españoles la victoria por cierta, si cuatro franceses con un maravilloso caso no se les hubieran del todo quitado, porque rodeados de los cuerpos de los caballos muertos, con maravillosa constancia y felice esfuerzo combatieron, ansí como si estuvieran dentro de una trinchea, procurando en balde los españoles de hacer pasar adelante sus caballos, porque como los caballos se espantaban de la vista y

del olor de los caballos muertos, apartaban á sus dueños que les estaban encima de la entrada de la victoria. De los franceses combatieron valerosísimamente Torseio, lugarteniente de la banda de monsiur de la Paliza, y Mondragón, el cual siendo castellano del castillo de Milán, ardiendo un turrión del golpe de un rayo, fué muerto con casi una compañía de soldados. De los españoles ganó grande honra Diego García de Paredes, el cual después de rompida la lanza y caída de la mano por desgracia la espada, obstinadamente se valió de tirar piedras, con las cuales por orden el espacio del campo estaba señalado, y Diego de Vera, que poco después fué claro por la infelicidad del ejército perdido en Argel en Africa. Los jueces en el tribunal sentenciaron que la victoria era incierta, con este testimonio: que á los españoles les fuese dado el nombre de valerosos y esforzados y á los franceses el loor de una grande constancia. No me parece aquí de callar un agudo dicho del Gran Capitán, que habiendo vuelto los caballeros del combate, loando Alarcón, el cual había estado mirando la pelea, con maravillosos loores el esfuerzo y valor de Diego García de Paredes sobre todos los otros, que habiendo casi por un caso, cuando por otro, perdido la lanza, la espada y la maza, tomando súbito consejo de aquella necesidad, recojó y echó obstinadamente infinitas piedras contra los enemigos y habla esforzadamente peleado. El Gran Capitán le respondió: «No tienes por qué maravillarte, Alarcón, tanto de esto, porque Diego García en todo es un valeroso soldado, pero confiado en sus naturales armas, por eso se ha habido más esforzado y gallardamente que todos los otros». Todos los que estaban presentes se tomaron á reir, porque por vía de palacio y con argutia se tachaba en Diego García un grande humor malencónico, el cual le tomaba muchas veces y venía á salir de sí, teniendo por costumbre de dar de puñazos á aquellos que le estaban más cerca, así como hacen los locos cuando echan piedras á la multitud de la gente.

De allí adelante los franceses y españoles, encendidos de la gloria de la honra, con mayor ardor y esfuerzo peleaban. De manera que parecía que más presto combatían por la gloria que por el reino; por lo cual era forzado que cada día muchos se prendiesen y matasen. Porque se hacían muchas veces em-

boscadas y otras en la abierta campaña venían á combatir casi á justa batalla. Pero en el rescatar y trocar los soldados prisioneros hubo muchas contiendas y querellas de la una y de la otra parte, trabajando los ánimos de los soldados y capitanes. Porque ponían muchas veces mayor talla de lo justo á los prisioneros y la avaricia de los soldados, ofresciéndose cambio, nunca se hallaba igualdad. A las cuales contiendas queriendo el Gran Capitán poner remedio, se concertó con monsiur de Nemos y hicieron capitulación: que un soldado privado, siendo prisionero, pagase por su rescate la paga de un mes; un hombre de armas, de tres; un capitán de una compañía y con alférez, la paga de seis meses; el capitán de una banda de caballos, el sueldo de un año; los otros capitanes de la orden de los nobles, cuando fuesen presos, pagasen de talla al arbitrio del Capitán general. Mandó después echar un bando y severamente avisó á todos que con los prisioneros usasen liberalidad y magnificencia, y esto lo procuraba por dar honra á su fama, porque los españoles, no sólo de esfuerzo, más aun de humanidad y cortesía quería que hiciesen ventaja á los franceses. Porque en aquellos días el capitán Bayart, francés, había desafiado á combatir en batalla de toda ultranza á un caballero español del noble linaje de Sotomayor, quejándose el francés de haber sido gravemente ultrajado del español, teniéndole en más áspera y descortés prisión de lo que fuera necesario. El Gran Capitán, entendida la causa de la querella, reprendió severamente al Sotomayor y le mandó que saliese al campo, porque con el juicio de las armas se purgase la infamia del mal tratamiento, ó quedando vencido, méritamente fuese castigado con deshonorado fin, por haber ensuciado con obras descorteses la honra de la nación y de su linaje. La fortuna sentenció en aquel desafío con este suceso: que el francés en poco espacio de tiempo le metió la punta de la espada por la escotadura de la coraza y le hirió en la garganta. El español moría confuso de mucha vergüenza, el cual con poca destreza se ponía á tirar los golpes contra su enemigo. Los españoles méritamente con graves culpas inculpaban al muerto, así como aquel que con obra vergonzosa y descortés, con muerte ignominiosa había deshonorado el nombre de la patria. Este es aquel capitán Bayart, el cual des-

pués, por opinión de todos, fué reputado por valentísimo, merescedor que el Rey Francisco de Francia, delante de todos los otros, le escogese, que siendo vencedor en Milán después de la rota de los suizos, recibiese de su mano la orden de caballería, la cual por merecimiento de singular esfuerzo es aún á los Reyes de mucha honra, porque la gloria ganada en una noble batalla adquiere de nuevo dignidad y propio loor á un Emperador ó á un Rey, allende aquella reputación y majestad que en ellos les honramos.

Monsieur de Nemos, con la mucha caballería que tenía, corría la Pulla más largamente que no los españoles, y esto con tanta licencia y osadía, que mandó á los pastores que llevasen á pacer todos los ganados en los herbosos y verdes campos de la Cherinola, porque él metería guardas que defendiesen los pastos de aquella tierra de la injuria de los enemigos. Este mandato así como salió de la boca del trompeta, tan presto fué por las espías hecho saber á los españoles. Despiertos por la presa, muchos de ellos salieron de las guardias que estaban más cerca, los cuales fueron con esta orden: que la tercera parte armados de armas ligeras acometiesen á un tiempo los ganados y los pastores; las otras dos partes se metiesen en emboscada y acometiesen la guardia de los franceses, los cuales vendrían encima á aquellos que robaban. No faltó de efecto este ordenado engaño, porque los franceses, luego que vieron los primeros enemigos acometer y meter en desorden los rebaños de los ganados y los pastores puestos en huida; con grande presteza les dieron encima. Los españoles con furia grande mostraron huir y los franceses los seguían, hasta que dieron en medio de la emboscada, adonde muchos de ellos fueron muertos y muchos más presos. Pero aquella empresa que les había salido próspera y alegre conforme á su deseo, la fortuna, que voluntariamente se va jugando con engaños, la quitó de presto á los españoles, porque una gruesa banda de franceses, la cual á ventura había salido de Canosa con incierta esperanza de presa, vino á encontrarse con los españoles, cansados y embarazados en llevar la presa de los ganados, viéndose al improviso encima los franceses y procurando en balde de meter mano á las armas y ponerse en orden y defenderse, dejada toda la presa y los prisioneros se metieron

en huída. En este trueque de fortuna, habiendo la caballería tomado la campaña, fueron muertos y heridos algunos españoles. Fué hecho prisionero Diego de Vera, uno, así como lo habemos dicho, de aquellos once que combatieron, y Teodoro Bocalo, caballero griego, natural de Macedonia, el cual era capitán de caballos ligeros, y Luis Gordo, capitán de una compañía de gente de Aragón. Este es aquel que en la batalla de Rávena con su cuerpo defendió y salvó la vida á Odeto Lotreque, capitán muy principal de franceses, todo sangriento y echado en tierra por muchas heridas que había recibido, porque no fuese muerto de los soldados, los cuales junto á él habían muerto á don Gastón de Fox, capitán general de franceses. Pues habiéndoles salido fuera de esperanza bien esta empresa, ajuntada su gente pasaron junto á las puertas de Barleta, presentáronse solamente puestos en orden y dando las banderas vuelta se fueron á la Chirinola. Fué antiguamente la Chirinola el castillo de Gerión, muy noble por el vano esfuerzo de Aníbal, cartaginés, el cual en balde le dió el asalto.

Habiendo los franceses pasado por debajo los muros de esta tierra, defendiéndola esforzadamente Acuña, capitán de caballos, y Zárate, de arcabuceros, fueron echados de allí con daño. No mucho después, acrescentados de nueva gente y llevando consigo alguna parte de artillería, fueron á combatir la Canosa. Estaba á la guardia de Canosa Pedro Navarro con su compañía de navarros, al cual Coll había traído cerca docientos arcabuceros. Con estos valerosos soldados, con increíble esfuerzo, Pedro Navarro se defendió tres días de monsiur de Nemos, el cual, sacando fuera el artillería, arruinaba las murallas y de continuo refrescando nueva gente, ahora una compañía de franceses, ahora otra de gascones, con grande ardor de todos renovaba la batalla, y sin duda ninguna con honrada muerte estaba determinado de satisfacer á la fama de su nombre en las mismas ruinas de la tierra en balde defendida, si él no hubiera de obesdescer al Gran Capitán, que por secretos mensajeros le hizo saber que tuviese cuidado de sí y salvase sus muy esforzados soldados, porque la salud suya y la de ellos le era muy más cara que la posesión de una tierra, pues él no la podía socorrer á tiempo, en aquel grande peligro en que

se hallaba, salvo si no quisiese con grande desventaja suya meterse en arrisco de venir á batalla, la cual cosa le parecía muy ajena de razón de guerra. Porque ya con el mismo consejo, á fin que de nuevo no se metiesen en peligro de la vida, había hecho salir á Acuña y á Zárate de la Chirinola y venir al campo, juzgando por conjeturas que los enemigos, después que hubiesen tomado á Canosa, se volverían allí por vengarse del daño recibido. El Conde Pedro Navarro, con todo el artificio que fué posible, habiendo demostrado una grande obstinación de ánimo alterado, dió oreja á los franceses que le ofrecían justas condiciones, y esto con un rostro enojado y feroz, que en él demostraba que no aceptaría condiciones, sino que fuesen muy honradas, aunque apenas le quedaban la tercera parte de los soldados, siendo muchos de ellos muertos y casi todos los otros heridos. No perdió tiempo monsiur de Nemos, que luego vino á concierto, pareciéndole que las condiciones, aunque injustas y no acostumbradas, se debían en todo caso conceder á hombres desesperados, los cuales dejarían sus muertes bien vengadas. Así el Conde Pedro Navarro obtuvo todas aquellas condiciones que con certísima honra honraban un necesario rendimiento. Fueron las condiciones: que pudiese volverse seguro á Barleta con las banderas tendidas y á son de trompetas y atambores, salvas las haciendas y las personas; y que le diesen caballos para llevar los heridos, y monsiur de Nemos sobre su fe asegurase los de Canosa de toda injuria que les pudiese ser hecha. Habiéndose hecho los conciertos en esta manera, los españoles salieron fuera de la puerta de la tierra, que parecía en su meneo que ellos no hubiesen sido vencidos, sino vencedores. Los franceses se maravillaron mucho que tan pocos soldados hubiesen tenido atrevimiento y osadía para resistir á sus fuerzas y haber podido sostener tantos daños y desabrimientos como la guerra trae consigo. El Gran Capitán salió á recibir á Pedro Navarro, dándole grandes gracias y loándole públicamente que usando una oportuna prudencia había conservado á sí mismo y á tantos valerosos soldados, á los cuales en breve tiempo esperaba de ver partícipes de una grande victoria.

Era el Gran Capitán muy loado con un no acostumbrado loor de singular sufrimiento y de un ánimo invencible, con el cual se mos-

traba haber rompido el coraje de aquella ardiente nación, pues había hecho prueba de las fuerzas y de los ánimos, y mostrando claramente que la grandísima furia de los franceses se podía vencer con la constancia y sufrimiento. Envió luego á Pedro Navarro á Taranto, habiendo con poco reposo refrescado la infantería, juzgando que aquella ciudad fuese de grande importancia para mantener la guerra, é finalmente para ganar la victoria, á la cual los enemigos ponían de cerca asechanzas, y que aquí se debía meter una fiel y valerosa guardia. Acrescentó con la misma diligencia la guardia de Andría, enviando una compañía de soldados, á fin que aquella ciudad, vecina siete millas de Barleta, fuese un reparo de cierta comodidad contra los enemigos. Porque su designo era, sobre todo, sostener con paciencia el insulto de los enemigos, hasta que allegase el socorro que desde el principio que la paz se rompió había enviado á demandar al Rey don Hernando que mandase hacer nuevos soldados en España y le fuesen enviados en Calabria con algunos caballos. Aguardaba también del Emperador Maximiliano siete compañías de infantería de tudescos de á quinientos hombres por compañía, para oponer igual esfuerzo é disciplina á la orden de los suizos, habiéndolas fácilmente el Emperador concedido á Filipo, su hijo, que se las había demandado, que como era yerno del Rey don Hernando esperaba de heredar el uno y el otro reino, el de España y Sicilia. Allende de esto había demandado trigo de Sicilia, habiendo de ello carestía, y maravillábase mucho cómo no venía, enviándolo á demandar y severamente requerido al Virrey Lanuza y á Lezcano que con las galeras guardaba la ribera de Otranto, por defender los navíos sicilianos del comendador Perí Juan, francés, muy principal cosario, del cual se decía que estaba escondido en el cabo de Otranto por saltealles cuando fuesen pasados. Decíase también que aguardaba una grande suma de dineros que los mercaderes le habían de dar por ciertas cédulas de cambio que de España habían venido á Venecia, é con estos dineros pagaría cortésmente á sus soldados. Habiendo con este razonamiento dado grande esperanza á la gente de guerra y cubierto con él el fastidio de muchas cosas, sustentaba maravillosamente con la esperanza á los hombres, por tener en obediencia sus soldados,

los cuales faltándoles las vituallas compradas á grandes precios y medio desnudos, con los vestidos rasgados, con málsimo ánimo sufrían tantos desabrimientos, pero con su honrado rostro y con la majestad de sus palabras y aquella grande y gentil disposición y semblante alegre la gente de guerra daba muy gran crédito á lo que decía y prometía, y aun á los muy avisados soldados, los cuales muchas de aquellas cosas las juzgaban por inciertas y vanas, como ásperas y difíciles de hacerse.

Allende de esto, tenían por averiguado que por una escondida fuerza de excelente ingenio adivinaba muchas veces las cosas que estaban por venir, por esto que vino en aquellos días un navío de Sicilia con viento contrario con alguna cantidad de trigo y una nave llena de mercancía que un mercader veneciano había traído á Barleta. Esta acrescentó el alegría de los soldados, porque traía, allende de los arneses y almetes, algunos millares de pares de calzas de paño y mucho número de pares de zapatos. El Gran Capitán los compró, buscando los dineros en secreto de sus familiares y amigos y de los más ricos capitanes, los cuales obligaron su fe por él, y doña Isabel de Aragón, prontísima á toda buena obra, procuró que algunos ciudadanos de Bari entrasen por fiadores al mercader. El Gran Capitán con alegre semblante y grande liberalidad hizo repartimiento de todas estas cosas entre los infantes y caballos, aderezando con nuevo hábito la lozanía de todo el ejército, que estaba bien roto y destrozado. Dábase la gente de guerra á entender que el Gran Capitán tuviese guardada alguna grande suma de dineros, la cual opinión él era acostumbrado dárseles á entender, porque razonando algunas veces con ellos (los cuales se lamentaban que las pagas se tardaban mucho más de lo que ellos lo podían sufrir) les solía decir: «Estad de buen ánimo, soldados míos, que yo no he aún metido la mano en aquella grande arca llena y sellada, fuera de la cual, cuando será necesario, por la grande victoria se sacará aquel grande tesoro de ducados para hartar á todos el desco».

Monsiur de Nemos, habiendo tomado á Canosa y á la Chirinola, constriñó á todos los otros castillos que se le rindiesen, pues en ellos no había gente que los defendiese, y habiendo pasado Losanto por la puente de Ca-

nosa, hizo alto con su campo junto á Barleta y envió un trompeta, el cual desafiase á los españoles, si eran hombres, á igual batalla en la abierta campaña, porque se mostrase el esfuerzo y valor de la una ó de la otra nación, y de aquella victoria con el juicio de las armas se pusiese fin á la guerra. El Gran Capitán, queriendo burlar, con el estarse á la mira, del impetu de los enemigos prevenidos y furiosos, le respondió: que él no era acostumbrado de combatir á la voluntad del enemigo que lo requería, sino cuando se le antojaba ó cuando se le mostraba la ocasión. Allende esto, le dijo que agradecía á monsiur de Nemos que tan animosamente se le ofrescía, pero que mucho más se lo agradeciera, si no le fuera enojoso el esperar, hasta tanto que los caballos de los suyos estuviesen herrados y sus soldados hubiesen amolado sus espadas y lucido sus armas. Bramaban entonces los españoles, y terriblemente demandaban licencia de venir á la batalla, porque tenían grande enojo que los enemigos fuesen osados de haber venido tan cerca los muros de Barleta y haber estado allí tanto rato sin castigo alguno. El Gran Capitán, viéndolos encendidos de deseo de combatir, los loaba y con grandes ruegos les refrenaba su ardor y les decía: que conservasen aquel mismo ánimo para otro día de más cierta ventura, porque ya él adivinaba el dar de la batalla, que vendría tiempo en que se alegrarían de aquella breve tardanza.

No faltó su palabra de efecto, que poco después, habiendo entendido que monsiur de Nemos, creyendo haber ganado muy grande honra de aquel desafío, levantado el campo se había retirado para Canosa, á la hora mandó salir fuera á don Diego de Mendoza, capitán de grande valor, con toda la caballería, y acometió la retaguardia de franceses que se partía, habiendo con esta orden ordenado la batalla: que dos banderas de infantería haciendo ala del uno y del otro costado, igualaban con la caballería que salía, y entonces rociaban de muchos arcabuzazos. Fueron guiados éstos de algunos valentísimos capitanes, que fueron Pizarro, Escalada, Spes y Zárate. Los franceses volvieron animosamente y con grande furia comenzaron la batalla, tal que con grande fatiga los españoles sostuvieron la fuerza de los hombres de armas, y así como habían sido enseñados, desecha la orden, se retiraron para atrás. Los france-

ses, no cerrados en escuadrón, sino desordenados, acosaban á los españoles revueltos y con grande furia los perseguían. Entonces la infantería, con un rodeo á modo de luna, marchando para adelante la octava parte de una milla, acometieron el uno y otro costado de los enemigos, los cuales corrían por toda parte. La banda de los hombres de armas coloneses, cerrados en escuadrón, entraron en la batalla; fué combatido un poco de tiempo de ambas partes gallardamente, pero los franceses, tomados casi en medio y heridos por todas partes, no pudieron resistir á tanta furia de enemigos como los apretaba, y así se metieron en huída. Monsiur de Nemos, no pensando cosa semejante, apartadas las escuadras, según la costumbre francesa, hacía su camino, habiendo enviado adelante la infantería con el artillería y licenciados para volver á su alojamientos al Paliza y al Forment, éste á Cuadrata y el otro á Rubi. Persiguiendo don Diego en esta manera los franceses rompidos y desbaratados, muchos de ellos fueron muertos y muchos más presos, y esto primero que monsiur de Nemos supiese el rompimiento y la huída de los suyos ni pudiese socorrellos. Vuelto don Diego á Barleta con los prisioneros y con el despojo, halló al Gran Capitán fuera de la puerta de la tierra, el cual con grande prudencia había sacado la gente y puéstola debajo las banderas, por si alguna desgracia acaeciese á don Diego, presentando nueva gente de socorro pudiese él entrar en la batalla. Abrazando á don Diego le loó maravillosamente por aquella honrada hazaña que habla hecho, pues había sido el que había abajado la bravosidad á los soberbios enemigos y hecho prueba del esfuerzo, con cierto agüero de la victoria, tratándose de manera que los españoles habían aprendido á tener en poco la audacia de los franceses y aquella natural furia de ellos, con la cual quíeren parecer muy valientes. Después loó á los capitanes, los cuales se habían habido valerosamente, y les prometió de dar á sus compañías la paga de un mes.

El día siguiente banqueteó á sus amigos, con esta orden: que los gentiles hombres franceses prisioneros, por honralles, se asentaron á la mesa entre los otros caballeros españoles. Mientras el banquete se comenzaba á regocijar por el andar de las tazas en el derredor de la mesa y tratar libremente de

la batalla hecha el día de antes, don Diego de Mendoza dijo que los franceses se habían habido en ella valerosamente, mostrando bien su esfuerzo en todos los peligros; pero que en aquella batalla, sin duda ninguna, se había de dar la honra á los italianos, porque los hombres de armas de la banda colonesa, habiéndolo él bien visto, habían combatido esforzadísimo. Estaba asentado entre los otros á la mesa Carlo Anoiro, llamado por sobrenombre el Mota, de ánimo alterado y feroz, y aun por ventura entonces caliente algo del vino. Este respondió y dijo: «No lo quiera Dios, señor don Diego, que nosotros lo podamos sufrir con pacíficas orejas que los italianos nos sean preferidos en el valor de la guerra. Confesamos que los españoles nos son iguales, pero no los italianos, así como aquellos que con ignorancia y poca fidelidad tratan las armas. E si á los prisioneros es lícito loarse, ellos han sido muchas veces vencidos de nosotros en más de un lugar por Italia, y nos han dejado entera la honra de la guerra». Estaba asentado junto al francés Iñigo López de Ayala, caballero español. Este le daba con el brazo, advirtiéndole al Mota que dejase de decir mal de los italianos, porque ellos, queriendo mantener la honra de la patria, así como aquellos que ni quieren ni suelen sufrir ninguna villanía, si lo viesen á saber sin duda ninguna, por vengar la pública injuria, le desafiarían á singular batalla. Entonces el Mota, alzando más la voz, dijo: «Pues desafíen cuando ellos quisieren, que yo ninguna cosa deseo tanto como hacelles conocer con las armas en la mano ser verdad lo que yo digo, y cómo no digo esto porque esté borracho». Estas palabras, así como fueron dichas, de la misma manera fueron recitadas por el Ayala en el alojamiento del Próspero Colonna, adonde, según lo acostubrado, estaban muchos caballeros italianos. Habíase entre ellos esparcido el rumor cómo el nombre italiano había sido afrontado de un arrogante francés, y les parecía que se debía satisfacer aquella injuria con las armas. El Próspero, habiendo entendido este negocio, queriendo maduramente hacer sus cosas, especialmente en aquella querrela, donde iba la reputación de Italia, envió á dos caballeros de sangre romana, que fueron Juan Bracalone y Juan Capochia, á saber si era verdad aquello que se decía haber dicho en la mesa el Mota-

Y si el francés libremente y fuera de la mesa confesase esto ser verdad, que le dijese que mentía, y por mostrar su valor desafiase tantos cuantos los mismos franceses quisiesen salir á batalla, tantos por tantos. No se afrontó el francés, sino que con ánimo esforzado aceptó la condición. Este es aquel Mota que habiendo sido condenado por la traición de Borbón, y por esto andaba de Francia desterrado, le vino en la ruina del saco de Roma, usurpándose el nombre de maestro de campo, hacer justicia cuando había alguna diferencia entre aquellos que habían puesto de arriba abajo las cosas sacras y humanas. El cual enriquecido de una rica presa navegando para España, habiendo en la mar adolescido, fué medio vivo de los avaros marineros echado en la mar, pagando la talla.

El Mota volvió á monsiur de Nemos, el cual, informado de lo que había acaecido, aprobó á persuasión de todos los suyos la causa de la batalla y las palabras y prometimientos del Mota. Fueron nombrados trece caballeros franceses, los cuales por honra de la nación se ofrecieron de entrar en aquel desafío. El Próspero Colona escogió otros tantos; fueron los más valientes de todas las provincias de Italia, porque ninguna no se pudiese quejar que por todas no se esparciese la honra de la esperada victoria. Había tres romanos, porque tuviese la dignidad la ciudad vencedora del universo, que fueron el Bracalone, el Capochia y Héctor, llamado por sobrenombre Peracio. Nápoles dió á Marco Corolario; Capua, á Héctor Ferramosca, nascido de bellicosísima sangre. Ludovico Beauboli, de Theano, y Mariano Abinentí, de Sarno, y Meiale, nascido en Toscana. La Sicilia envió dos, porque esta isla, violentamente partida por la mar, no pareciese haber pedido el derecho de las ciudades de Italia, los cuales fueron Francisco Salomoni, que después fué claro en muchas batallas, y Guillermo Albamonte. De las ciudades junto al Po suplieron el número el Ricio, de Parma, y Tito, de Lodi, llamado por soberbio nombre el Fanfulla, porque en las batallas tenía en poco los peligros, y el valeroso Romanello, de Forlí, de la Romanía. Los nombres de los franceses yo los supe del mismo Mota. Hame parecido callarlos en este lugar, porque en trueque de la esperada loor, pues fueron perdidosos, no pasase á sus descendientes la deshonra de la pérdida con infanía

de sus nobles linajes. El Próspero, con palabras graves, aunque con alegre semblante, animó á los suyos, los cuales casi todos eran de su capitania ó de la de Fabricio su hermano, acordándoles cómo la honra de Italia estaba puesta en su valor y valentía; que hiciesen todo su deber por que no le engañase su opinión, el cual, habiendo puesto aparte tantos caballeros, había particularmente escogido á ellos como á muy buenos y fuertes defensores del nombre italiano. No hubo ninguno de ellos que no se conmoviese por el loor de la adquirida gloria y que no jurase de volver del campo sino vencedor. Después de uno en uno los advirtió muy en particular que guardasen las armas y los caballos, y dió á cada uno lanzas muy fuertes y casi más largas de una braza que las de los franceses, y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda, y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo. Púsoles á la parte derecha de los arzones, en trueque de maza de hierro, una hacha de estas de labradores de gran peso, con un mango de media braza colgada con una cadenilla. Los caballos llevaban sus testeras de hierro lucidas y sus armaduras de pescuezo, las cubiertas doradas de cuero cocido que los antiguos las llamaban clibani, las cuales comodísimamente cubrían los pechos y ancas de los caballos. Fuéronles demás de esto añadidos dos venablos, los cuales estaban plantados en el suelo, afin que aquellos que fuesen derribados en tierra tomando en la mano estos venablos pudiesen combatir. Fueron estos venablos, según yo entendí del Próspero y de aquellos que combatieron, muy provechosos para ganar la victoria

No con menor cuidado monsiur de Nemos instruyó á los suyos, los cuales salieron al campo con bellísimos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Monsiur de la Paliza había escogido entre muchos á éstos, los cuales deseaban aquella honra, y enseñado á cada uno el arte de combatir, los había grandemente inflamado á que mostrasen testimonio del valor francés. Fué señalado el campo con un surco cuasi la octava parte de una milla, en el medio de Quadrata y de Andria. Hicieron un cadahalso en el cual debajo de un dosel estaban tres jueces, los cuales ordenaron que aquellos que fuesen sacados de fuera de aquel espacio fuesen habidos por vencidos,

y que el premio de aquel vencedor fuesen las armas y el caballo y cient ducados por cada uno. Demandaron los jueces que les asegurasen el campo. Monsiur de la Paliza lo excusó así como en importante y peligroso negocio, de querer en esto obligar su fe. El Gran Capitán protestó; diciendo que aseguraría el campo y toda cosa, sacó toda la gente fuera de Bari y con muy buen concierto los metió en orden de batalla, que parecían que estaban para combatir, y metiéndoles un cierto y dudoso temor tenía suspensos los ánimos de los franceses. Habiéndose hecho venir delante los italianos, no con otras palabras los esforzó, sino que con generosa determinación de ánimo constante tuviesen en poco los hombres de aquella nación y sangre, así como aquellos que se acordaban cómo sojuzgada la Francia muchas veces, habian sido vencidos, muertos y domados de sus antepasados, y que tuviesen esperanza cómo Dios daría ciertamente la victoria á aquellos que combatían con tan buena querella contra hombres insolentes, locos y soberbios. Los italianos, habida licencia se fueron al campo; y puestos en hilera se metieron en batalla contra los franceses. Los cuales venían para acometellos, porque sin tardanza al tercero son de la trompeta con un mandado silencio se fueron á encontrar. Los italianos, otramente de aquello que todos tenían creído, según la costumbre de la milicia, sin mover punto los caballos, sino sólo abajadas las lanzas, animosamente esperaron á los franceses, los cuales con grande furia los vinieron á encontrar. Los franceses primero que las puntas de sus lanzas allegasen á los arneses de los enemigos fueron embestidos de las lanzas más largas de los italianos y algunos de ellos pasaron el estacado. De aquel encuentro habiendo sido derribados algunos y rompidas las lanzas, fué hecha una grande riza y muerte de caballos, y algunos metieron mano á las mazas y á los estoques; pero los italianos maravillosamente se trataron con las hachetas, rompiéndoles con pesados y grandes golpes las vistas de los almetes y los espaldares, y aun les sacaron las espadas de las manos.

Parecía allende de esto que la batalla iba igual, porque Albamonte y el Sidicino, siendo llevados de los caballos y apretados de los enemigos, no se pudieron detener dentro del estacado. El Bracalone y el Fanfulla estan-

do á pie por haberles faltado sus caballos, echaron mano á los venablos y valerosísimamente desbarrigando caballos y hombres hicieron inclinar la victoria. Uno solo de los franceses, que se llamaba Claudio, habiéndole esforzadamente sido rompido el almete (tal que los sesos con mucha sangre le salían por las narices) fué muerto. El cual siendo natural de Aste, colonia de Italia, parece que méritamente muriese, pues á gran tuerto había tomado las armas por la gloria de una nación extranjera contra la honra de la patria. Los otros, heridos ó desacordados por los grandes golpes de las hachetas, confesando ser vencidos echaron las armas en tierra. Los jueces, habiendo visto desde el cadahalso el suceso de la batalla, con mucha música de trompetas sentenciaron ser vencedores los italianos. E así los franceses, porque ninguno de ellos, según el concierto hecho, no habían traído consigo los cient ducados de rescate, fueron llevados á Barleta, porque ellos ninguna duda habían tenido que la victoria no había de ser suya. El Gran Capitán los recibió con alegre rostro y consolándoles con apacibles palabras les avisó que tomasen en paz aquello que combatiendo ellos valerosamente por juicio de la fortuna les había sucedido. Pero en lo de por venir aprendiesen á refrenar la lengua, porque los hombres honrados y valerosos, los cuales quieren ser tenidos por merecedores de la honra de la caballería, no menosprecian á nadie sino en la batalla, y sin loarse jamás en lugar alguno, no con braveza de palabras sino con valerosas pruebas, son acostumbrados á adquirirse fama. Mandó después proveerlos de lo necesario. El Próspero y Fabricio los recogieron con la misma liberalidad y cortesía, tanto que aunque los franceses estaban turbados y con los rostros humildes, desecharon de sí todo aquel enojo. Y á algunos de ellos les pesaba poco el afrenta y vergüenza recibida, después que habían recibido la humanidad y cortesía de aquellos que fueron vencedores. El Gran Capitán, después que hubo honradísimamente loado á los italianos, los ennobleció armándolos de su mano caballeros, y en testimonio de su virtud y de la victoria les ajuntó trece cadenas en los scudos de sus armas. Y porque la historia de este celebrísimo desafío quedase en memoria para en lo de por venir, micer Hierónimo Vida, cremonés, mi com-

pañero viejo, lo cantó en muy excelente verso heroico.

En aquellos días el Gran Capitán, por desencarescer la carestía de la vitualla, que era grandísima, se alegró mucho de una nueva y no esperada ventura. Que Lezcano, con sus galeras, había tomado junto á Manfredonia un navío veneciano con una grande cantidad de trigo. Que habiendo el capitán monsiur de Alegre tomado á Foja (esta tierra antiguamente se llamó Ecana) y habiendo hallado grande cantidad de trigo, metiéndole todo en venta como de su despojo y habiálo querido antes vender al dinero de contado á un veneciano que á los napolitanos, apretados de la hambre, los cuales lo habían querido comprar al fiado. Algunos decían que era bien guardarlo para las necesidades del ejército. Talmente que el Gran Capitán hubo aquel singular beneficio de la avaricia del enemigo, y sin infamia ninguna suya, porque pagó más dineros al veneciano que no él había dado al francés. Acrescentó el placer la nueva de la victoria naval, porque Lezcano, habiendo alcanzado al cabo de Otranto al cosario Peri Juan y venido con él á batalla, le había totalmente rompido, porque le prendió y echó á lo hondo algunos navíos y metido en huída, y sin duda habría tomado la nave capitana si de presto no se hubiera metido en el puerto de Otranto, adonde el proveedor veneciano, así como amigo de ambos á dos Reyes, tenía por costumbre de dar seguro recogimiento á la una y á la otra parte. Por esta rota que recibió el Peri Juan, siete naves sicilianas cargadas de trigo, teniendo libre y seguro el pasaje, arribaron á Barleta, con la venida de las cuales abajó tanto el valor de las vituallas, que casi los precios de todas las cosas menguaron medio por medio. Mandó el Gran Capitán traer con aquellos navíos grande copia de vino, queso siciliano y carne salada.

En este medio monsiur de Nemos, el cual de Canosa, Altamura, Chirinola, Quadrata, Rubi, Foja y Manfredonia alargando su gente, había determinado de apretar al Gran Capitán con un sitio lento, despierto por la súbita rebellió de Castellaneto, levantó el campo de presto y deliberó de ir á castigar aquella traición. Porque en los días pasados, habiendo corrido la Pulla y el cabo de Otranto, y entre otras la noble ciudad de Lece, llamada antiguamente Lupia, y á Calatana, an-

tiqúlsima colonia de Tesalia, la cual hoy se llama San Pietro, y á Nardo, así llamado de Nerito Iencadián, la cual tierra edificaron los griegos. Tomó también á Rudia, famosa por haber nascido en ella Ennio, poeta, la cual hoy se llama Rodeia, y á Oria Motula; tentó en balde á Gallipoli y asentó el ejército junto á Taranto, y la guardia y los tarentinos no se movieron en cosa alguna. Dió el asalto á Conbersano y forzó al señor de aquella tierra á mudar de fe. Finalmente, tomó á partido la ciudad de Castellaneto, la cual está puesta en medio el camino algo de través entre Taranto y Brindiz, con estas condiciones: que pudiesen meter de guardia dos capitanías de franceses, con las cuales ellos se pudiesen defender contra los españoles que estaban en Taranto.

Habiendo en esta manera dado fin á muchas empresas y la mayor parte de ellas con el temor del ejército y con palabras y prometi-mientos, sirviéndose del singular favor de Andrea Aquaviva y de Fabricio Jesualdo, barones de la parte anjoína, parecía que por estos sucesos hubiese venido en grande esperanza de la victoria. Acaesció entonces que los castellanetanos, desdeñados por las injurias que los franceses les hacían, se conjuraron, porque algunos de ellos, con más licencia que no sufría la costumbre de Pulla, habían tentado la honra de las matronas; otros pródigamente les gastaban las vituallas y algunos con grande atrevimiento habían dado de palos á sus huéspedes por no haber querido obedescer á sus injustos mandamientos. Prendieron en la noche cuando dormía la guardia en los alojamientos y con una contraseña entregaron la ciudad á los españoles, llamados de Taranto, con aquesta condición: que los franceses fuesen enviados desnudos de armas y caballos, con que no fuesen injuriados hasta que llegasen á lugar seguro.

Movió á tanto enojo á monsiur de Nemos el inopinado delito de aquella traición, que no se pudo detener, aunque lo persuadiese á ello el señor Aquaviva, que no levantase de súbito el campo, porque como era práctico de la guerra é informado del ser de los enemigos, decía cómo se debía temer que se perdería la Chirinola ó Rubi ó finalmente Canosa, porque apartándose ellos, los españoles tendrían oportunidad de hacer sus hechos. Pero monsiur de Nemos, braveando de que-

rer ir luego y con presteza castigar la traición y volverse, caminando noche y día allegó á Castellaneto. Los moradores, espantados por la súbita venida del enojado enemigo y teniendo pocos españoles para se defender, y esos no prevenidos contra la furia del artillería, allende que los lloros de las mujeres y de los muchachos privaban de consejo á los hombres dudosos, vinieron á tomar este consejo de redimir con dinero la pena del delicto, con que las personas fuesen salvas; pero el enojado capitán demandó tres veces más dineros de los que le podían dar, y amenazaba que les mandaría degollar si á la hora no se les pagaban. Los ciudadanos de Castellaneto, espantados de este temor, volviéronse á la desesperación, haciendo de por de dentro algunos reparos, y con grande esfuerzo aguardaron algunos golpes de artillería, y echando algunas piedras y pedazos de maderos atemorizaron á algunos que habían tenido osadía, de subir por las escalas encima la muralla.

Mientras monsiur de Nemos estaba suspenso en aquella fuerza, no se resolvía si castigase aquella injuria dándoles un recio asalto, el cual era muy peligroso, ó recibiendo los dineros que le ofrecían, la cual cosa era al parecer vergonzosa, allególe un mensajero que le quitó de aquel pensamiento. Trájole nueva cómo el Gran Capitán había salido de Barleta y habla marchado para Rubi por poner en estrecho á la Paliza; porque habiendo sido avisado de la partida de monsiur de Nemos, pensando un nuevo pensamiento y según la ocasión ejecutándolo de presto, sacó de noche toda la gente y el artillería, llevando consigo los hombres ancianos de Barleta por tenellos como en rehene; marchó con grande presteza para Rubi y plantada el artillería comenzó con tanta furia á batir la tierra, que derribó con grande ruina mucha parte del muro. Combatíase casi en ordenanza, y en más de una parte los españoles, puestas las escalas, procuraron de subir á la muralla. Duró el asalto siete horas, con grandísimo contraste, porque la Paliza, con ánimo invencible, allá donde estaba el peligro, animando y combatiendo, no faltaba á los suyos, habiendo puesto por reparo los hombres de armas, los cuales combatían á pie contra aquellos que subían en la muralla, y los gascones ballesteros puestos en lugares donde daban muchas heridas á los españoles. Pero siendo la Paliza herido y derri-

bados más presto que muertos los hombres de armas de la furia y del peso de los enemigos que les daban la carga, los españoles entraron en la tierra habiendo ya de los otros casi en aquel mismo tiempo subido por las escalas en lo alto de la muralla. La primera bandera que se plantó, echados los franceses, fué la de Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey de España, y la corona mural fué dada á Traiano Morminio, gentilhombre napolitano, el cual fué el primero que tomó una almena de la muralla. Pues habiendo en la primera furia muerto muchos franceses, todos los otros fueron tomados á prisión, juntamente con los ciudadanos de Rubi. Fué también preso el Paliza y Amideo, capitán de los hombres de armas de Saboya, y Peralta, español, el cual estando al sueldo del Rey de Francia antes que se turbase la paz, cumplió con su fe. El Gran Capitán en tanto ruido y revuelta de la tierra saqueada, teniendo grande cuidado, guardó la honra de las mujeres puestas en la iglesia invioladas de toda injuria.

El día siguiente, no siendo aún del todo saqueada la tierra, usando la misma presteza, volvió para Barleta, cuasi primero que monsiur de Nemos, el cual habiéndosele ajuntado en el camino los suizos y haber cogido mayor caballería, caminando con grande diligencia tuviese nueva de la rota del Paliza. El Gran Capitán habiéndose llevado las mujeres robustanas á Barleta, las dejó en salvo, salva su honor, sin ninguna talla, pero no quiso que los hombres de armas franceses se rescatasen, porque monsiur de Nemos no les había guardado las condiciones puestas entre ellos. Confinó el resto de la infantería en las galeras de Lezcano hasta que la guerra fuese acabada, dándoles al cuanto más dura pena que no sufre la costumbre de la milicia cristiana, con la cual orden el capitán alguna vez, aunque contra su voluntad, con ánimo severo y astuto, y esto por el útil de la guerra, tenía en poco las palabras que contra él se decían. Conocía claramente que las bandas y capitánias de enemigos venían á faltar, y así en pocos días vino á ser igual en la caballería con los enemigos, donde ellos tenían todas sus fuerzas, habiendo dado á los más escogidos soldados más de setecientos caballos tomados en diversos rencuentros, en especial en Castellaneto y en Rubi, tanto que los infantes puestos á caballo eran suficientes á toda áspera y

difícil empresa, y esto con grande ánimo y valor, por ser reputados merescedores de aquella honra y merced que se les hacía.

Mientras estas cosas se hacían en la Pulla, don Hugo de Cardona, habiendo metido en orden en Sicilia tres mil infantes y trescientos caballos, pasó con ellos el faro, desembarcó en Rijoles, rompió en una scaramuza á Jacobo San Severino, señor de Mileto, el cual levantaba los calabreses á rebelión; libró á don Diego Ramírez, sitiado en el castillo de Terranova; saqueó y quemó la tierra; después volvió para la baja Calabria y metió en huída á Marzano, Príncipe de Rosano. Entendido estas cosas los Príncipes Sanseverinos, el de Salerno y el de Visiñano, los cuales como habemos dicho se habían pasado de los españoles á los franceses, habiendo hecho por toda parte soldados y armado sus vasallos, se ajuntaron con monsiur Daubegni, el cual venía. Este, habiendo dejado una pequeña compañía de franceses en Cosenza, con la cual tuviesen sitiados al capitán Solls y á Gómez, con la mayor presteza que pudo fué á buscar á don Hugo, por combatir de presto con él. Estaban con monsiur Daubegni el Grini y el Malherba; éste era capitán de los ballesteros gascones y de tres banderas de suizos, y el otro gobernaba todos los caballos ligeros; pero la mayor fuerza era la de los hombres de armas, entre los cuales habla una compañía de soldados viejos escoceses familiares y fieles á monsiur Daubegni.

Estaba entonces alojado don Hugo en aquel llano que del castillo de Terranova se extiende hacia mediodía. Avisado de la venida de los enemigos metió la cosa en consejo, y aunque él hubiese acrescentado de más gente, todavía le pareció deber de huir la campaña y retirarse á la rocha de San Jorge, la cual mira hacia el monte Apenino; pero los nuevos capitanes estorbaron que no se tomase este camino, los cuales habían venido nuevamente de España, que fueron Manuel de Benavides, Antonio de Leiva, que después fué muy excelente capitán, y los Alvarados, padre é hijo, que habían traído de España cuatrocientos hombres de armas y caballos ligeros y cuatro compañías de infantería, porque les parecía ser cosa deshonorada y vergonzosa levantar los alojamientos y retirarse antes que los enemigos se presentasen y más claramente se supiese cuánta gente y de qué calidad era, es-

pecialmente que una espía calabrés, algo sospechosa, les había dado á entender que los franceses no allegarían allí en aquellos dos días. Pero monsiur Daubegni, capitán viejo, gentilmente engañó la opinión de los enemigos con usar de la presteza francesa, habiendo caminado la noche y por desusados caminos, enseñándole los calabreses el camino, presentó la gente en batalla y mandó tocar las trompetas. Venían delante el derecho cuerno los dos Príncipes de Salerno y Visiñano, trayendo cogida su gente á modo de luna; en el izquierdo venía el Grini, el cual, así como habemos dicho, guiaba todos los caballos ligeros. En la batalla de medio se había puesto monsiur Daubegni, ajuntado casi con los Príncipes con una estrecha ordenanza de hombres de armas. El Malherba había mezclado á los suizos con los gascones, los cuales por estar en ordenanza más abiertos y esparcidos, disparaban las ballestas cómodamente y allegáronse á los caballos del Grini.

De la otra parte los españoles, habiendo descubierto á los enemigos, aunque fuesen menos en número, engañados de su pensamiento, esforzadamente se metieron en orden y se esforzaron en menear las manos, sosteniendo valerosamente la furia de los franceses que venía delante, donde se comenzó una cruel batalla, no habiendo lugar ni de la una parte ni de la otra de poder jugar el artillería. Andando la batalla encendida, mientras don Hugo con maravillosa constancia hacía el oficio de capitán y de soldado, el Grini haciendo un largo rodeo, extendiendo su banda, entró por el costado en la infantería de los enemigos, que los desordenó y rompió, porque á la hora arremetieron los suizos y gascones con tanta fuerza, que echados de las picas y heridos de las saetas fueron puestos en huída. De la otra parte toda la caballería cerrada en un escuadrón, por consejo de don Hugo, sin ninguna desventaja sostenían á los calabreses; pero cuando monsiur Daubegni arremetió con su escuadrón, ni los caballos sicilianos ni menos los españoles pudieron resistir á la furia de los hombres de armas escoceses, antes volvieron de presto las espaldas y á más andar se fueron á los montes, aunque el Cardona los reprehendiese y les rogase que poco á poco volbiesen el rostro y se retirasen. Habiendo sido en esta manera rota la caballería, la infantería que estaba en medio fué rompida y

desbaratada. En aquella rota de enemigos el Grini, corriendo muy desordenadamente en el alcance de aquellos que huían, habiéndose alzado la vista del almete, fué herido en un ojo con la punta de una lanza y fué muerto. Monsiur Daubegni corrió el mismo peligro, porque los caballos españoles (ansí como después yo lo entendí de Antonio de Leiva), tomándole en medio y cuasi preso, procuraban de quitalle el almete, y sin duda le hirieran en la garganta si no fuera socorrido de la banda del Príncipe de Salerno, la cual sobrevino en escuadrón cerrado y los había rompido. Pues habiéndose salvado muchos caballeros por los montes, don Hugo el postrero de todos, dejando el caballo, al cual había cortado las piernas porque no viniese en manos de sus enemigos, por ciertos valles nevados se retiró á la Mota Bufalina, y aquí, recogidos y refrescados un poco los soldados, los cuales habían quedado de la batalla, descendió en la Rocella á la ciudad de Gieración. El bagaje, los soldados y los villanos le robaron; las banderas, con muy hermosos caballos de España, vinieron á manos de monsiur Daubegni. El número de los prisioneros fué muy mayor que el de los muertos; la victoria no pudo parecer muy alegre á monsiur Daubegni, habiéndole costado la vida de Grini, amicísimo suyo y valerosísima persona. Después de la batalla monsiur Daubegni tomó sin herida la Mota Bufalina, adonde los enemigos huyendo se habían recogido; tomó también por fuerza á Pentadactilo, en la Rocella; no quedó en toda la Calabria casi ninguna tierra que á la hora no se volviese á la vencedora parte francesa, retirándose los españoles en los castillos fuertes, los cuales parecían que aquel invierno con dificultad los franceses los pudiesen combatir.

Habiendo hecho saber estas cosas que habían sido hechas en Calabria y en Pulla al Rey don Hernando, á la hora fué puesta en orden una armada muy grande en el puerto de Cartagena, la cual fuese á Mecina, y el capitán general de ella fué Puertocarrero, descendiente de la noble familia de los Bocanegra de Génova. Este había sido preferido á muchos caballeros de España que aspiraban á la honra de este cargo por ser Puertocarrero casado con una hermana de la mujer del Gran Capitán, por donde se entendía que entre ellos habría grande conformidad. Obedescían á Puertocarrero don Alonso Carvajal,

que después fué claro en las guerras de Italia, capitán de seiscientos caballos, y don Hernando de Andrada, Conde de Villalba, el cual de Galicia, Asturias, Vizcaya y en la costa de la mar había traído cinco mil hombres. Navegando Portocarrero para Sicilia, hízole contrario tiempo, que habiendo sido echado de una grande fortuna junto á Lipari y Strangoli, al quinto más tarde de lo que hubiera querido (aunque con el armada salva) allegó á Mecina. Desdeque hubo pasado el faro y desembarcada la gente en Ríjoles adolesció, de la cual enfermedad murió, y viéndose cercano á la hora del morir, aconsejado con don Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia, encomendó el cargo á don Hernando de Andrada, aunque á Manuel de Benavides é á don Alonso de Carvajal, caballeros generosos y pláticos en la guerra, parece que lo merecian mejor. Pero había entre el Benavides y Carvajal antiguas enemistades, por ser de bandos contrarios, las cuales eran tan grandes, que el uno hacía profesión de no obedecer al otro; pero ámbos le tuvieron á bien y lo consintieron á causa del bien público. Muerto que fué Portocarrero hiciéronle muy honrado enterramiento, y dada la pága á los soldados de las rentas de Sicilia, don Hernando de Andrada comunicó sus designos con don Hugo, y desde Ríjoles en tres alojamientos allegó á la campaña de Terranova, y en aquel mismo día arribó á ella monsiur Daubegni, de la Mota Bufalina, por tomar á Terranova; pero previniéndolo Alvarado que, con una escaramuza tentó las fuerzas del enemigo, allegó al castillo de San Juan, apartado poco trecho de Seminara, donde siete años antes había rompido en batalla al Rey Fernando y al Gran Capitán. Estaban no muy apartados de la campaña ennoblecida por el fresco rompimiento de don Hugo, talmente que monsiur Daubegni, feroz por la doblada victoria, aunque tuviese menor número de gente, reconociendo los campos desdichados á los enemigos y á él felices, tomó cierto agüero de querer meterse en el arriero de la tercera batalla, para lo cual envió á Ferragut, rey de armas, el cual con soberbias palabras desafió á batalla á los españoles, así como hombres poco valerosos y acostumbrados á dejarse vencer. De las cuales palabras don Hugo, encendido en sí mismo con un cierto ardor de ánimo enojado, por recobrar la honra perdida, se determinó

de aceptar las condiciones de la batalla. Dió á Ferragut dos vasos ricos de plata, mandando á don Juan de Cardona, su hermano, que iba un poco adelante con la infantería, que se detuviese; pero los soldados no querían pasar adelante si primero no les daban la paga tantas veces prometida. Fácilmente don Hugo les quitó aquella obstinación, dándoles cuanto oro y plata tenía, y allende de esto obligada la fe de sus amigos. Con estos prometiimientos la infantería se metió en campaña.

Monsiur Daubegni, habiendo hecho algunas escaramuzas y vadeado el rio Petrace, caminó para la tierra de Joya. El Andrada y don Hugo, llevando el campo con presteza, le siguieron y vadearon por el mismo paso el rio, teniendo orden que cada caballo pasase en grupa un infante. Al otro día siguiente monsiur Daubegni salió de Joya y se metió en orden. Los españoles, visto las banderas de los enemigos, se aderezaron para la batalla.

Estaban en la avanguardia Manuel de Benavides y Carvajal; en la batalla iban don Hugo, Antonio de Leiva y el padre de Alvarado con la vieja caballería y infantería. Seguían este escuadrón, apartado poco espacio, don Hernando de Andrada con la caballería nuevamente traída de España y la infantería de gallegos y asturianos. Usaba esta gente, según el antiguo costumbre de la milicia romana, escudos largos y recogidos y dardos para arrojar. Monsiur Daubegni, deseoso de comenzar la batalla, se metió en el primer escuadrón, en el segundo Alonso San Severino y en el tercero Honorato San Severino, que capitaneaba la banda de los caballeros de su linaje. El Malherba guiaba un escuadrón cuadrado de infantería, junto al cual estaba el artillería, y después que de la una parte y de la otra fué disparada, la caballería arremetió para adelante. Mientra monsiur Daubegni procuraba de apartarse de los rayos del sol que le herían en la vista, una banda de caballos ligeros españoles le tomó el lugar, talmente que él volvió las banderas y arremetió contra el escuadrón de Manuel de Benavides. La batalla andaba ya encendida y con dificultad el Benavides sostenía la furia de los escoceses. Don Hugo, Antonio y Alvarado le socorrieron, y con tanto vigor y ánimo se apretó la batalla, que los franceses y españoles, combatiendo con las espadas, se mezclaron en uno, y ambas á dos las partes tenían por cierta la vic-

toría. Don Alonso Carvajal, con spedido consejo, llevó al derredor el izquierdo cuerno, y entrando por las espaldas de la avanguardia de los enemigos metió tanto temor y espanto á aquellos que estaban ocupados en la dudosa batalla, que monsiur Daubegni, puesto en desorden su escuadrón, se puso en huída. Don Hernando de Andrada, con su caballería, rompió á Alonso San Severino, que venía á socorrer con el segundo escuadrón. Por la misma suerte fué rompido el tercero escuadrón, y Honorato se puso en huída, tal que en espacio de media hora (lo cual es apenas de creer) fué hecha piezas cuasi toda la infantería francesa y ganóse una singular victoria. Fueron presos Alonso y Honorato San Severino; un escuadrón de scocesés libró á monsiur Daubegni de las manos de sus enemigos, y habiéndose ajuntado con Malherba, sin detenerse un punto, corrieron hasta Joya, y habiéndose aquí detenido poco rato, les fué dicho cómo los caballos españoles les seguían por los mismos pasos y que ya estaban muy cerca. Apresuraron su camino con la noche scura y se recogieron en el castillo de Angitula, quejándose monsiur Daubegni de la fortuna, que habiendo sido hasta en aquella hora invencible, y habiendo en las guerras de Francia y Inglaterra en doce batallas sido vencedor, le hubiese en esta escarnecido y deshonorado.

Al otro día siguiente, el primero de todos Valentia de Benavides, hermano de Manuel, y después dél el Carvajal y el hijo de Alvarado, y luego Antonio de Leiva, con grande presteza allegaron á Angitula. Tomada la tierra, determinaron de sitiar á monsiur Daubegni en la fortaleza. Poco tiempo después allegó el Andrada con toda la gente, y hechas las trincheas, metida por alderredor la guardia de la infantería, á fin que el capitán de los enemigos no se fuese, se alojó á la vista de la tierra, apartado casi un tiro de artillería.

En aquellos mismos días, la infantería de tudescos, la cual Octavio Colona, enviado del Próspero, su tío, al Emperador, la había obtenido y traído por las montañas de Carnia al puerto de Trieste, embarcados allí habían allegado á Barleta. La venida de los cuales dió tanta alegría al Gran Capitán, que muy ciertamente confirmó la esperanza de ganar la victoria, y así no le pareció aguardar más tiempo, sino salir á combatir, pues había ya estado siete meses sitiado en la pequeña ciu-

dad de Barleta. Monsiur de Nemos, habiendo tomado todas las tierras vecinas de Barleta, fuera de Andria, el Gran Capitán con sola la grandeza de ánimo invencible, había sufrido todos los incomodos de la guerra, y en aquel medio la fortuna muchas veces le había levantado la esperanza enferma á favorecelle en los extremos casos de su sitio, de suerte que se tuvo por cierto que él no dudó jamás de ser muy presto vencedor. Resolvido en este partido, mandó á los capitanes de caballos y de infantes que se proveyesen de lo necesario para el camino. Parecióle bien de llamar de Taranto á Pedro Navarro y á Luis de Herrera, su pariente, con la más gente que pudiesen, porque tenía grande confianza en sus personas.

Con el mismo designo monsiur de Nemos, juzgando por conjeturas que habiéndole al enemigo venido el socorro de los tudescos, tentaría alguna cosa de nuevo y á la hora saldría de Barleta, escribió á Andrea Mateo Aquaviva que de Conversano fuese á Altamura, adonde estaba Luis de Arce, y de allí ambos á dos, juntas las fuerzas, viniesen á Canosa, donde le hallarían, porque monsiur de Nemos ponía grande esperanza en el consejo de aquel hombre para el gobierno de la empresa, y no le parecía tentar ninguna cosa sin el Arce, capitán valiente y animoso. Mientra el Arce y el Aquaviva concertaban entre ellos el día de la partida, Pedro Navarro tomó las cartas del Arce junto á Taranto, é como avisado y entendido su designo, hizo una emboscada al Aquaviva cuando tenía de pasar, é así rodeado de un impensado mal, defendiéndose esforzadamente, habiéndole muerto el caballo y herido gravemente, fué preso. Juán Aquaviva, su hermano, peleando valerosamente fué muerto; la caballería fué rompida y casi toda ella vino en manos de los enemigos. Habiendo felizmente sucedido esta empresa, Pedro Navarro y Luis de Herrera allegaron á Barleta, donde Gonzalo Hernández, doblándosele el alegría, riendo muy á boca llena, dijo cómo se tenía de dar gracias á la fortuna que tanto le favorecía, pues en tan grande necesidad habían prendido un prudentísimo capitán de enemigos y habían venido á su campo dos capitanes de grande valor y fe, los cuales le serían de mucha utilidad y provecho.

Ya la primavera vestía de flores la campa-

ña y los panes crecían y el Mayo se mostraba, cuando por aventura en aquel día, como de buen agüero y grandemente felice, que desbaratados los franceses en Joya se aparejaba la victoria. El Gran Capitán, habiendo sacado toda la gente de Barleta, pasado Losanto, se alojó en la Chirinola, con pensamiento de plantar el artillería y tomar aquella tierra, y si los franceses la quisiesen socorrer venir con ellos á batalla. Allegó el Gran Capitán á este lugar con un ardiente sol y calor terrible y el camino muy lleno de polvo, y con tanto cansancio de todo el ejército, que algunos soldados murieron de sed y fatiga, y con deseo de refrescar la boca eran constreñidos á chupar unas cañahejas que las llaman ferlas, las cuales nacen en aquella caliente campaña, como si ellas estuvieran mojadas del rocío. A esta necesidad y miseria proveyó el Gran Capitán mandando traer por las escuadras odres llenos de agua, que para este efecto había hecho traer de Losanto. Mandó á todos los caballos que cada uno de ellos tomase á un peón en gropa, especialmente de los que estaban armados. Hicieronlo los caballos con muy grande voluntad, por un ejemplo de grande humanidad que en el Gran Capitán vieron, el cual había tomado en gropa de su caballo un alférez tudesco.

Gerión, así como dije antes, noble más por el vano esfuerzo de Anbal que por grandeza de edificios, está puesto sobre un collado y por todas partes rodeado de viñas. Estas viñas están cercadas de un pequeño foso, dentro del cual Próspero y Fabricio, habiendo considerado y mirado el lugar, se alojaron en él. Y habiendo el foso de presto limpiado y ensanchado y alzado á la parte de dentro una margen de tierra, cuanto la brevedad del tiempo sufría poder hacerse, se fortificaron contra la caballería de los enemigos, persuadiendo el Gran Capitán á las nuevos soldados á fenescer este trabajo, plantando en aquel tiempo el artillería en la frente, en los lugares más necesarios. En este medio monsiur de Nemos, partido que fué de Canosa, hizo alto un poco apartado de la Chirinola para tomar el universal consejo de todos los capitanes, si se pudiesen resolver en querer combatir. Pero estando ellos fuera de tiempo porfiando entre sí, acaesció que en la contienda y porfía se consumió la mayor parte del día, siendo de parecer monsiur de Nemos y Forment y Arce, por causas muy importantes, que se debía diferir

la batalla hasta el otro día. Candeio, que era capitán de los suizos, y monsiur de Alegre, eran de contrario parecer, que sin perder tiempo en balde y vergonzosamente, sino con ligero y esforzado ímpetu, como siempre felicemente á los franceses les había sucedido, se debía en todo caso dar la batalla. Por la cual determinación conocía monsiur de Nemos que se ofendía mucho su honra, porque pocos días antes había entendido que monsiur de Alegre había hablado algunas palabras maliciosas, que como capitán mal práctico y poco valeroso tenía temor de venir á jornada, y que dejaba con infamia de la reputación francesa y con grande daño de las fuerzas de ellos poco á poco de aquella astuta nación consumirse y faltarle las gentes. Y sin un punto detenerse, enojado de la culpa que le daban, dijo: «Pues que así os place que combatiendo hoy pongamos fin á la guerra, en aquella manera que placirá á la fortuna, si yo no satisficere al deseo del Rey de Francia, al menos con honrada muerte cumpliré con mi particular honra». Y permitiéndolo el destino, mandó dar la señal de la batalla, aunque á gran trabajo podía haber media hora hasta ponerse el sol.

Y hechos tres escuadrones marchó contra los enemigos, no habiendo igualado la frente sino echando la gente para adelante con orden torcido por grados, porque cuando se ponía para adelante el cuerno derecho, adonde estaba el capitán Arce, Candeio, del escuadrón de medio, donde estaba puesta todá la infantería, disparase el artillería y siguiese á los primeros no muy apartado, y con semejante suceso monsiur de Alegre, arremetiendo los caballos se juntase con el tercero escuadrón, cuando fuese necesidad, al izquierdo lado del batallón de los suizos; de manera que los tres escuadrones en su proceder, por la desigual largueza parecían que tenían semejanza á los tres últimos dedos de la mano.

De la otra parte el Gran Capitán opuso seis escuadrones en derecha frente á los enemigos, y en los cuernos fueron dos escuadrones de caballos y uno de socorro detrás de los tudescos, al cual se allegaba la infantería española, apartada con poco espacio, que de lejos parecía solamente un escuadrón de infantes, aunque habia abastadamente lugar para la caballería, puesta en medio, para si fuese necesidad pudiesen arremeter para adelante. Después envió de fuera todos los caballos li-

geros, siendo su capitán Fabricio Colona y don Diego de Mendoza, los cuales escaramuzando detuviesen á los enemigos que ya venían. Levantóse entonces tanta escuridad del polvo que quitó á los franceses del todo la vista, y después aquella niebla fué acrescentada del humo del artillería; pero las pelotas de ella pasaron por lo alto, no desordenando ni la una batalla ni la otra.

El Gran Capitán mandó que se cargase y se disparase otra vez. Leonardo Aleo le dijo con un espanto temeroso: «Todos los barriles de la pólvora, acaso ó á traición se han encendido». El Gran Capitán, no mostrando espanto por tal nueva, le respondió: «Yo tengo este por buen agüero, que ninguno me pudiera venir mejor, pues he visto la lumbre de la victoria que viene». No fué vano este agüero. Monsiur de Nemos, habiendo arremetido contra los tudescos con la caballería de la banda izquierda, hallando un foso, á la hora se pararon, y echados de allí, mientras volvía la batalla buscando nueva entrada para pasar adelante, herido de un arcabuzazo cayó muerto, casi primero que Candeio acometiese á los tudescos. El cual hallándose él también metido en el foso con la misma fortuna, esforzándose con obstinado esfuerzo de un lugar desigual y hondo pasar la margen de tierra, los tudescos con las picas bajas y por otra parte los arcabuceros españoles, muertos y rompidos los suizos, le mataron en una fosa bien honda. Porque Candeio había vuelto sobre sí los ojos y las manos de los enemigos, combatiendo á pie y siendo por los altos penachos blancos que traía muy mirado. Pues siendo muerto monsiur de Nemos, el capitán Arce y monsiur de Alegre, aunque en diversos lugares, tomaron un mismo consejo de huir. Pero la fortuna quiso que monsiur de Alegre se fuese al ducado de Benevento y el Arce corriendo sin parar allegó á Venosa. La caballería española, habiéndoles ido al cuanto en el alcance, muertos y presos muchos, juntamente con Forment, se volvieron al campo, habiendo el sol, que ya iba muy bajo, dado apenas lugar de media hora de lumbre para fenescer la batalla, la cual cosa sin ninguna duda fué causa que con la escuridad de la noche se salvaran el Arce y monsiur de Alegre. El Próspero, delantero de todos los otros, corriendo el campo de los enemigos tomó la tienda de monsiur de Nemos, adonde halló un

aparador de plata dorada y aparejada una sumptuosa cena, donde cenó delicatísimamente y dormió en la cama del capitán de los enemigos. Habiéndole en aquel medio el Gran Capitán y Fabricio toda la noche buscado y llorado por muerto, después que fué salido el sol, el Próspero con mucha alegría y risa de los suyos se volvió al campo. Monsiur de Nemos fué hallado entre los muertos y conocido de un paje de cámara suyo por un lunar que tenía encima la espalda. Al cual el Gran Capitán, celebrando el mortuorio, hizo grandes honras, porque él era de la casa de los Condes de Armañac, muy ilustre entre las nobilísimas de Francia, la cual más de una vez se había ajuntado con la sangre real y él era verdaderamente noble. Fué combatido en la Chirínola á veintiocho de Abril, habiendo el Gran Capitán con doblada alegría siete días antes entendido por los prisioneros que monsiur de Aubegni había sido desbaratado por don Hernando de Andrada en Joya, de tal suerte que se decía que monsiur de Nemos, movido de arrojada y desesperada temeridad y no de oportuno consejo, había venido á hacer jornada; y esto á fin que si se publicaba la rota nuevamente recibida, los ánimos de los franceses no viniesen á desmayar y que el enemigo, fundándose en el esperar mayores fuerzas, con todos los artificios de la guerra no huyese de meterse en el arriesco de la batalla. Murieron aquí hasta cuatro mil franceses, con tanta facilidad y presteza, que habiéndose comenzado y fenescido la batalla en espacio de media hora, no murieron ciento de los vencedores. Yo oí decir á Fabricio Colona, cuando él contaba el suceso de esta batalla, que la victoria de aquel día no había sido por otra importancia ni industria de soldados, ni valor de capitán general, sino sólo en el espacio de una margen de tierra y de un hondo foso; con el cual ejemplo después habemos visto que los capitanes que después han sucedido han puesto particular cuidado y diligencia en fortificar su campo, renovando como muy buena la manera del fuerte de los antiguos. El cual modo en el tiempo de nuestros padres se había vituperosamente perdido, con toda la disciplina de la milicia.

En aquel mismo día el Gran Capitán, no queriendo dar ningún espacio de tardanza á los franceses, los cuales hufan muy espantados, envió á Diego García de Paredes para que

fuese en el alcance de los soldados de Arce, que se iban para Venosa, y mandó á Pedro de Paz y á Teodoro Bocalo que fuesen detrás de monsiur de Alegre. Pero el monsiur de Alegre, siendo acompañado de Trajano Caraciolo, Príncipe de Melfi, no queriéndole acoger en ninguna tierra, yéndole siempre delante la fama del vencimiento y apenas pudiendo con grande trabajo y ruego, por donde quiera que pasaba, alcanzar que á gran precio le diesen vitualla, se la daban colgada en unos alguiños, allegó á la Tripalda, y habiendo reposado en ella un día, continuando su viaje, no queriendo entrar en Nápoles, se fué á Aversa. Aquí le dieron nueva cómo el maestro racional y los tesoreros, atemorizados, habiéndose levantado un ruido en Nápoles, se habían retirado en Castelnuovo. Desesperado de sus cosas, pasando por Capua y por Sesa, vadeando el río del Garellano, allegó á Fundi y de ahí á Traeto, y finalmente á Gaeta.

Al otro día, que fué el segundo después de la batalla, Fabricio Colona fué con Ristaño Cantelmo, Conde de Pópuli, á tomar el Aguila, cabeza del Abruzo, y el Próspero y Andrea de Capua, Duque de Térmodi, echando los oficiales franceses, tomaron en fe la ciudad de Capua, la cual era patria del Duque de Térmodi. Sesa les abrió las puertas y echados los franceses allende del Garellano, pensaron de quedarse en aquella ciudad hasta tanto que el Gran Capitán les enviase á mandar más ciertamente aquello que se había de hacer.

En este medio los capitanes españoles que estaban en Calabria tenían cercado á monsiur Daubegni en el Angitula. Recibieron cartas de Gonzalo Hernández de la victoria que él había habido, las cuales siendo enviadas al castillo y leídas por monsiur Daubegni, les respondió que él conocía que la fortuna era muy enemiga á los franceses. Y por esto, juzgando que era de ánimo obstinado y loco contrastar largo tiempo á la malvada suerte, prometió que á la hora se rendiría si fuese verdadera aquella nueva, y para esto envió afuera el Malherba, para que estuviese en rehenes de lo prometido, y le fué concedida tregua por doce días, en el cual tiempo volviesen tres caballeros franceses enviados á saber el suceso de la batalla. Estos, informados de los prisioneros de lo que era acaescido, haciéndoles saber cómo monsiur de Nemos era muerto y su gente desbara-

tada, lo dijeron á monsiur Daubegni, el cual salió de la fortaleza vestido un sayo de brocado, y con rostro alegre se rindió, con condición que todos los otros fuesen libres y él solo fuese detenido en una libre prisión. Dicese que monsiur Daubegni con severísimas palabras reprehendió á dos caballeros mozos parientes suyos, los cuales en la guerra salieron muy famosos, porque más delicadamente de lo que convenía á hombres especialmente de nación escoceses y nacidos de sangre real, habían suspirado el contrario fin de la guerra, como si no se acordasen que los hombres generosos no tienen jamás de perder el ánimo, sino siempre con nuevo esfuerzo de viva é invencible virtud se ha de probar la fortuna.

En este medio Gonzalo Hernández, habiendo tomado á Melfi y abriéndole las puertas por el camino los pueblos, no queriendo detenerse en ningún lugar, sino de continuo ir en el alcance de franceses, pasando de la Pulla en el ducado de Benevento y por tierra de labor, vino á la Cerra, adonde los embajadores napolitanos de los más principales y nobles, besando la vencedora mano y alegrándose con él de la victoria tan sin ninguna sangre, le suplicaron quisiese su ciudad recibilla debajo de su fe, la cual por la memoria de las mercedes antiguas era muy obligada al nombre de Aragón y les confirmase sus privilegios y leyes de la antigua inmunidad de ellos, y amorosamente la quisiese conservar y por merecimientos de su fe la ampliase con nuevos honores. Gonzalo Hernández les confirmó los privilegios que los Reyes pasados les había concedido, prometiéndoles que les sería buen procurador para con el Rey don Hernando que les escribiese con mucha clemencia y que concediese á todas sus demandas.

No muchos días después con aparejo real debajo de un palio entró en la ciudad, habiéndole sido aderezada muy sumptuosamente la casa del Príncipe de Salerno, la cual es la mejor que hay en Nápoles, y ajuntados todos los estados, á los quince de Mayo le juraron fidelidad en nombre del Rey de España, y mandó á los soldados, los cuales estaban privadamente alojados por la ciudad, que, so pena de la vida, avara ni deshonestamente no hiciesen injuria á persona ninguna. Mandó luego traer el artillería. que la mayor parte de ella había ganado de franceses en la Chirinola; deliberó de combatir los castillos, prometiénd-

dole el Conde Pedro Navarro que en breve tiempo los habría tomado. La primera que fué combatida fué la torre de San Vicente, puesta encima de un pequeño peñasco, donde aquellos que la guardaban se rindieron luego, no pudiendo sufrir la furia del artillería. De aquí Pedro Navarro volvió todas las fuerzas al Castelnovo. De día batía las almenas y los altos techos de las torres, y de noche entendía en cavar minas, donde con el trabajo de pocos días hizo lo que deseaba su designo. Habiendo puesto algunos barriles de pólvora en los fundamentos, por la fuerza del fuego que le fué puesto por abajo, todo aquel baluarte que mira hacia los jardines con espantoso ruido se arruinó y cayó. Los españoles por lo caído de la muralla con armas expedidas entraron dentro, y así se tomó todo aquel cerco de fuera el castillo, habiendo muerto muchos franceses. Apretaron talmente los otros, los cuales así como espantados del imprevisto mal se retiraron por la puerta triunfal en la plaza de dentro el castillo, y cargando la puente ocupada con el peso, no la dejaron alzar á los soldados franceses. En aquel tumulto, echados los cerrojos de las puertas de bronce entalladas, cerráronlas prestamente á la multitud de los que querían entrar dentro, y metieron una culebrina á la puerta, á fin que disparándola matasen á los españoles que estaban en la puente y en la plaza. Pero por un caso maravilloso la pelota se quedó en lo espeso de la puerta, no habiendo podido pasar el bronce, la cual hoy día por grande maravilla se muestra á los extranjeros que van á ver el castillo. El Gran Capitán, oyendo una grande vocería de los soldados, le fué dicho que se tomaba Castelnovo, y él no creyéndolo tomó una rodela y fué para allá, maravillándose de lo hecho. Fué ganada la plaza subiendo un español con maravilloso esfuerzo, donde los franceses que se habían retirado en las torres con grande temor se rindieron. Ganó la honra de la corona mural un mancebillo paje del Gran Capitán, llamado Juan Peláez Berrio, el cual animosamente había tomado una almena, donde un francés le cortó la mano. Los soldados saquearon casi todo cuanto había en el castillo, y esto con tanto desorden, que no dejaron nada, que hasta las vituallas se llevaron, y faltó muy poco que con palabras soberbias no maltratasen al Gran Capitán, queriéndose igualar la

desvergüenza de los soldados con la majestad de un tan grande hombre. Pero él con la grande alegría de todos, habiéndose efectuado una empresa de tanta importancia, parecióle bien de perdonalles su osadía y mala crianza. El trigo, vituallas y munición se las vendieron con poca liberalidad; porque decían con palabras soberbias, que todas aquellas cosas que eran adquiridas con grande peligro eran méritamente suyas, pues con tanto trabajo y dificultad les pagaban las pagas que se le debían.

Hallóse por pública estimación que el valor de lo que saquearon era muy grande, porque los ciudadanos del bando anjoíno habían llevado á Castelnovo, como á lugar segurísimo (y también mercaderes y banqueros) muchas cajas llenas de cosas de grande valor, aunque hubo muchos soldados que no les alcanzó parte de aquella rica presa, y blasfemando mucho se lamentaban de su malvada suerte. A los cuales volviéndose el Gran Capitán les dijo: «Andá, porque con mi liberalidad venzáis vuestra fortuna, dad saco á mi casa». Habiéndoles hecho aquella merced, todos de presto con mucha alegría corrieron para su casa, con tanta avaricia de los del pueblo que iban mezclados con ellos, que descolgaron la tapicería de las paredes y no perdonaron la bodega del vino.

El Gran Capitán, habiendo hecho limpiar la plaza de los muertos y sacado afuera los prisioneros y traídas todas las vituallas, hizo castellano del Castelnovo á Nuño Docampo, hombre valeroso y muy su familiar, y mandó á Pedro Navarro que volviese la artillería contra Castel del Ovo. Este castillo está puesto en una isla, la cual antiguamente fué llamada Megara, del nombre de una de las sirenas, la cual mira al monte Echia y se pasa á tierra firme por una puente. Pasó el Conde Pedro Navarro debajo de aquella peña, y habiendo minado en la peña, veinte y un día después que hubo tomado á Castelnovo, á los once de Junio, le dió á fuego, el cual quemando poco á poco la mecha allegó adonde estaban los barriles de la pólvora. Toda aquella altísima muralla de la extrema parte de la roca, entre el espantoso ruido de la llama que saltó fuera, la arruinó toda ella; y acaesció esto al tiempo que por aventura el castellano había llamado á consejo los más principales soldados y estaban ayuntados en la iglesia, y el santo de aquella capilla no favoreció en

nada á aquellos pobretos, habiendo la súbita ruina de aquel castillo muerto casi á todos. Pues siendo enterrado en aquel miserable sepulcro el castellano juntamente con los otros capitanes, aquellos que habían quedado, espantados del infortunio, no metieron tiempo en medio á resolverse, sino luego rindieron el castillo.

En estos días el armada francesa, trayendo tarde el socorro para estas fortalezas, habiéndose puesto delante de Nápoles, visto roto su designo, volvió las velas y fuese á Enaria por tentar la ciudad de Pithecusa, la cual hoy se llama Iscla, por hacer algún daño á las galeras de España que estaban muy seguras y en su reposo debajo de la fortaleza. Pero doña Costanza de Avalos, señora de grande valor y fe, á la cual el Rey Federico había dejado en el castillo, disparando el artillería de un alto reparo defendió muy honradamente á los españoles y sacó fuera las banderas de Aragón, mostrando cómo ella, el castillo, la ciudad y la isla, la cual tiene siete pueblos, estaban á la devoción del rey de España. Esta es Costanza de Avalos, la cual por nombre de piedad y gloria memorable felicemente crió los hijos de sus dos hermanos el Marqués de Pescara y el Marqués del Vasto, los cuales en la loor de la guerra se igualaron con los grandísimos capitanes del tiempo antiguo, habiéndolos ella, como generosa maestra de una excelentísima vida, quedando ellos en su tierna niñez huérfanos de sus charísimos padres, derechísimamente guiado por aquella vía, la cual con la verdadera virtud lleva al cielo.

Habiendo Gonzalo Hernández con mucha alegría ganado las tres fortalezas, escribió á don Hernando de Andrada que, haciendo derecho su camino, se diese priesa de venir á Nápoles con el ejército, trayendo seguro y humanamente á monsiur Daubegni, porque en todo caso le parecía de combatir á Gaeta, en la cual se habían retirado las reliquias de los franceses, fundados en la esperanza de los socorros de por mar, siendo su capitán Ludovico, Marqués de Saluces, en el cual había recaído el gobierno de la capitania general, con pensamiento de renovar la guerra.

El Andrada habiendo tomado las fortalezas de Calabria y puesto presidio en ellas conforme á la necesidad, pasando junto á Pesto, Velia y Buxento, las cuales hoy se llaman Capacho, Bucca y Policastro, hacía su camino

por el principado. Escribió también á don Diego de Arellano, el cual habiendo tomado á Melfi le había dejado presidio que refrenase á Luis de Arce, el cual salía muchas veces fuera de Venosa á hacer daño á los amigos. Después mandó al Próspero Colonna y á Andrea, Duque de Termoli, que viniesen delante con el primer escuadrón de la gente que estaba en Sesa á Ponte Corvo, el cual se llamó Fregellas, y él se fué á San Germán, que fué ya Casino, pueblo noble por un teatro. Por el campo de Carinula hizo su camino y tomó en fe á Rocha Guillerma, echados de ella los franceses, y hecha la paga en Pontecorvo á los soldados, bajando por el condado de Fundi, se alojó junto á Gaeta y le plantó el artillería.

Ya había traído aquí el Conde Pedro Navarro tres mil infantes y las municiones para combatir la ciudad, y con el mismo artificio que felicísimamente había hecho en Nápoles mandaba hacer trincheas, cavar minas y limpiar las almenas de la muralla. El Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, confiados en el presidio de los franceses y gascones, disparando continuamente el artillería, hacían con ella mucho daño al Conde Navarro, el cual emprendía cosas difíciles en lugares mal seguros; y esto hacíanlo ellos con tanta violencia, que no sólo aquellos que estaban trabajando junto al artillería y en los reparos, mas aun los que estaban apartados en el campo estaban en mucho peligro; porque los artilleros franceses jugaban muy diestramente con el artillería, habiendo muerto á muchos con golpes casi ciertos. Acrescentábase los daños á los españoles por estar alojados en lugares rasos y descubiertos. Las galeras de Francia, que habían echado de Iscla y de Progita, habíanse recogido entre Mola y Gaeta, disparaban el artillería donde querían y andaban corriendo la costa con muerte y daño de muchos. Por estas correrías y por el mal alojamiento fueron muertos muchos españoles, y á esta causa fué necesitado el Gran Capitán de proveer á la necesidad de los soldados que morían sin venganza. Retiró el campo y el artillería á Formiano, pequeño castillo, que fué ya la delicia de Cicerón, el cual hoy se llama Castellón, retirándose con más presteza de lo que quisiera, porque allende de más de trescientos soldados muy buenos que le mataron con el arti-

lería, murieron don Rodrigo Manrique, hermano del Duque de Nájera, y algunos honrados capitanes de infantería, que fueron Juan Espes, Alonso López y Sancho Armentales, Navarro y cuatro alférez, el cual había sido llamado de Nápoles, dejando el armada con solos los compañeros de las naves, y últimamente Antío Litestanio, capitán de tudescos, con una pelota de un falconete, y don Hugo de Cardona, capitán de grande valor, el cual había venido con la nueva de la victoria de Calabria, fué herido en una rodilla con un pedazo de un muro rompido de un golpe de artillería y fué muerto.

El Gran Capitán, con aquel gravísimo dolor y público llanto de soldados, se alojó en Castellone por más seguro y más largamente sitiar á los enemigos encerrados en una ciudad estéril. Hacíase esto con poco trabajo, con haber acrecentado el campo de más gente con la venida de don Hernando de Andrada y con los capitanes de la victoria calabresa, los cuales habían encomendado á Hugo d'Ocampo á monsiur Daubegni y otros prisioneros ilustres para que los tuviesen en guarda en Castelnovo. Mientras estaba en aquel lugar sano y honrado por las vivas fuentes, fué avisado por cartas de Fabricio Colona y de Restañón Cantelimo que Civita de Cheri, en el Abruzo, con algunas otras tierras, habían venido á la obediencia, y no por fuerza, sino de su voluntad, y siguiendo el ejemplo de estas tierras, Sulmona, Andria, Terramo, Civita de Peña y Celamo, que está al entorno del lago Fucino, y finalmente todas las tierras del Abruzo y Taliacozo, Alba, Marsi y el Aguila, la cual creció de las ruinas de Amiterno, cabeza de toda la provincia, eran venidas á la obediencia del Rey don Hernando, echando de ella por fuerza á Jerónimo Gallazo. Este era la cabeza del bando francés, y echados de presto todos los Orsinos, los cuales teniendo por capitán á Fabio, hijo de Pablo, habían procurado de ocupar los castillos dados á los señores de casa Colona, los cuales fueron quitados á Virginio Orsino. Habiendo demás de esto hecho en balde su designo contra los aquilanos, Fracaso Saneverino, el cual enviado del Papa con una banda de caballos había tentado los ánimos de los ciudadanos.

En este medio el Gran Capitán fué avisado que el Rey Luis de Francia, no que-

riendo dar lugar á la fortuna, así como aquel que era de ánimo indómito y constante, renovaba la guerra, habiendo asoldado doce mil suizos y puesto en orden en Génova una gruesa armada, y había habido socorro de caballos del Marqués de Mantua, del de Ferrara y del Bentivolla, señor de Boloña, de Florentines y de César Borja, hijo del Papa Alejandro. De estas gentes había hecho capitán general á Ludovico de la Tramolla, capitán de grande autoridad, dándole por compañero á Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, que ningún otro parecía más al propósito para el trato de la guerra, así por el natural esfuerzo del militar ánimo, como por la grande plática que tenía de todas aquellas provincias del reino de Nápoles y por ser él reputado por muy clarísimo por la fama de las empresas felizmente en aquella tierra por él acabadas. Con éstos venía Antonio Baseio, borgoñón, el cual era capitán de los suizos, y por el conocimiento de la lengua era capitán viejo y gobernador de aquella nación.

Ya se decía que la gente de franceses venían por Toscana, cuando de Roma, por cartas del embajador del Rey, vino nueva al Gran Capitán que el Papa Alejandro, cerca los trece de Agosto, había adolecido del mal de la muerte y en cuatro días había sido muerto, habiendo dejado gravemente enfermo de la misma enfermedad á César Borja, su hijo, talmente que el pueblo tenía por cosa cierta que el padre y el hijo habían bebido de un mismo flasco aquel veneno que ellos habían aparejado para los convidados, y esto por error fatal del botellero, que con descuido había trocado los flascos en aquella cena; la cual á la fuente en el palacio á ambos á dos había sido muy apacible, pero después tuvo doloroso suceso. Los médicos no pudieron escapar al viejo por no tener sujeto para poder resistir la malicia del tóxico. A César Borja su hijo, como era mozo y gallardo, conserváronle la vida con muchos remedios que le hicieron. Yo entendí del Cardenal Adriano de Corneto (en el cual jardín se cenaba) que habiendo él bebido de aquella mortífera bebida se había talmente inflamado por el súbito encendimiento de las entrañas, que nascido aquel ardor, opresos los sentimientos, le quitaron el entendimiento y fué apretado á bañarse en un vaso grande lleno de agua fría,

y no volvió en sí, habiéndosele abrasado las entrañas, hasta que el pellejo le fué caído de todo el cuerpo. Pero aquel maldito y á toda Italia dañosa cabeza, quitada la causa de la religión, fué de todo el pueblo con ojos codiciosos muy mirado, gastado de una hedionda flaqueza, talmente que muchos, y en especial sus amigos los Orsinos, tenían por averiguado que Dios con merecida pena del contracambio hubiese castigado la crueldad de aquel desapiadado hombre. Porque con el mismo veneno había hecho morir algunos Cardenales que eran poderosos y ricos.

Oída la muerte del Papa, el Próspero y Fabricio, licenciados del Gran Capitán, fueron á Roma con grande presteza por recobrar con las armas aquellas tierras, las cuales contra toda razón les habían sido quitadas. No le penó mucho á César Borja, hallándose enfermo de un gravísimo y terrible mal y de la envidia, á restituirles aquello, porque siendo enemigo de los Orsinos, no viniese también á serlo de los Coloneses. Fué aquella liberalidad, aunque hecha por fuerza, muy grata á los Coloneses, porque sin ninguna fatiga recobraron á Castelneptuno; Chinazano, en la campaña de Roma, y á Rocha de Papa á la selva del Aglio, bastecidas del Papa de sumptuosos edificios y torres.

César Borja se había retirado en el palacio con un fuerte y fiel ejército; tanto que los Cardenales, de temor, queriendo crear nuevo Pontífice, se habían ajuntado en la Minerva. Cosa era infame llena de una nueva envidia que, allende del antiguo enojo, se tuviese por fuerza al Colegio de los Cardenales el sacrosanto templo y el sacro palacio, por la cual cosa los magistrados romanos, ajuntados en Campidoglio, determinaron tocar á su reputación, dar lugar libre y seguro al conclave y tener á Roma segura de todo temor así á los extranjeros como á los ciudadanos, con graves protestos pudieron alcanzar dél que sacando la gente fuera de Roma se fuese á Nepi. En aquellos días los Orsinos, siendo su capitán Bartolomé de Albiano, habían entrado en Roma y muerto algunos españoles, y quemando la puerta del torrión habían procurado entrar en San Pedro, por lo cual se había seguido un grande ruido. Habiéndose Roma pacificado, fué publicado Papa Pío tertio. Vivió muy pocos días en el pontificado.

César Borja, ya convalecido de su enferme-

dad, se volvió á Roma, por hallarse en la segunda elección del papato, porque se había determinado de favorecer á los franceses que venían, tanto que ya les habían prometido su ayuda y favor y el de sus amigos. Y los Cardenales de casa de Borja estaban determinados dar sus votos á George Ambuesa, Cardenal de Roán, el cual procuraba ser Papa. En esta ocasión Gonzalo Hernández, juzgando haber necesidad de diligencia y presteza, oportunamente se concertó con los capitanes españoles, los cuales estaban al sueldo de César Borja que, pidiéndole licencia, con sus bandas y infantería se viniesen para él, así como la razón y justicia lo quería, que ayudasen al Rey don Hernando y á la nación española contra franceses, en especial porque ellos al improviso habían hecho la guerra á Salsas, en los confines de España. Pasáronse con este color y con la voluntad de César, teniendo en ellos mucha más fuerza el cuidado de la honra pública que no el respeto del privado interesse. Entre los otros, don Hugo de Moncada, don Hierónimo Lloriz, Luis Hiscet, don Pedro de Castro, y con ellos Diego de Quiñones, nascido de generoso linaje y claro en la guerra. Estos capitanes fueron bien recibidos de Gonzalo Hernández y muy liberalmente les dieron sus gajes. Tentó después á los señores Orsinos, prometiéndoles grandes condiciones si quisiesen seguir la enseña del Rey don Hernando. No faltó este consejo de felice suceso, aunque á la verdad al parecer difícil. Porque ¿quien habría jamás creído que los Orsinos y los Coloneses, discordes entre sí por el antigua enemistad del contrario bando, se juntasen en una voluntad y en un campo? Había dado ocasión á los Orsinos, que alterados de ánimo buscasen nueva fortuna á su estado y en todo muy ajena de su antigua costumbre.

El Cardenal de Roán hacía muy grandes caricias á César Borja, por causa de los votos, porque habiendo traído consigo y sacádole de la prisión en que estaba en Francia al Cardenal Ascanio Sforza, tenía esperanza de obtener el Papato, mayormente ayudándole para esto César Borja, á la vida del cual, como hombre acelerado y sangriento, parecía que los Orsinos metían asechanzas, por vengar la muerte de sus parientes, que pocos años antes aquel tirano con espantosa crueldad había muerto tantos caballeros de su linaje, y también porque les parecía no ser estimados, y

con esto fácilmente se desdeñaban. Porque Trantío, embajador del Rey de Francia, al cual ellos le habían ofrecido el estado y su servicio, les respondió un poco más tibiamente de lo que requerían los peligros de la guerra que se apretaba. Porque el francés, con astucia y engañosa razón, pensaba que los Orsinos sin ningún premio ni sueldo habían de servir al Rey de Francia, no creyendo jamás que se apartasen de la antigua voluntad. Bartolomé de Albiano, no pudiendo sufrir, entre los otros, la vanidad y soberbia del Trantío, acompañada de manifiesta avaricia, casi dándose á entender que la victoria la tenía él en la manga y que no tenía necesidad del ayuda y favor de los Orsinos.

Pues habiéndose todos los Orsinos resuelto, excepto Jordán, hijo de Virginio, sin tardanza ninguna se allegaron á Gonzalo Hernández, con esta condición: que dándoles gruesas pagas viniesen á él por la tierra de los Orsinos, entre Spoleto y Roma, con dos mil entre hombres de armas y caballos ligeros y cuatrò banderas de infantería. Siendo ellos firmes en este parecer y voluntad, el Próspero y Fabricio con amíclsimas persuasiones los trujeron á que quisiesen hallarse en la tan vecina victoria y que tuviesen cierta confianza de récibir aquellos premios que se podían esperar de un capitán tan excelente y de tanta fe y de un Rey tan agradecido. A estas promesas se ofrecieron por fianzas los Colonese, obligándose por el todo don Diego de Mendoza, el cual hallándose presente daba grande autoridad al negocio. Fueron entre los otros Bartolomé de Albiano, Ludovico, hijo del Conde Pitiliano; Fabio, mozo de grande esperanza, hijo de Pablo, que fué muerto de César Borja; Francioto, el cual fué después Cardenal; Rencio de Cheri; el Anguilara y Julio Vitelli, de la ciudad de Castello.

En este medio el ejército francés, guiado por el Marqués de Mantua, porque monsiur de la Tramolla había adolescido de una grande enfermedad, pasando por Roma apartado de los muros, sin hacer ningún daño, por la vía de Campania, vino á los confines del reino. El Papa Julio hizo saber á los franceses que le tendrían por enemigo si ellos lo hicieran de otra manera. Gonzalo Hernández, entendido que hubo la venida de los franceses, se vino de Castellone á Monte Casino, monasterio de monjes Benitos, habiendo segunda vez toma-

do por el camino á Rocha Guillerma, porque los moradores de ella con popular ligereza habían prendido á Tristán de Acuña, el cual con poco recato bajaba de la fortaleza á la iglesia á oír misa.

Ya habían llamado á los franceses y mostraban quererse defender, por lo cual Pedro Navarro los atemorizó, y echado fuera el presidio de franceses, les dió el castigo que merecía su liviandad y rebeldía. Encima del Monte Casino hay un monasterio de la orden de San Benito, adonde están muchos religiosos de santísima vida. Este lugar tenían los franceses como segurísima fortaleza, los cuales poco antes se habían concertado y dado rehenes de salir del presidio, si dentro ciertos días no les venía socorro. Era ya cumplido el término concertado, y los franceses (teniendo esperanza en el nuevo ejército que venía) alargaban el querer rendirse. Gonzalo Hernández, no le pareciendo de sufrir esta tardanza, allegóse con el ejército, animando á los soldados con la esperanza de la presa. Fué muy grande la fuerza y diligencia de ellos en subir en lo alto del monte y enguindar arriba el artillería, que después de haberle dado un recio asalto, dos valerosos capitanes, Ochoa y Jordán de Artiaga, subieron el uno por una soga puesta por encima de la muralla y el otro osadamente entró por una estrecha abertura del muro, siguiéndoles los alférez. Muerto el presidio de franceses tomaron toda aquella plaza del monasterio. Fué la codicia de los soldados tanta en el ganar de la presa, que rompiendo los armarios no tuvieron miramiento á la sacristía, sino que robaron hasta los cálices y las vestiduras sacras dedicadas á los altares; y si no fuera por García Luzón, el cual con singular piedad había defendido en Rubi la honra de las mujeres, metiendo mano en la espada refrenó á aquellos que entendían en hurtar, es cierto que hasta las venerables reliquias de los santos guardadas en los tabernáculos de plata se habrían llevado.

En aquel mismo tiempo el Marqués de Mantua se alojó en Roca Seca, el cual es un castillo de los de Abalos, vecino á las tierras del Papa. Envió un trompeta amenazando de muerte al presidio, si no se rendían antes de disparar el artillería plantada contra la muralla. Era capitán del presidio Villalba, hombre feroz y terrible. Mandó prender al trompeta, el cual hablaba muy libremente, y

mostrólo á los enemigos ahorcado de la muralla. Los franceses, ofendidos por esta crueldad, plantaron el artillería contra él y dando dos asaltos y valerosísimamente se defendiendo, en la noche levantaron el alojamiento, porque tenían nueva cierta que venían los enemigos, y de allí se fueron derechamente á Aquino. Gonzalo Hernández había enviado al Próspero, á don Diego de Mendoza y á Pedro Navarro que con una parte de la infantería fuesen á socorrer á Roca Seca, y había escrito á Villalba que saliendo con el presidio se juntase con ellos, y él marchaba por el mismo camino con los tudescos y el resto del ejército, por hacer jornada con los enemigos; pero por la partida que hicieron en la noche acaesció que no se pudo combatir aquel día. Después de esto cesó la guerra de ambas partes por las continuas lluvias, muy contrarias á franceses, los cuales confesaban que jamás habían sentido tan grandes y crueles fríos, y por este estorbo con dificultad se podían traer las vituallas, por estar los caminos llenos de lodos, y muy peores para sacar fuera la caballería, donde ellos tenían sus mayores fuerzas, y asimismo el artillería. Por lo cual pareció á Gonzalo Hernández, no teniendo estos impedimentos, de querer darles el asalto.

Envió á mandar á Fabricio Colona y á los capitanes Orsinos, los cuales eran ya venidos al campo, que fuesen á Aquino, por entender claramente qué movimiento hacían los enemigos. Encontróse Fabricio con los franceses, los cuales levantaban su alojamiento, y comenzó una sangrienta escaramuza con la retaguardia, adonde iba monsiur de Alegre, el cual valerosamente apretando la cosa vino á términos que Fabricio, siendo inferior al enemigo, fué necesitado á retirarse. Gonzalo Hernández, avisado del movimiento de los enemigos, marchó para adelante con sus escuadrones, á fin que creciendo la batalla, si los franceses hubiesen intentado alguna cosa, se hallase presente á ella con todo el ejército. Pero la noche, que era muy vecina, apartó al uno y al otro capitán, los cuales de cerca andaban en su sangrienta porfía. Los franceses se retiraron á Pontecorvo, y Gonzalo Hernández se alojó en Aquino, de donde había salido el enemigo, y habiendo hallado muchos franceses y suizos enfermos en un mesón que se morían de hambre y de frío, con singular

piedad les mandó proveer de lo necesario, otramente de aquello que hizo el comendador Peri Juan, francés, que poco antes, con rabia de cosario, junto á Cumas, echó un navío á fondo donde iban algunos españoles dolientes y heridos de Mola y Castellón á ser medicados á Nápoles. Gonzalo Hernández se detuvo poco en Aquino por ser tierra pobre y desierta y se volvió á Casino.

En este medio habían consumido siete días junto á Pontecorvo en determinar lo que se había de hacer, porque la fortuna no les fué favorable en sus primeros designos, así como ellos lo pensaban, y habían sido echados con vergüenza de la primera tierra de los enemigos y no habían podido pasar por el estrecho de Casino á Carinulla, ni en la campaña de la tierra de labor, estorbándoles esto los crueles tiempos y haciéndoles resistencia el capitán de los enemigos, el cual se había puesto en orden de batalla por combatir en lugares llanísimos. Había algunos caballeros franceses que, con enferma esperanza juzgando el suceso de la guerra, interpretaban con cierto agüero haber de llevar lo peor de ella, porque apenas la guerra era comenzada que luego fué muerto el Papa Alejandro, el cual sin ninguna duda les fuera muy buen amigo. Monsiur de la Tramolla (en la singular virtud y autoridad suya los soldados franceses tenían grande esperanza) había adolescido de una grande y difícil enfermedad. Los señores Orsinos, que habían ofrescido de favorecerles con la fe y con el valor, por un cierto fatal error de Trantio (del cual se arrepentía) como desechados se habían pasado á los enemigos.

El Marqués de Mantua, llamados á consejo al Marqués de Saluces y á monsiur de Alegre y á Baseio y á los otros capitanes, por modo de discurso les mostró cómo no había cosa más cómoda ni más útil á su necesidad que llegar á Traeto y hecha una puente encima el Garellano pasar por la campaña que va al agua de Sesa y á la de Mondragón, la cual antiguamente se llamó Petrino, y de ahí por la campaña de la Estrella, la cual hoy se llama Mazoni, irse á Capua; ó si por aventura se les hiciese mejor camino, según el proceder de los enemigos, vadeado el río y dejándole á mano izquierda, por la tierra de Cascano, pasando el estrecho de Mondragón, haciendo el camino derecho por la tierra de labor y por Carinulla, descender al río Vulturno. Gonzalo

Hernández, como grandísimo conocedor de las cosas de la guerra, del camino que hacían los enemigos adivinando lo que ellos habían determinado de hacer, envió á Pedro de Paz con los caballos ligeros al largo del río, el cual corriendo y guardando defendiese la ribera al encuentro de los enemigos y después él les seguía de cerca, y alojándose en un lugar al propósito mandó hacer una larga trinchea en la parte de su ribera, por donde parecía que los enemigos podían pasar el vado, á propósito para echar la puente, metiendo en ella la guardia de infantería á fin que con los arcabuces trabajasen á los enemigos cuando hiciesen la puente.

Mientras los españoles y franceses de la una parte y de la otra de la ribera atentamente miraban estas cosas y que de aquende y de allende se tiraban de arcabuzazos y con ballestas, Fabio Orsino, con grande dolor de sus parientes, fué muerto por un gascón, que llevando abierto el almete, por el un ojo le metió una gruesa saeta. En este medio Fabricio Colona, habiendo dado el asalto á Roca Evandria, la cual está puesta sobre el Garellano, con su súbita venida metió tanto espanto al presidio que en ella estaba que Federico de Monforte le dió en rehenes á su hijo y se concertó de entregarle la Roca si en término de cinco días los franceses llevando el ejército no le socorrían. Pero el Marqués de Mantua, ocupado grandemente en proveer la puente, estimó poco la pérdida de aquella fortaleza y el Monforte fué forzado á rendirse.

En aquel mismo tiempo los franceses tomaron la torre que está sobre la mar á la garganta del Garellano, con esta condición: que algunos pocos españoles que estaban dentro se fuesen, salvas las vidas y las haciendas. Este acuerdo, como infame, pareció tan mal al nombre español, que aquellos que por temor de la muerte habían salvado las vidas de la furia de los enojados soldados, así como si fueran condenados por público juicio, fueron pasados por las picas y muertos miserablemente. Gonzalo Hernández no quiso castigar este atrevimiento, aunque era fuera de modo cruel, y esto porque los que estaban en presidio se escarmentasen con este terrible ejemplo y pensasen que su salud y honra estaba en sola la fortaleza del ánimo. Porque Gonzalo Hernández, con un firme propósito, era de su natural muy amigo de la honra y no

lo estimaba en un pelo el ser estimado severo y cruel por mantener su reputación.

Ya habían pasado algunos días cuando corriendo el Garellano por en medio de los dos ejércitos, por mandamiento del Marqués de Mantua fueron llevadas á la ribera algunas barcas y con maderos ajuntados de través con ingenio y grande industria del arte se comenzó á hacer la puente sobre el río, estorbándolo en vano los españoles que estaban en la trinchea, donde con tanta diligencia el Marqués de Mantua con los otros capitanes entendieron en fenecer esta obra, que siendo hecha la puente firme y larga, los franceses de presto metidos en ordenanza los caballos y los infantes cerrados juntamente, con un ímpetu terrible la pasaron y hicieron piezas á los primeros españoles que combatían en su lugar; los otros del temor del artillería fueron rotos.

Ya habían muy esforzadamente pasado más de mil en la ribera de la otra parte, cuando se levantó un grande ruido de los soldados, que gritaban al arma y se retiraban á los más cercanos alojamientos. Fué sabidor de esto Gonzalo Hernández cómo los enemigos pasaban y que ya habían tomado la ribera, y echado de allí la guardia, marchaban para adelante; el cual como en todos los peligros era animoso y valiente, mandó tocar al arma, los capitanes con grande diligencia se metieron en orden. El Conde Pedro Navarro y don Hernando de Andrada movieron con la infantería y desplegaron las banderas. Gonzalo Hernández salió al campo armado á la ligera en un caballo de los de España, y delantero de todos los otros animó á Fabricio, el cual daba voces diciendo que no era de perder tiempo, teniendo grande deseo de combatir, que fuese á acometer á los enemigos que pasaban. Fué luego obedecido y marchó para adelante; y aunque el artillería de los enemigos jugaba sin jamás parar, de la ribera de bajo y por encima la puente volando las pelotas, y muriesen muchos, no por esto dejó de acometer animosamente. Los franceses como habían pasado desordenados y con presteza, no habiéndose aún cerrado en escuadrón, con grande fatiga podían sostener la furia de aquellos que los acometían. Pero la banda de Fabricio, así como aquella que estaba mezclada con los franceses, con menos peligro del artillería manejó las manos, y los franceses se retira-

ron y muchos de ellos fueron muertos y muchos echados en el río, habiendo concebido tanto temor, que metidos en huida por la puente, hicieron volver atrás á sus compañeros que les venían en socorro y muchos cayendo de la puente se ahogaron en el río.

En aquel grande trabajo los capitanes franceses, los cuales aparejados para pasar sucedían á los primeros, no pudieron socorrer á aquellos que habían sido rotos. Porque con igual diligencia el enemigo sacó afuera el artillería y les tiraba. Muchos capitanes de caballos y con infantes se habían ya ajuntado con Fabricio, el cual habiendo hecho una tan hazañosa empresa, que la mitad de los franceses de aquellos que habían pasado los habían hecho pedazos ó ahogados en el río, ganó á dicho de todo el ejército loor de un excelentísimo y raro esfuerzo. Fué también públicamente loado Hernando de Illescas, alférez español, el cual habiéndole llevado la mano derecha una pelota de artillería, sin temor ni turbarse, con la mano izquierda levantó la bandera y arremetió contra los enemigos; al cual después Gonzalo Hernández, y para sus hijos, le consinó en las rentas reales quinientos ducados en cada un año. Yo oí decir á don Hugo de Moncada, que se halló en esta y en otras muchas batallas, así de tierra como de mar, que jamás se había visto en tan grande y terrible peligro como en esta batalla, porque siendo por toda parte muertos los hombres y los caballos, no se tenía ningún temor de ir contra el artillería, casi á muerte sabida. Decía también que Fabricio Colona, el cual muy moderadamente solía hablar conmigo en su loor, con no menos necesario que felice osar se había tratado de capitán animoso y verdaderamente de gran corazón. Habiéndoles salido á los franceses mal su desígnio y haber con grave daño delante sus ojos recibido tanto mal, no por esto, como bien se convenía á capitanes generosos y pláticos, se quedaron en el mismo alojamiento, con pensamiento de hacer otra puente, mandando traer de la mar los bateles de las naves de carga á fin que en un mismo tiempo los caballos y los infantes, separadas la una y la otra parte, con su propia y desembarazada puente pasasen á la ribera de la otra parte, y tomando un largo rodeo hiciesen una trinchea lunada al cabo de las puentes contra los enemigos, en la cual la escuadra más valerosa, esperando el pasar

de aquellos que les seguían, con seguridad pudiesen hacer testa y salir fuera defendiéndolos el artillería, de la cual ellos tenían grande abundancia, que las riberas de abajo y de arriba y la trinchea ordenada en la ribera de la otra parte las podían fácilmente hinchar.

Pues mientras los franceses contra la voluntad de Dios tramaban estas cosas, el Marqués de Mantua comenzó á ser odiado y desacatado de franceses, porque todas las cosas se comenzaban con ruines principios, contra aquello que ellos habían pensado, y así salían duras de tratar y ásperas de suceder, y la culpa de los errores atribuíanlos á la tardanza del capitán, el cual era valeroso y fuerte. Muchas veces acaesce en la guerra que cuando las cosas tentadas no tienen felice suceso quitan fácilmente la reputación al capitán, aunque primero haya sido venturoso; de manera que los franceses, de su natura deseosos de combatir y impacientes de toda tardanza y larga fatiga, deseaban de venir á batalla, aunque fuese con desaventaja, la cual batalla, aunque sucediese infelizmente, al menos pondríase algún fin á la guerra y á tantos trabajos. Y á esta causa razonando algunos por los alojamientos, buscaban con el pensamiento y con los ojos á monsiur de la Tramolla, el cual no habiendo aún convalescido de su grande enfermedad, de la cual estaba fatigado en Roma, con la cual felice conducta si él hubiera estado presente, tenían por averiguado que ya habrían habido la victoria y fenescido la guerra y recobrado á Nápoles. Porque la Tramolla con su pronto y noble juicio habría desterrado las tinieblas de la tardanza, así como en lo de antes siempre lo había hecho, y hubiera abierto la derecha y desembarazada vía á la victoria.

Estaba entre los otros capitanes que habían venido de Francia con monsiur de la Tramolla, Sandricurto, hombre en guerra valeroso; pero como era bastardo, muy turbulento en su hablar y de ánimo insolente y bravo. Este, parlando en un ajuntamiento de soldados, dijo: «Sabed, señores franceses, que nosotros méritamente somos castigados de la fortuna, pues que habemos venido á término que no nos avergonzamos de obedecer á un italiano bujarrón, como si de nuestra nación y de nuestro orden no haya muchos mejores que no él, los cuales llenos de valor y esfuerzo nos sacarían fuera de aque-

tas dificultades y á la hora en todo lugar buscaríamos á los enemigos por haber de ellos en todo caso la cierta victoria». Estas palabras, así como aquellas que fueron oídas de muchos, luego fueron referidas al Marqués de Mantua, las cuales le llegaron hasta lo íntimo del corazón, aunque la culpa y villanía que le daban le reputase por nada. Porque hay una costumbre entre soldados, la cual no me parece de callar, y á la verdad con burla y mala crianza, en trueque, según la vulgar infamia de la nación, se provocan é injurian cuando los escuadrones vienen á escaramuzar. Los españoles llaman á los franceses borrachos y pixavines. Los franceses llaman á los españoles ladrones ahorcados. Los tudescos tienen por costumbre de llamar á los suizos, por decir la vileza de su nación, covame-li, que quiere decir ordeñadores de vacas en los establos. Los suizos á los tudescos, smocaros, la cual palabra, en tudesco, quiere decir puercos gallosos; pero los italianos eran llamados de los otros bujarrones, que quiere decir amadores de muchachos. El Marqués de Mantua, no le pareciendo de querèr usar

más el autoridad y imperio sobre franceses, la majestad del cual era ofendida y casi perdida, volvió el ánimo suyo, movido del enojo y de la injuria, á dejar el gobierno lo más presto que fuese posible, y en especial porque desde el principio había demostrado con gravísimas razones, aunque en balde, que se debía de pasar en Pulla. Pero pocos obedescian á sus mandamientos, porque se tenía por averiguado que muchos capitanes de infantería daban falsa relación del número de los soldados, y que los que tenían el cuidado de proveer las vituallas se detenían los dineros. Pues para hallarse con pérdida de su reputación en la ruina, la cual ya se demostraba, deliberó de partirse del infelice campo y volverse á su casa, habiendo primero hecho hacer escripturas, y aquellas confirmadas con fiel testimonio de muchos, las cuales contenian las causas de todo lo sucedido, para enviarlas al Rey Luis; y así, entregado el generalado al Marqués de Salucès, que por honra de la edad y por la experiencia de la guerra era el más principal, se volvió á Mantua.

MDLIII

LIBRO TERCERO

DE LA

VIDA DEL GRAN CAPITÁN

POR MICER PABLO JOVIO, OBISPO DE NOCERA (1).

Partido que fué el Marqués de Mantua, no usando los otros capitanes de franceses, enfermó del ánimo y cansados del cuerpo, diligencia ninguna, ni en el fabricar las dos puentes ni en hacer la trinchea, y haciéndose estas cosas muy perezosamente y con dificultad, por ser los días los más pequeños de todo el año, haciendo la mayor parte del invierno un viento xáloque que se resolvía en una oscura y continua lluvia, con una recia tempestad de aire cruel. El Garellano iba creciendo entre los dos ejércitos, de la una y de la otra ribera inundaba la campaña; las tiendas de tela no podían sostener la furia del agua que caía; los hombres y las bestias, en la tierra llena de lodos, padescían grandísimos daños. Pero los españoles en aquel común mal estaban en mucho peor condición, porque todo aquel llano que se extiende hacia los baños de Sesa estaba sitiado y sucio de las aguas del invierno, tanto que se creía que todo él se había de volver una laguna. De las cuales cosas movido Gonzalo Hernández deliberó, por consuelo de todos los suyos, de invernar en Sesa, aunque esto se alcanzase con mucha dificultad, porque había mandado de secreto que en la fortaleza de Mondragón se hiciesen navíos para fabricar un puente, para pasar con igual esfuerzo ó con mayor que ellos ó por espantar y entretener á los enemigos y hacer muestra de ir á la otra parte.

Había procurado en aquellos mismos días de romper la puente, ó metiéndole fuego de

abrasalla, habiéndole así como lo quiso el caso salido en vano el uno y el otro designo, porque el alquitrán echado de lejos de la parte de arriba, á fin que traído de la furia del violento río volase en la puente, parte dél se quedó por la ribera y parte detenido por los enemigos no pudo allegar á la puente. Allende de esto cargaron un navío de madera seca mezclando mucha pólvora de artillería, resina y pegunta, para ser encendido de fuego cuando le dejasen ir para abajo; fué talmente abrasado del fuego, el cual se encendió al cuanto más presto de lo que fuera necesario, que todo ardió hasta la carena, primero que allegase á la puente; por lo cual Gonzalo Hernández, con mayor seguridad y aquello que era de mayor importancia, levantó el campo salva su reputación, porque él sabía que los enemigos estaban trabajados de los mismos desabrimientos y no podían vadear el río, ni aunque le hubiesen pasado no podían marchar para adelante un paso ni estar quedos en aquellos húmedos campos.

Allegóse la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual reclamaban los soldados que habían padescido muchos trabajos, desde las tiendas á las casas vecinas, que querían, así como convenía á hombres católicos, celebrar la Navidad, no en una tienda en la campaña, sino con mucha solemnidad en una iglesia, así como creían que los enemigos lo harían, los cuales eran acostumbrados de celebrar las fiestas solennes, y en

(1) Hay un grabado en madera que representa el busto del Gran Capitán.

aquellos días alegremente, así como saturnales, recrear y darse á placeres haciendo trueque de la guerra, á recrearse los cuerpos y los ánimos. Gonzalo Hernández, habiendo concedido dos días á las cosas sacras, se volvió á los mismos pensamientos en qué modo él pudiese vadear el río y apretar á los enemigos, los cuales por las continuas lluvias, dejados los alojamientos, se habían recogido á las casas. Por lo cual los franceses, levantando Gonzalo Hernández el campo, decían que los españoles con ánimos flacos no habían podido sufrir las lluvias, y que dejando la ribera del río se habían retirado para atrás por huir de no venir á batalla con ellos, los cuales estaban á la guardia de la puente. Y á la verdad los franceses, aunque estaban en mal lugar, siempre habían valerosamente defendido la puente y con perseverancia militar habían salido siempre superiores á la batalla. Pero aquella braveza de palabras se rompía con la tempestad y asperza del invierno, y entre sí les remordía la consciencia por haberse dejado caer encima un invierno tan cruel, muriéndose miserablemente todos de frío, y veían con pensamiento poco alegre los presentes daños y los desabrimientos que los amenazaban. Tenían por averiguado que era voluntad de Dios que tantas lluvias viniesen y que ellas hubiesen de ser la ruina de ellos. Muchos soldados viejos y casi todos los capitanes se acordaban qué cielo hubiese sido aquel y cómo con grande serenidad pocos años antes había recogido al Rey Carlos cuando pasó por toda la largueza de Italia á ganar aquel mismo reino. El campo por todo él se mostraban flores, como si fuera primavera, del cual reino después ellos eran echados, mudándoseles la fortuna de todas las cosas, y sin duda ninguna Dios estaba enojado contra ellos.

Fué contento el Marqués de Saluces y los otros capitanes que sin mover los alojamientos, gran parte de la caballería, á fin que los caballos mejores, los cuales estaban enfermos é muy flacos, no se muriesen, fuese llevada en las tierras vecinas y en las villas del condado de Traeto y de Fundí, y que los suizos é los otros infantes, partiéndose entre ellos la guardia, frecuentasen los alojamientos. Pero ya muchos de ellos, faltándoles el dinero é por las continuas lluvias gastado el vestido con el cual desterraban el frío, afligidos de tantos trabajos, morían en la mal cubierta campaña.

Los proveedores de la vitualla y tesoreros no procuraban las municiones ni los dineros para la paga con aquella fe é diligencia necesaria, aunque hubiese dineros en abundancia, los cuales eran proveídos con grande prudencia é cuidado del Rey Luis é enviados al tesorero Corcón y al baillú Cadomío, los cuales en aquel cargo tenían la suprema autoridad y eran infamados de avaricia, porque los inculpaban de hacer engaño en las pagas y en encarecer malamente las vituallas. Los soldados no podían en ninguna manera tener sufrimiento que por su privada ribaldería la salud pública fuese vituperiosamente engañada.

Pues espiondo todas estas cosas Bartolomé de Albiano, y á ello persuadiéndolo Gonzalo Hernández, se resolvió en hacer una nueva puente, adivinando de haber cierta victoria de los enemigos esparcidos y torpes. Pues que Bartolomé de Albiano, práctico en la guerra y acostumbrado de acometer empresas difíciles y grandes, prometía de ser el primero á pasalla. Por lo cual, habiéndole sido cometido el cargo, mandó traer de noche las barcas y metallas en uno, y entre ellas algunos toneles de vino. Hizo una puente seis millas encima del de los franceses, y pasado con su gente acometió al improviso la infantería de los normandos, los cuales estaban alojados en la tierra de Sugio. Tras Albiano pasó Pedro Navarro; siguiéronle luego el Próspero y don Diego de Mendoza con los hombres de armas; después Gonzalo Hernández, llevando consigo el resto de los caballos y la infantería tudesca. Había mandado á don Hernando de Andrada, el cual venía en la retaguardia, que viniese de cerca. Pues siendo aquí los caballos franceses y los infantes normandos acometidos al improviso de los enemigos, rotos y desbaratados, se metieron en huída. El grito y la vocería allegó á los alojamientos de franceses; los capitanes metieron mano á las armas y recogieron su gente derramada por todo el campo, pero por esto no se ajuntó ningún escuadrón que hiciese testa contra los enemigos.

En este desorden de cosas, el Marqués de Saluces embarcó el artillería gruesa, porque no había caballos para tiralla, y los franceses, reputando á grande deshonra desamparar el artillería y huyendo todos con grande furia, se fueron á Gaeta. Poco rato después los caballos ligeros y la infantería de Pedro Na-

varro entraron en los alojamientos abandonados, y no hallando en ellos casi ningún hombre armado fueron tomados muchos prisioneros y las tiendas saqueadas. Algunos medio muertos y ateridos del frío, de la terrible crueldad de los navarros fueron hechos piezas. No se vido jamás, ni memoria de hombres se acuerdan de tan deshonorada, vituperable y mísera huída como ésta, porque los caballos y los infantes mezclados juntamente se derribaban con el correr y con el ímpetu, no conociendo ni bandera ni mandamiento de capitán, ni aun osar volver el rostro contra los enemigos que les iban en el alcance, caminando por la vía Apia á los Escauros y de allí á Castellón. No se pudo primero parar la huída hasta que Bernardo Adorno, genovés, capitán de caballos, con más de cien hombres de valor, cerrados en escuadrón, se pararon encima la puente de piedra del agua Formiana, aquí valerosamente deteniendo los enemigos y dando esfuerzo á sus compañeros, los cuales de todas aquellas tierras vecinas venían huyendo para aquella tierra.

Cresciendo, pues, el socorro, de la una y de la otra parte se comenzó una escaramuza, al principio contraria á los españoles, porque en ella mataron á Bernardino de Tordesillas, camarero de Gonzalo Hernández, muy fiel y mucho su privado. Fué también derribado y herido Gonzalo de Avalos, capitán de caballos ligeros. Pero habiendo llegado la nueva á los de detrás que los capitanes franceses se habían reparado en Mola y parada la huída de los suyos se defendían en la tierra y en la puente y que aquí habían deliberado de hacer testa, Gonzalo Hernández daba voces que todos se diesen priesa de andar contra los enemigos. Tanta furia de infantes y de caballos envió á la puente, que el Adorno, el cual un poco de tiempo había fortísimamente la puente defendido, de presto fué echado de ella y muerto de los tudescos, y cayendo él, no paró hombre, que á la hora todos volvieron las espaldas enderezando su camino para Gaeta, donde Pedro Navarro y Pedro de Paz, persiguiéndoles, tomando el camino más breve por los montes Fornianos, por atajarles los pasos, prestamente allegaron allá donde el camino hace una encrucijada que va de la vía Apia á Gaeta y se parte en dos caminos, talmente que muchos franceses quedaron prisioneros

y algunas bandas de caballos, viniendo de una villa que se llama Itri, en la vía Apia, y de las villas de Fundi, estando cerrados de fuera de la ciudad, no sabiendo de temor qué hacerse, voluntariamente se rindieron. Alojó aquella noche Gonzalo Hernández en Castellón y procuró que al amanecer del día los soldados de Pedro Navarro tomasen los burgos y el monte Orlando. Este monte está puesto sobre Gaeta y es notable por un sepulcro de mármol de Munacio Plauco, al cual Pedro Navarro tomó fácilmente, habiéndole hallado de otra manera de aquella que él pensaba, sin ninguna guardia y del todo desamparado, y en lo alto dél plantó algunas piezas de artillería subidas á brazo de soldados.

Entonces el Marqués de Saluces, viéndose rodeado de tanta calamidad, vuelto á los capitanes, les dijo: «El Omnipotente Dios y todos sus santos á la hora claramente ayudan á los hombres fuertes, cuando ellos, aunque tarde, tienen en fin algún conocimiento, porque en la adversidad no desmayen, ni menos aguarden las postreras heridas de la cruel fortuna. Yo me he resuelto dentro del ánimo mío de no tentar ni probar cosa alguna más adelante, ni llegar á ver la última suerte de la guerra. Sino de tan grande calamidad conservar á muy muchos, la cual cosa espero que la alcanzaremos si de presto queremos rendirnos. Porque sería locura y muy grande tomar tantas veces las armas condenadas del destino, para que después míseramente, sojuzgados de la necesidad, la cual rompidas nuestras fuerzas nos amenaza, seamos sacrificados de los airados enemigos por las almas de Cardona, del Manrique y de los otros capitanes, los cuales muertos del artillería fenescieron delante estas murallas. Nosotros ciertamente habemos muchas veces demostrado al Rey (combatiendo esforzadamente, aunque infelice) nuestra voluntad. Pero así como la fortuna, obstinada en presentarnos males y en arruinar todos nuestros designos, así ella no podrá quitarnos aquella que nos queda en nuestro poder, y es que libremente proveamos en lo que conviene á nuestra salud y remedio, y así es mi parecer, si á vosotros os parece provechoso, de probar el ánimo del enemigo vencedor, el cual si querrá tenerse por contento con una templada victoria, fácilmente se le otorgará, que entregándole á Gaeta, á nosotros nos deje ir de

aquí por tierra ó por mar á Francia». Habiendo el Marqués de Saluces dado fin á su razonamiento, no hubo ninguno tan feroz ni tan osado que no le diese gracias por ello como á padre, por haber propuesto el más sano consejo de todos los otros, pues había pensado cómo con el común remedio se pusiese fin á tantos trabajos y miserias. Hab'ale atemorizado grandemente el aviso de una nueva desgracia: que los navíos cargados del artillería, la braveza de la mar se los había sorbido á la entrada del río con toda la multitud de los soldados y marineros. Ahogóse entre los otros Pedro de Médicis, hijo del gran Lorenzo, que diez años antes había sido echado de Florencia, verdaderamente indigno de aquella vituperosa muerte, si él no hubiera echado en el pozo de Carregi á Pier Leoni, médico de gran doctrina y fama, el cual con infelice suceso había prometido de librar de la muerte á Lorenzo su padre.

Fué enviado afuera el lugarteniente de la banda de monsiur de Alegre, que se llamaba Santa Colomba. Este fué á buscar á Gonzalo Hernández, el cual se había alojado entre dos iglesias las cuales están en los burgos, y habiéndole dicho que los capitanes franceses estaban aparejados de entregalle á Gaeta, fácilmente alcanzó que se viniese á concierto con capítulos suaves. Y así el siguiente día vinieron al campo monsiur de Alegre por los franceses, Antonio Baseio por los suizos y Teodoro Triultio por los italianos. Estos, concluyendo el negocio en pocas palabras, se concertaron que los franceses, dando á Gaeta, dejasen en la fortaleza el artillería y la vitualla, que eran de la pública munición, y ellos como más les pluguiese, ó por tierra ó por mar, se pudiesen ir á Francia con esta condición: que los caballeros se pudiesen llevar sus caballos y los peones no llevasen otras armas sino sus espadas y las picas sin hierros, y los prisioneros fuesen dejados por ambas partes. Pero no se pudo obtener del Gran Capitán que los barones napolitanos, los cuales habían sido presos en las batallas, sintiesen el beneficio de la paz. Porque habiendo sido libertados debajo de buena fe, monsiur Daubegni, la Paliza, Forment y Tornón y los otros capitanes franceses, Andrea Mateo Aquaviva, no merescedor de aquella cruel miseria, y Honorato con Alonso San Severino, fueron puestos en una escurísima prisión, la cual se llama fosa

milliaria, en lo hondo de una torre de Castell-novo.

La mayor parte de franceses se fué por mar en el armada; los otros, caminando hacia Roma, probaron la crueldad del áspero invierno, con todos los otros trabajos de fortuna. Los hospitales, en los cuales reciben en Roma los pobres de todas las naciones, estaban llenos de la multitud de los enfermos, y muchos pobretos ateridos de frío murieron en las caballerizas de los Cardenales, aunque el Papa Julio, con singular piedad y cuidado, haciéndolos buscar, los mandaba proveer de vestir y de comer y los hacía embarcar. Los capitanes probaron casi la igual villanía de la fortuna, porque al Marqués de Saluces, andando navegando, le recresció una febrezuela lenta y tísiga, causada del dolor del mal suceso de la empresa; murió en Génova, adonde fué magníficamente sepultado. Sandricurto, teniendo la pena de un ánimo superbo, despreció talmente la vida, que habiendo enfermado de allá de los Alpes, se dice que voluntariamente se apresuró la muerte. Pero Corcón y el baillú Cadomio, perseguidos de mayor envidia, fueron de tal manera deshonorados y privados de los oficios, que faltó poco que no les fuesen quitadas las cabezas. A Baseio, habiéndole el Rey quitado la capitania de caballos, aunque la diese á Cruer su hermano, sintió tanto enojo de esto, que creciendo el humor malencónico se tornó loco, y demandando en vano que el Rey le oyese por defender su razón, no lo pudiendo haber, se murió frenético.

Gonzalo Hernández de aquel acordio adquirió loor de grande prudencia y de singular templanza; así como aquel que tenía cierta esperanza de una grande victoria, no quiso derramar la sangre de sus soldados, pareciéndole que en todo caso se había de perdonar á aquellos que se habían rendido, los cuales en testimonio de la virtud y de su clemencia celebrarían el nombre de Gonzalo Hernández por todas las provincias. Y demás de esto tuvo tanto cuidado é diligencia, que inviolados y tratados benignamente fuesen dejados ir su viaje. Y porque procuraba un soldado español quitar por fuerza una cadena de oro á un suizo, Gonzalo Hernández, habiendo entendido esto, arremetió para él y persiguió al español que huía, y de su mano le dejó herido malamente.

Después que Gonzalo Hernández hubo ganado á Gaeta, dió la guardia del castillo y de la ciudad á Luis de Herrera, su pariente, y metió en su lugar en Taranto á Pedro Nícosa. Después envió en Pulla á Bartolomé de Albiano y á Pedro de Paz para que hiciesen guerra al capitán Arce. Este, habiendo puesto fuerte presidio, tenía á Venosa, la Tela, Altamura. Diego de Arellano tenía sitiada á Melfi; y habiendo tomado algunas tierras, esperaba el suceso de las cosas del Marqués de Mantua y del de Saluces en Casino y en el Garellano, á fin que acrescentado de gente y levantados los anjinos á rebellón, se renovase en Pulla mayor guerra que la primera. Pero por el esfuerzo y valor de Bartolomé de Albiano, dentro de pocos meses el capitán Arce, habiendo recibido muchos daños, bien que negase las condiciones de Gaeta, fué traído á términos que, desconfiado del socorro, hubo de entregar la ciudad y salir del reino. Pedro de Paz, usando la misma diligencia, echó de tierra de Otranto todo aquello que había quedado en favor de los franceses. Don Iñigo de Avalos, el cual con doña Costanza, su hermana, como ya dije, había hecho apartar la armada de franceses de Iscla, plantándole el artillería, tomó la fortaleza de Salerno, aunque no pudo mucho tiempo gozar del alegría de aquella victoria, porque en espacio de pocos días, siendo salteado de una fiebre pestilencial, murió en la flor de su mocedad, dejando un solo hijo niño, que fué don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, el cual de belleza de cuerpo y de grandeza de ánimo liberal, y finalmente de valor de guerra, fué superior á todos los capitanes de su edad.

Gonzalo Hernández de Gaeta se fué á Nápoles, adonde le tenlan aparejado el merecido triunfo. Y por la grande fatiga de la guerra, como ello es de creer, adolesció de una enfermedad grave y peligrosa, la cual por la grande furia que ella traía le apretó tanto, que si no hubiera sido socorrido de las suplicas devotamente hechas por todas las iglesias, así por los sacerdotes como por las sagradas monjas, los remedios humanos fueran todos muy tarde para su salud. Pero después de recobradas las fuerzas y salido mejorado de Capuana, donde había estado doliente, se fué á Castelnovo como habitación más sana y apacible, y dispensando á ello su humanidad, apenas en siete días pudo dar cum-

plimiento á las muchas visitaciones. La nobleza y todo el pueblo lo veneraban, y cada uno según su opinión le loaban, los unos la bella presencia del cuerpo y hermosura del rostro, otros la gravedad de capitán, otros se admiraban de su excelentísima justicia con una maravillosa templanza de severidad y clemencia. Pero todos se espantaban de su liberalidad, merescedora de igualarse con la soberbia real. Porque él había dado á capitanes ciudades y villas, y entre capitanes de caballos y de infantes había repartido casas, villas, posesiones, tenencias de fortalezas y había dado comúnmente á soldados; también había consignado provisiones ordinarias, particularmente á aquellos que habían sido valerosos, teniendo grande memoria en reconocer los merecimientos, tanto juicio en el hacer las mercedes, que con justísima estimación los envidiosos atestiguaban que no había dejado un solo soldado sin habelle hecho larga merced. Entre los otros dió á don Diego de Mendoza á Melito; á Bartolomé de Albiano, la ciudad de San Marco, en Calabria; al Conde Pedro Navarro, á Oliveto, en Abruzo; á don Juan de Cardona, hermano de don Hugo, á Avellino, en el ducado de Benevento, y demás de éstos á don Hernando de Andrada, á don Alonso Carvajal, á Alvarado, á Manuel de Benavides, á Antonio de Leiva, á Andrea de Capua, Duque de Termoli. Dió muy grandes lugares á los Colonese; el Próspero y Fabricio recobraron los castillos que habían perdido en la guerra de franceses y recibieron de él muy grandes premios.

En este hombre lleno de exquisita virtud florecían el juicio y la razón que era para maravillar, especialmente no siendo enseñado en letras latinas, porque en aquel tiempo en España eran tenidas en poco de los caballeros nascidos para la guerra. Pero honraba muy mucho á aquellos que eran doctos en ellas y deseaba de ellos que con sus obras le diesen perpetua gloria. Hacía á los poetas grandes mercedes, los cuales tenían cargo de escribir sus hechos en verso heroico; fueron entre éstos el Cantalítico y el Carmelita, mantuano, hombres religiosos, los cuales con ánimo voluntario, aunque con grosera musa, publicaban algunos poemas groseros á los ingenios delicados. Persuadieron en Nápoles á Pedro Gravina, poeta de gran excelencia, á hacer algunos versos muy nobles y dignos de

tal hombre.* Porque Juan Joviniano Pontano, poco antes, mientras combatía á Gaeta, era muerto siendo ya muy viejo, y Jacobo Sanazaro había seguido al Rey Federico echado del reino. Este, amargo del dolor de la ruina de la casa de Aragón y por el enojo contra extranjeros, estaba más aparejado para escribir sátiras que para cantar versos.

Porque como el Gran Capitán era de ánimo grandísimo y delicado, fácilmente conocía cuánta gloria le podían dar los escritores tenidos por amigos y con cortesía acariciados, la cual loor por este respecto más claramente y más cierta se la adquiría. Porque ninguno, aunque fuese maligno y austero censor, no le podía tachar en su vida cosa alguna que fuese grosera ni cruel, porque jamás dió ninguna deshonra á la honra de las matronas de Nápoles, aunque con grande familiaridad y alegría tuviese entretenimientos con las señoras generosas. Porque solía decir que era locura muy grande de un príncipe que por un pequeño y fugitivo placer procurase un continuo y gravísimo enojo, que á un hombre que no fuese casto, el mismo principado sin injuria de algunos no le podía dar vanos contentamientos en aquel deleite. Pero en el Gran Capitán, allende el admirable concepto de las otras virtudes, relucía en una esplendor de verdadera piedad, porque en todos los negocios, ansí de guerra como de paz, su mayor cuidado era anteponer la honra de la religión á todos los otros cómodos, y defender la jurisdicción de la Iglesia, castigar malhechores y finalmente hacer todas sus obras tales que los soldados, persuadidos con su ejemplo, pensasen la utilidad de la hacienda y las victorias haberles venido de la disciplina cristiana. Por lo cual nadie no se debe de maravillar si manejando las armas con esta costumbre nuestro Señor Dios y todos los santos tuvieron cuidado á levantalle y á hacelle grande, y ciertamente de esto fué muy evidente milagro que habiéndose hallado en tan grandes batallas y encuentros, nunca nadie le hirió ni le prendió. Pero porque él no tuviese la entera felicidad en todas las cosas, no pudo huir el inevitable mal de la malvada envidia, aunque con increíble grandeza y constancia de ánimo la venciese.

Fenescida que fué la guerra y hecha lá paz llena de alegría y abundancia, volviendo muchos en España, como diremos después, co-

menzaron á mancillar su fama y para con el Rey cargalle de mucho enojo y culpa. Aunque el Rey libremente aprobase todo aquello que Gonzalo Hernández había dado á los soldados, habiéndole enviado de España los privilegios según la forma de los feudos, así como Gonzalo Hernández los había enviado á demandar, á fin que con presto testimonio se confirmase la opinión del Rey ser tan agradecido, aunque en lo secreto se podía creer que tenía algún sentimiento, el cual ocultamente le punzaba en el ánimo, porque de su condición no era muy inclinado á hacer mercedes y se mostraba serle quitada casi toda la loor de la benignidad, ó á lo menos menguada del juicio y decreto ajeno; y por estas causas parecía estar el Rey algo desabrido y que sólo Gonzalo Hernández fuese el agradecido de todos, el cual era pródigo de la hacienda del Rey y había determinado con solamente prevenir á su Rey dar toda cosa conforme á su voluntad á aquellos que nunca el Rey los vido ni conoció, por lo cual se dice que el Rey respondió á ciertos caballeros que le tralan suplicaciones para que les hiciese mercedes: «Yo no sé ni veo por qué me tenga de alegrar de haber ganado un reino tan grande, pues no puedo gastar más de lo que solía; que aquel que ha ganado el reino en mi nombre no me parece que lo ha ganado para mí, sino para sí y para quien se le antoja; pues las cosas con virtud singular adquiridas, se van á mal por una inconsiderada liberalidad».

Cuasi en aquellos mismos días que los franceses fueron echados del reino de Nápoles, César Borja, llamado por sobrenombre el Duque Valentino, hijo del Papa Alejandro, vino á Nápoles debajo de la fe de Gonzalo Hernández, y poco después fué puesto en prisión, para ser llevado con las galeras en España, así como poco antes había acaescido á don Hernando de Aragón, hijo de Federico. Pero porque á algunos parece que la honra de Gonzalo Hernández, la cual en alguna parte podría ser culpada por la fe rompida, hame parecido ser necesario contar algunas cosas brevemente de los hechos y consejos del Duque Valentino, así como yo los entendí de aquellos que se hallaron presentes á ellos, aunque estas cosas más entendidamente se platicarán en nuestra historia. Fué el Duque César Borja hijo de una señora de los de Vañoti, romana, en lo demás mujer honrada, la

cual yo conocí. Después de ya crecido, por diligencia de su padre, Cardenal poderoso y rico, fué enviado al estudio á Pisa, adonde entonces florecían los estudios de las buenas letras. Aquí aprovechó mucho, tanto que con ingenio ardiente, propuestas algunas cuestiones en derecho civil y canónico, las disputó doctamente. El padre alegrándose grandemente de la esperanza que tenía de este mozo, después que con el favor de la fortuna fué creado Papa, hizo Cardenal á César Borja, porque quería á don Francisco de Borja, su hijo el mayor, para Duque de Gandía y para levantar la familia y gozar de las riquezas y el estado. Pero César, pareciéndole la dignidad del capello inferior á la grandeza de su ánimo y esperanza, una noche hizo ahogar á su hermano el Duque de Gandía, con el cual había cenado con grande regocijo y echado en el Tíber á la Aguja del campo Marcio, donde buscándole dos días los pescadores lo sacaron. Por lo cual no muchos días después, César renunció al capello, é puéstose el vestido de soldado, fué hecho Príncipe y capitán de la gente, quedando el padre grandemente atribulado por la crueldad y grande traición. Pero pues el Duque de Gandía no podía resucitar, con grande amor le perdonó todas sus culpas. Poco tiempo después, conspirando el Papa con el Rey Luis de Francia á la ruina de toda Italia, con el autoridad del Rey Luis hubo por mujer á Carlota de La Brit, parienta del Rey don Juan de Navarra. Tras este acordio comenzó César Borja á descubrir sus designos, é con ánimo desordenado é cruel aspiraba á la señoría de una gran parte de Italia, con tan terrible codicia, que en sus banderas puso este título: *Avt Cæsar, avt nichil*, como que no deseaba cosas medianas, sino inmoderadas y grandes, donde ante todas cosas determinó de acabar á los señores Orsinos é Colonese.

Después que en balde hubo entre ellos mantenido un poco de tiempo la guerra, á fin que la una parte y la otra con las armas se arruinasen; ellos, después de estas guerras civiles, entendidos los engaños del Borja, hicieron paces é ajuntáronse en una voluntad. Los Colonese, no hallando mejor camino para su seguridad, dejaron al Borja sus tierras. Los Orsinos, mantenidos con el sueldo y estando con sospecha de la fe del tirano, fueron casi todos cruélsimamente muertos. El Cardenal Baptista Orsino, en el castillo de Sant Angelo

previno la muerte á sus parientes, habiendo sido de la misma muerte muertos Vitellocci, de la citá de Castello, y Oliveroto da Fermo, en Senagalía, y en el condado de Perosa á Pablo Orsino, hijo del Cardenal Latino, y Francisco Orsino, Duque de Gravina, y á los señores de casa gaetana, los cuales poseían la tierra de Sermoneta, en campaña de Roma, junto á Piperno. Jacobo Nicolao y Bernardino, muertos por diversas vías, dejaron las fortalezas y los estados al Borja. Los señores de Camerino de antigua nobleza, Julio César, Venantio, Aníbal y Pirro, fueron despojados del principado y fueron ahogados. Astor Manfredo, señor de Faenza, rendido sobre la fe, fué cruelmente muerto y echado en el Tíber. Catalina Sforza, señora de Forli y de Imola, combatida con el artillería, fué presa y llevada á Roma como en triunfo Pandolfo Malatesta, Juan Sforza y Guido Ubaldo de Montefeltro quisieron más presto, huyendo, dejalle sus ciudades á Arimiño, Pesaro, Urbino, que ser muertos. Jacobo Apiano dejó ansimismo al insolente tirano la tierra de Pomblin, en Toscana. Y mientras que con este sangriento suceso ocupaba los estados ajenos, hizo matar á un mozo de la casa de Aragón, Príncipe de Beseli, hijo del Rey don Alonso, y, lo que más me afrento de decir, que era marido de Lucrecia su hermana. Hiriéronle andando paseando por la lonja de San Pedro, y porque se tenía alguna esperanza de poder sanar de las heridas, lo hizo matar en su cámara y en la cama de su misma hermana. Había intoxicado al mozo Cardenal Borja, porque favorecía al Duque de Gandía. Mató cruelmente, volviendo una noche de cenar, á don Juan de Cerbellón, hombre noble en la guerra y en la paz, porque severamente guardaba la honra de una señora de la casa de Borja. Mandó cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, nobilísimo ciudadano romano, el cual era el mayor amigo y el más familiar que él tenía, no por otra ocasión sino porque era poderoso para ajuntar de presto un escuadron de hombres del bando orsino y persuadilles para emprender cualquier empresa.

Pero en tan terrible sed y codicia de acrecentar el estado, así como lo habemos dicho, bebió el veneno juntamente con su padre, y habiendo vuelto de Nepi á Roma y las cosas del conclave habían salido de otra manera de aquella que él pensaba, fué metido en pri-

sión por mandado del Papa Julio, porque le demandaba las fortalezas de Roma, y esto porque los venecianos, movidos de no menos ciego que dañoso deseo, marchando de Rávena su gente para adelante, habían ocupado á Ariminio y á Faenza. César Borja entretenía al Papa con palabras y cada día procuraba echar á lo largo el acordio con la esperanza de poderse ir á Romania, porque tenía por cierto que aquí no le faltaría ayuda y favor, en especial con tener cabe sí en mucha honra los dos principales caudillos de los bandos, que el uno era Juan Sasatello y el otro Guilo Vaino, teniéndolos obligados con liberales pagas y grandes mercedes, y con esta confianza escribía á los castellanos de las fortalezas vanas y fingidas cartas. Por lo cual acaesció que habiendo sido enviado por el Papa á Cesena Petro Ovedio con cartas, fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa grandemente por aquel insulto, amenazó al Duque Valentino, si á la hora los castellanos españoles no le entregaban las fortalezas. Espantados de esta cólera los Cardenales Borja y Remolins, parientes y hechura de casa de Borja, se fueron huyendo á Nápoles. Pero después entre la una parte y la otra fué concertado en esta manera: que si César Borja fuese dejado libre, prometiese de enviar á los castellanos de las fortalezas las secretas señales para que rindiesen los castillos, y entró por seguridad y fianza de esto el Cardenal Bernardino de Carvajal con esta condición: que en aquel medio el Duque Valentino le fuese dado en guardia en el castillo de Ostia, hasta en tanto que él cumpliese con lo prometido. En este medio los dos Cardenales que estaban en Nápoles, deseándolo el Valentino, obtuvieron de Gonzalo Hernández que César Borja sobre su fe pudiese venir á Nápoles y pudiese irse libremente dél cuando se le antojase. Gonzalo Hernández concedió esto muy fácilmente á aquellos dos Cardenales y le envió á Ostia una patente firmada de su mano y sellada con su propio sello. Habiendo poco después Diego de Quiñones y Gonzalo de Mirafuentes visto las contraseñas, entregaron los castillos de Cesena y de Forlì al presidio del Papa.

César Borja luego á la hora que le libró el Cardenal Carvajal, puesto en una fragata se fué á Nápoles, muy alegre, porque fuera de

toda esperanza le parecia haberse librado de las manos de su antiguo enemigo.

Luego que fué allegado á Nápoles, juntamente con los Cardenales y con los capitanes españoles, sus viejos amigos, comenzó á aconsejarse para intentar algunas novedades, que no había perdido ninguna parte del ánimo con la mudanza de la fortuna, sino, fundado en la antigua esperanza, buscaba en toda parte capitanes y soldados sus antiguos amigos y proveía de navíos para que le llevasen á Pisa. Porque se decía entre la gente del pueblo que quería ir á dar socorro á los Pisanos, los cuales había nueve años que defendían su libertad constantísimamente contra florentines; pero su secreto designo era de pasar por la ribera de Pisa y por el condado de Luca y por la Carsanaña el Apenino y por los confines de Módena camino derecho arribar á las ciudades de Romania, acrescentado de gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, el cual era casado con Lucrecia su hermana, donde esperaba que sus aficionados y amigos le favoreciesen y en toda parte sería con grande placer recibido. Lo cual habiéndolo entendido el Papa, no le pareció de poner más tardanza en medio y escribió severamente al Gran Capitán avisándole que no dejase ir de Nápoles á este hombre osado y de condición cruel, nascido para grandísimo mal de Italia, el cual procuraba una brava tiranía á los pueblos de su estado. Pues habiendo el Papa muchas veces gravísimamente tratado este negocio con los embajadores del Rey, que estaban en Roma, y por los suyos que seguían en España la Corte del Rey don Hernando, vinieron cartas del Rey de España al Gran Capitán mandándole que detuviese al Duque Valentino, porque se decía que con grave daño y sospecha de todos los Príncipes tentaba nuevas cosas y designaba nueva guerra contra el Papa. Y así el Duque Valentino, estando ocupado en aparejar el armada y en hacer soldados, iba muchas veces (así como era ello necesario) al Castelnovo por hablar con el Gran Capitán, y queriendo salir fué humanamente detenido por Nuño do Campo y puesto en prisión. No hubo ninguno de los suyos (que mientras él dió un grande suspiro, maldiciendo á la fortuna y lamentándose que debajo de la fe le había sido hecha traición) le pudiese dar socorro.

Pocos días después por mandado del Rey

fué llevado en España por Lezcano, donde un poco de tiempo estuvo en Chinchilla y después fué llevado á Medina del Campo y estuvo preso cerca de dos años en la fortaleza que se llama la Mota, y tuvo tal suerte que, engañando á los guardias, se descolgó por una soga y proveyéndole de caballos don Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente, se fué huyendo al Rey don Juan de Navarra, que por entonces tenia guerra con el Conde de Lerín, que se le había rebelado. En este movimiento de armas, sirviendo valerosamente á su Rey, murió vencedor en una batalla que se hizo junto á Viana, el cual no siendo conocido le quitaron las armas y le dejaron desnudo; y un escudero suyo tomó el cuerpo y atravesándole encima un caballo le llevó á Pamplona, permitiéndolo sin duda el fatal destino de aquella ciudad de la cual él había sido obispo, porque no he hallado jamás alguno que renunciase los sacramentos que en su vida haya hecho buena fin. Pues ¿quién no tendrá por disculpado á Gonzalo Hernández, el cual fué constreñido á hacer esto por el mandamiento de su Rey y señor y por complacer al Papa que le pedía cosas honestas, y fuera desacato y mal caso no obedecerle y pecado grave y cruel ser enemigo de Su Santidad, especialmente en cosa que tocaba á los homenajes que él tenía dados, y finalmente parece que contenía en sí la humana razón y la divina, y también por honesta causa y razón evidéntisima parece que él debía de faltar á la fe que dió, por no dejar meter de sota á sobra la Italia, la cual, echadas á una parte las guerras, estaba para gozar de una sosegada paz y no ser revuelta de la cruel osadía de un tirano, y por hacer placer y buena obra á los Orsinos y Coloneses, que le habían muy bien servido, los cuales de aquel pestilencial hombre habían recibido grandes injurias de crueldad y de avaricia. Pero yo no quiero callar, por defender la honra del Gran Capitán, lo que yo entendí de dos clarísimos capitanes, que fueron don Diego de Mendoza y Antonio de Leiva, que habiendo sido convidado en Boloña á cenar con ellos, en aquel tiempo que el Emperador Carlos fué coronado del Papa Clemente, y platicando entre nosotros de la virtud y esfuerzo del Gran Capitán, el cual había sido general y maestro de la disciplina militar, de ambos á dos afirmaban que había sido en la guerra y en la paz un rarísimo hombre; pero

que el ejemplo de los grandísimos capitanes le había alcanzado, pues en el extremo punto de la vida, casi medio desterrado moría poco felice. Aunque el Gran Capitán muchas veces decía que, no ofendido de la penitencia de algún delito, alegremente se partiría de esta vida si no hubiera dado su fe descuidadamente á don Fernando de Aragón, Duque de Calabria, hijo del Rey Federico de Nápoles, y á César Borja, Duque Valentino, para que ella después fuese rompida con infamia de su nombre. Ajuntaba el Gran Capitán á estas dos cosas la tercera, de la cual como mayor y más grave más se arrepentía, no la queriendo publicar. Don Diego y el señor Antonio con cierta conjetura la interpretaban pensando que fuese que con los prometimientos que el Rey le había hecho se había venido de Nápoles en España, en el cual muchos, deseosos de cosas nuevas, procuraban de detenello con esperanza de nuevo señorío y de hacer cosas en la guerra grandísimas.

En aquel tiempo que el Duque Valentino fué llevado prisionero en España, la Reina doña Isabel estaba doliente con poca esperanza de salud por una fistula que se le había hecho en las partes vergonzosas, la cual le comía poco á poco la vida, de suerte que no pudo alegrarse de una tan grande victoria; pero aunque estuviese muy al cabo de la vida, no por eso dejó de recibir muy humanísimamente al Próspero Colona, el cual con algunos navíos armados de guerra, aconsejado por el Gran Capitán, iba con conserva del armada de Lezcano á fin que el Duque Valentino, así como podía acaescer en una larga navegación, no fuese tomado de franceses ó cosarios, y con gravedad romana nunca pudo sufrir de hablalle ni velle, porque no pareciese que mostraba alegrarse de la miseria y trabajo de un cruelísimo enemigo. La Reina murió pocos días después con increíble dolor y llanto de Gonzalo Hernández, el cual confesaba que de Su Alteza, como crecido y criado en su Corte, había recibido toda la grandeza de virtud y dignidad que desear se pueden, no habiendo antes el Rey (aunque desamorado y poco liberal) tenido osadía descomplacer á la voluntad de la Reina, y esto mostróse después muy claro, que muerta que fué la Reina, luego comenzó á dar oído á la murmuración que contra Gonzalo Hernández se hacía; que no faltaron murmuradores que de graves y grandes culpas le

inculparon para con el Rey, el cual con muy grande esplendor de gloria ofendía á los ojos de los envidiosos. Porque muchos decían haber sido el reino de Nápoles ganado de la singular virtud y esfuerzo suyo; decían allende de esto que con muy larga y astuta liberalidad habia sido partido y menguado por él. Porque dejada aparte la benignidad del Rey, si Su Alteza no hubiera firmado los privilegios, el Rey se habría adquirido infamia de desagradecido y poco liberal, y Gonzalo Hernández no por esto de los suyos, á quien habia designado de hacer mercedes, no como de sí, sino menospreciados del Rey, se habría adquirido benevolencia y amor con odio y aborrecimiento del Rey. Otros decían que estaba soberbio por la victoria y rico por las grandes rentas del reino, y que habia escogido para sí y para sus amigos y favoritos las más illustres y ricas tierras del reino, y que al Rey no habia dejado otro de bueno ni de entero sino la honra de traer la corona y el vano nombre del nuevo título. Otros caminaban por otros senderos para quitalle del todo la reputación. De los españoles, don Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia; Valencia Benavides y Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey; pero con mayor maldad é más cruelmente, Nuño do Campo, el cual por esta acusación ganó renombre de ingratisimo. Dicen también que el Próspero Colona, demandándole el Rey del ingenio é disciplina, de las costumbres públicas é privadas de los Reyes de Nápoles, así como aquel que después del primer Alfonso habia militado con todos ellos, le dijo palabras de Gonzalo Hernández tan agudas y graves, que metiendo sospechas no nada vanas penetraron muy adentro en el ánimo del Rey; porque confesaba muy á la clara que Gonzalo Hernández hacia ventaja á todos en autoridad y prudencia, en esplendor de vida y en afición para con los soldados y del amor del pueblo; de manera que á él, que toda cosa regia á su voluntad y con pompa real lo mandaba, no le faltaba otra cosa sino solamente el título, al cual si hubiera querido aspirar se podría creer que no le habria faltado algunos, que le eran obligados por las mercedes recibidas de su mano, que le habrían puesto la corona en la cabeza.

Estas cosas tocaban á la majestad y en parte hacían advertir al Rey que proveyesese con tiempo lo necesario, no complaciéndole

ni concediéndole toda cosa, porque de capitán y gobernador no lo hiciese compañero del reino. Pero Nuño do Campo, ayudándole en esto Juan Baptista Spinelo, napolitano, persiguió grandemente á Gonzalo Hernández, así como aquel que sagacísimamente buscaba las cuentas de lo gastado y de todo lo recibido, y mostró cómo no habia dejado ninguna cosa al fisco, á fin que dando desordenadamente viniese á ganar nombre de liberalísimo; con la cual demostración se cubriese la facultad privada y especialmente aquellas riquezas de tantos despojos y de tantas dádivas, así de oro batido como de plata labrada y de muy muchas joyas de grande valor, piezas de brocado y sedas, allegadas con diligencia y astutamente guardadas, porque no fuesen vistas de algunos curiosos y envidiosos y no se acrecentase el odio, ya razonablemente crecido.

Pues estas cosas recitadas con singular malicia, aunque por la mayor parte tenidas por mentira, turbaban grandemente el ánimo del Rey, y esto tanto y con más dolor le punzaba el corazon porque como no era muy dineroso, ni sumptuoso en su vivir y servicio, encendíase en un deseo de tanto oro é riqueza, pero con la grande equidad y prudencia que florecían en él, no se mostró apresurado ni ingrato fuera de propósito, que aquel desco fácilmente no le amatase.

Era el Rey de parescer que muchas y grandes cosas se habían de conceder á la singular virtud y condición liberalísima de Gonzalo Hernández, el cual habia felicemente acabado tantas hazañas y con grande loor ganado aquel reino y haberle defendido con mayor y finalmente adquirido tanta reputación de guerra al nombre de España. Todas estas cosas le pasaban por lo profundo del corazón, y con tanta disimulación las encubria, que á Gonzalo Hernández nunca dió señal ninguna de ser ofendido dél, sino en secreto á los reportadores les daba gracias por sus avisos, y en público platicaba muy honradamente en las obras de Gonzalo Hernández. Siendo el Próspero vuelto á Nápoles, con muy buenos caballos que don Pedro de Córdoba, Marqués de Pliego (de su condición liberalísimo y también en memoria de su tío) le habia dado, no halló en Gonzalo Hernández el amistad de antes. Nuño do Campo, habiendo de España vuelto en Italia (según se dice) fué entoxicado por un cierto soldado al cual le habia hecho

una grande injuria, y verdaderamente con merecida pena, si queremos mirar la fuerza del juicio de Dios, pues que él con un otro delito vituperosísimo y de ánimo ingrato había sembrado el veneno contra un hombre valeroso, capitán suyo y autor de toda su reputación.

En este medio, mientras Gonzalo Hernández gobernaba á Nápoles con el mismo favor y acrecentada la reputación, el Rey don Hernando hizo paz y concluyó el concierto con el Rey Luis de Francia, y á la verdad por muchas causas, las cuales no son necesarias contarlas en este lugar, siendo diligentemente escritas en nuestra historia. Fué también ayuntado el parentado á fin que la concordia, la cual con dificultad se podía esperar después de tantos enojos, con más fuerte atadura se viniese á confirmar, que el Rey don Hernando, aunque viejo, tomase por mujer á Germana, hija de la hermana del Rey Luis. Era esta princesa nascida de nobilísima sangre paterna, en Gascuña, de la antiquísima casa de Fox. De esta Reina Germana era hermano don Gastón de Fox, el cual representando la virtud del tío, habiendo hecho grandísimas cosas en breve tiempo, murió vencedor en la memorable batalla de Rávena. En el concluirse esta paz renunció el Rey Luis el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que á los barones que habían seguido la parte de Francia les fuesen restituídos sus estados, los cuales poseían antes de la guerra. Entré los otros fueron los Príncipes de Salerno y Visiñano, Trajano Caraciolo y Honorato Gaetano, y entre éstos, otros muchos recobraron la libertad, los patrimonios y las honras.

Pero después que fueron celebrados los desposorios reales no faltaron algunos de los mayores Grandes de Castilla que llamaron á Filipo, hijo del Emperador Maximiliano, el cual era señor en Flandes, que viniese en España á tomar el reino, pensando que con más libertad y licencia gozarían su grandeza debajo de un floreciente Rey mozo que debajo de un austero y (como ellos decían) poco liberal viejo catalán. Que los ulteriores españoles, el cual reino es grandísimo, aborrecen y desprecian al Rey de Aragón como pobre de riquezas, el cual casi como en gracia reina en las ciudades libres. Filipo, no deteniéndose mucho tiempo, vino á desembarcar en Galicia al puerto de la Coruña. El Rey don Her-

nando, por recibir al yerno, se fué para allá, donde se hallaron casi todos los señores de Castilla. De éstos recibió Filipo muy grandes servicios y mucho mayores de los que él esperaba, tanto que le vino un deseo muy grande de gobernar el reino, no pareciéndole de todo injusto ni deshonesto si él excluía al Rey su suegro é tomaba aquellos reinos que voluntariamente le eran dados de toda la nobleza y con razón hereditaria de la madre le pertenecían, corrompiendo el ánimo de Filipo más que todos los otros don Juan Manuel, el cual había estado muchos años embajador en Flandes. La cosa se redujo á término que el Filipo no venía con su voluntad á la presencia del suegro, y ambos á dos á caballo se vieron poco rato; el Rey en español é Filipo en francés, con harto pocas palabras, y aquéllas no muy bien entendidas, el uno y el otro se saludaron, partiendo de presto don Juan Manuel el razonamiento, á fin que el Rey mozo y poco plático de las cosas del mundo no fuese prendado de los artificios del astutísimo viejo, é dentro poco rato (la cual cosa es apenas de creer), casi todos los Grandes desampararon al Rey don Hernando, que inclinados cada uno é puestos en sus esperanzas, decían que se había de servir á lo provechoso, y que más presto se había de adorar el sol cuando nacía que cuando se ponía. Sólo entre todos don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, constantísimamente perseveró en la su antigua fe, que por ningunos prometimientos se pudo jamás mover ni atraelle á que con gran fe y singular virtud le quitasen del servicio de su Rey y señor. Pero el Rey, como á la verdad convenía á hombre de gran prudencia, pareciéndole que la furia de aquella oscura tempestad se debía de huir con el artificio de la disimulación, con grave y oportuno consejo determinó de irse de España é pasar á Nápoles, y esto por no ver ni oír los hechos ni las palabras de Filipo, alterado contra él, las cuales luego que hubiesen ofendido el nombre de la majestad y las disimulase, se le volverían en vituperio. Pues tantos Grandes siguiendo al nuevo Rey, ó por enojo ó por liviandad se le habían rebelado, pues que habiendo dejado á don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, hombre de singular gravedad y prudencia, el cual poco antes había demostrado señales de entera fe, para el gobierno del reino, y llevando consigo á la

Reina, con veinte galeras partió de Barcelona.

Fué en su compañía don Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y los ilustres y caballeros de los reinos de Aragón, pasando en pocos días las riberas de Francia y Génova. Llegado que fué á Portofin supo la nueva cierta de la muerte de Filipo su yerno, la cual al parecer en lo intrínseco del corazón se había de alegrar, pero no dió muestras el Rey gravísimo de cosa alguna indigna de aquel parentesco, el cual miraba al dolor de la hija y de tantos nietos quedando huérfanos del padre; y quitados los aderezos reales, pero no cubierta de luto la galera capitana, en el principio del invierno allegó á Nápoles.

Habíase visto pocos días antes cerca los trece de Septiembre una cometa amarilla en aquella parte del cielo que mira hacia el viento maestro, tal que se decía que amenazaba á Flandes, porque no habiendo Filipo cumplidos aún los veinticinco años de su edad, banqueteando al uso de Flandes y dándose á grandes ejercicios y debajo de un aire diverso, adoleció de una cruel enfermedad, que le quitó la vida, habiendo dejado, allende los otros hijos, un hijo casi de siete años, llamado Carlós, al cual hoy honramos por Emperador, por virtud de ánimo y por la felicidad de sus hechos dignísimo del renombre de Augusto.

Gonzalo Hernández, después que supo la nueva que el Rey había pasado el promontorio de Miseno, metióse en un bergantín y fuéle á recibir, y saltó en la galera real con tanta alegría de rostro, que bien demostró que nunca había dudado de la buena voluntad del Rey para consigo. Porque algunos envidiosos poco antes habían dicho que Gonzalo Hernández nunca se arriscaría tanto que metiéndose en la galera real se confiase de la incierta fe del Rey, como quiera que sabía bien disimular y había bien aprendido á tener cubiertos los secretos de su ánimo y también á descubrirlos cuando se ofrescía la ocasión. Decían también que en ninguna parte corría tanto peligro como en la galera, porque en tierra estaba siempre rodeado de gente de guerra, que no tenía de qué temer cosa ninguna en que se le pudiese hacer fuerza. Al Rey le fué hecha en el muelle una puente y con solemne ceremonia fué recibido de los napolitanos, y con singular modestia desechó muchas cosas que le estaban aparejadas, como convenía á

la venida de un nuevo Rey. Y vestido de negro celebró las obsequias del yerno, por salir después fuera en hábito real á los embajadores de los Príncipes y á los barones del reino.

Gonzalo Hernández fué siempre visto cerca del Rey en honrado y merecido lugar, y si algún soldado ó ciudadano, aunque fuese de baja condición, deseaba ser presentado y conocido del Rey, Gonzalo Hernández era el medio y singular demostrador de su fe y servicio, el cual nunca á nadie faltó de su favor, porque ninguna cosa sentía tanto contentamiento cuanto en hacer placer y buena obra para ganar las voluntades de muchos; y muchas veces sin ser rogado voluntariamente llamaba por sus propios nombres á algunos que veía estar de vergüenza detenidos, ó esperando alguna cosa difícil, los trala á besar las manos del Rey y encomendalle sus negocios, talmente que de la merced recibida quedaba la obligación en sólo Gonzalo Hernández, con el medio del cual prestísimamente se quitaba toda la tardanza del ánimo del Rey, el cual no era nada amigo de hacer mercedes. Porque el Rey procuraba de adquirirse fama con la equidad y justicia y Gonzalo Hernández aspiraba á la gloria adquirida con singular virtud, la cual largo tiempo no podría durar, ni pasar á sus descendientes, si ella no iba fundada con hondas raíces de ánimo grato y liberal. Por lo cual el Rey entre sí mismo considerando que habiéndole cabido un tan gran reino, ganado y defendido por esfuerzo y valor de Gonzalo Hernández, tenía sufrimiento que todo lo que le pidiese se le debía de conceder, aunque las rentas del reino por la nueva guerra y por las muchas exenciones y mercedes estaban menoscabadas y de hecho se venían del todo á perder; pero el Rey no quería que le tuviesen por ingrato, porque aquellas cosas que Gonzalo Hernández había hecho ó pensado en el aspirar al reino, guardábalas en su secreto; mas sus merecimientos por tantas victorias á todo el mundo eran manifiestos y en la fama de los hombres se mostraban.

Había Gonzalo Hernández en aquellos días burlado de la diligencia y curiosidad de los tesoreros envidiosos, á él enojosos y pesados y al Rey poco honrosos, que siendo llamado como á juicio para que diese cuenta de lo gastado en la guerra y del recibo de las rentas del reino, lo cual estaba asentado en

la tesorería, y mostrando ser muy mayor la entrada que no era lo gastado, respondió severamente que él traería otra escritura muy más auténtica que ninguna de aquéllas, por la cual mostraría claramente que había mucho más gastado que recibido, y que quería que se le pagase todo el alcance de aquella cuenta, como deuda que le debía la Cámara real. El día siguiente presentó un librito con un título muy arrogante, con que puso silencio á los tesoreros y vergüenza al Rey y á todos mucha risa. En el primero capítulo asentó que había gastado en frailes y en sacerdotes y religiosos, en pobres y en monjas, los cuales continuamente estaban en oración rogando á nuestro señor Dios y á todos los santos y santas que le diesen victoria, doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados secretamente dados á los espías, por diligencia de los cuales había entendido los designos de los enemigos é ganado muchas victorias, é finalmente la libre posesión de un tan gran reino.

Entendida del Rey la argutia, mandó poner silencio al infame negocio. Porque ¿quién sería aquél, si no fuese algún ingrato ó verdaderamente de baja é vil condición, que buscase los deudores y quisiese saber el número de los dineros dados secretamente de un tan excelente capitán? El Rey determinó de perdonar á Gonzalo Hernández todas las cosas pasadas y confirmar todo lo que había dado y repartido y de olvidar toda la sospecha que había tenido en lo del aspirar al reino, lo cual le era opuesto de los que le acusaban, por poder amorosamente persuadirle (pero con malicia), ofreciéndole grandes cosas, á que viniese consigo en España, y dejando un nuevo Gobernador gozar enteramente de todo el fruto y posesión del nuevo reino; pues que libre de la concurrencia de Filipo su yerno, con el cual había estado algo diferente, pensaba muy presto volverse á los reinos de España. Habiendo acomodado los negocios y restituídas sus tierras á los anjoínos, las cuales habían perdido por la guerra pasada, y por el beneficio de la paz, siendo libres de la prisión y recibidos á todos en su merced y servicio y hecho Virrey al Conde de Ribagorza, después de haber estado en Nápoles cinco meses, subió juntamente

con la Reina en el armada, llevando consigo á Gonzalo Hernández, traído de aquella esperanza que cuando fuese en España le haría Maestre de Santiago.

Es esta dignidad (después de la del Rey) la más principal de cuantas hay en ella, ajuntada con grande potencia, porque la caballería de las dos Españas, honrada con la honra de este hábito y enriquecidas de grandes y perpetuas rentas, obedecen al Maestre. Traen por hábito en la guerra y en la paz una cruz colorada delante los pechos hecha á modo de una espada. Este hábito es reverenciado religiosamente y tenido en grande manera y no se alcanza del Maestre ó del Rey sino por honrado merecimiento, y de las rentas de sus encomiendas pagan el sueldo á los soldados que por la religión cristiana pelean contra los moros. Pero de pocos años á esta parte don Hernando y doña Isabel, Reyes de España, complaciéndoles el Papa, quitaron el nombre y el autoridad al maestrazgo. Porque solían los Maestres de esta Orden, con su grande grandeza, igualarse con los Reyes, y á esta causa parecían temerosos, como pocos años antes lo había parecido don Alvaro de Luna, el cual por la mucha grandeza y soberbia suya mereció que le fuese cortada la cabeza. Y vacando el maestrazgo por no ser ninguno promovido en él, toda la renta, juntamente con la libre facultad de hacer caballeros y dar encomiendas, vino en el arbitrio del Rey. Por la misma manera los maestrazgos de Calatrava y Alcántara. Era esta dignidad siempre proveída al hombre más principal que había en Castilla, y así Gonzalo Hernández la prefirió á muchas ciudades é villas que tenía en el reino de Nápoles; que el Rey Fernando de Nápoles el mozo le dió á Terranova en Calabria, y el Rey Federico la ciudad de Bestia, al Monte Gargano, hoy llamada Sant Angelo, y últimamente el Rey don Hernando de España á Sesa y Arunca, nobilísimas ciudades de tierra de labor, ajuntando á estas mercedes catorce tierras ricas, allende otros pequeños castillos y lugares.

Gonzalo Hernández, como acutísimo y grave, no se podía dar á entender que un rey poco liberal libremente le diese lo que le había prometido, aunque añadiese á los muchos prometimientos una cédula de la mano real, la cual había hecho con fin de traerle con su

voluntad en España. Más Gonzalo Hernández venía de Nápoles mucho por fuerza; no se partió juntamente con el Rey, porque quiso primero con mucha cortesía y cumplimiento despedirse de sus amigos y de todos los ciudadanos, y especialmente de las señoras generosas y satisfacer á su honra. Porque nadie quedase quejoso, mandó pregonar con trompetas que del mayor al menor viniesen á cobrar sus dineros, si algo se les debía, y á sus capitanes y soldados les rogó que pagasen á los mercaderes ó á otras gentes, si de algo eran deudores, dando á muchos de ellos dineros para que esto se cumpliese y para comprarse aderezos de sus personas con que volviesen bien en orden á sus tierras. Traía en su servicio una compañía de gente mayor y más bien aderezada que la Casa real. Mientras el Rey estuvo en Nápoles había hecho grandes gastos, con los cuales encubría la escaseza del Rey, queriendo en todo caso conservar con mucha familia y casa ilustre el sobrenombre de Grande, ganado con singular valor y esfuerzo. Dejaba en Nápoles tanto deseo de sí, que estando para embarcarse en la galera, vinieron al muelle muchas señoras y con muchas lágrimas, haciéndose á la vela, rogaron á Nuestro Señor Dios le diese felice navegación y la vuelta que fuese presta.

Pocos días después el Rey don Hernando, siguiéndole Gonzalo Hernández, allegó á Génova. Los genoveses le presentaron dos fuentes de oro y muchas vituallas frescas para la gente de mar, y aunque se diese prisa de ir á Saona, quiso primero ver y tocar el santo Catino. Este es un vaso que religiosamente se guarda en la sacristía de la iglesia mayor. Es una smeralda de seis ángulos, cavado á modo de un plato de vianda. Fué ganada antiguamente esta joya de la victoria de Suria y á pública honra de la ciudad consagrada á San Lorenzo.

Había venido el Rey Luis de Francia á Saona, por ver al Rey don Hernando y á la Reina, hija de su hermana, habiendo pocos años antes sojuzgado á los genoveses, los cuales echando de fuera á los nobles se le habían revelado, y quitándoles la libertad les metió encima la cerviz una fortaleza junto al faro. En aquel ajuntamiento ninguna cosa fué más illustre ni más notable al ver que Gonzalo Hernández, al cual mandaron los Reyes que se asentase á su mesa. El Rey de Fran-

cia se maravilló y le loó mucho, que con su grave aspecto de la gentil disposición, é con un rostro bellissimo, representaba la semejanza de un varón antiguo, y confesó que pues en él se mostraba tanto valor de ánimo y cuerpo, que méritamente era merecedor del renombre de Grande. Dícese por cierto que en este ajuntamiento ambos á dos los Reyes se lamentaron de la codicia de los venecianos y determinaron de recobrar con las armas todas aquellas tierras que les habían tomado y las que contra su voluntad les habían concedido. No faltó Antonio Palavicino, genovés, embajador del Papa Julio, el cual persuadía en su opinión á los Reyes, encendidos en aquel deseo. Porque no podía con buen ánimo sufrir el Papa que las ciudades del Estado de la Iglesia, que eran Ariminio y Faenza, vacante la sede apostólica, hubiesen sido ocupadas por venecianos. El Rey de Francia estaba enojado que Cremona, Bergamo, Crema y Bresa hubiesen sido quitadas del Estado de Milán. El Rey de España tenía á mucho mal que las ciudades de Pulla y de tierra de Otranto fuesen sujetas á venecianos. Fué partido este ajuntamiento cerca los primeros días de Julio, el Rey Luis caminando para los Alpes por tornarse en Francia y el Rey don Hernando con bonísimo tiempo llegó á Barcelona.

Los Grandes de Castilla y Aragón fueron á la hora con grande prisa á recibillo, que á pequeñas jornadas caminaba, alegrándose de su felice y presta vuelta en estos reinos, mirándole á los ojos como á testigos del ánimo pacífico ó enojado. El Rey con profundísima disimulación y grande artificio mostraba haber olvidado todas las ofensas, y con grande alegría y demostración de ánimo clemente abrazaba á los unos y á los otros, tanto que quitaba la sospecha y el temor á muchos que merecían ser castigados, don Antonio de la Cueva, caballero generoso y gentil cortesano, habiéndole venido á recibir, con mucha risa y regocijo le dijo: «Y tú también, don Antonio, me desamparaste en la Coruña». Este don Antonio con apresurada lisonja fué recibir á Filipo; el cual con mucha desenvoltura, porque el Rey le perdonase, respondió: «Ansi es, joh Rey y señor mío! y no lo niego, porque ¿quién habría creído jamás que un mozo de veinte y cuatro años, gallardísimo de cuerpo, el rostro fresco y colorado como una rosa, se

había de morir en tres días?» El Rey, holgándose de su libre respuesta, con semblante alegre le dijo: «No te habría engañado el suceso del ligero consejo, si tú pensaras que un Rey clemente y legítimo pudiera muchos años vivir y felicemente reinar». Estas palabras, amorosamente dichas y recogidas con placer de los que estaban al derredor, referidas á los otros, fácilmente quitaron á muchos la vergüenza y el temor. El Rey siempre en la próspera y en la adversa fortuna se mostró grave, y como acostumbrado á recoger y gobernar los ánimos de los suyos, perdonó humanísimamente á todos y al Duque de Nájera y á don Juan Manuel, el cual le había sido grande deservidor y enemigo.

Partiéndose del Rey, iban todos á recibir al Gran Capitán, que por la pesadumbre de una febrezuela se había detenido en el camino y había allegado á Valencia y sido recibido de toda la ciudad con mucha fiesta y regocijo, saliendo toda la genté de ella á la mar por solamente velle. Don Serafín de Centellas, Conde de Oliva, lo recibió y le aposentó en su casa, teniéndola tan aderezada como si el Rey se hubiera de aposentar en ella. Envióle al armada muchos caballos y mulas; fueron tantas, que ninguno entró á pie en la ciudad.

Habiéndose detenido en Valencia algunos días por aderezarse y tomar algún reposo del fastidio de la navegación, se fué para Burgos, donde el Rey había entonces allegado, con tanta multitud y frecuencia de gente, que los caminos no los podían recoger, pareciendo á los miradores una semejanza de ejército, con ver tanta gente, tantos soldados viejos de Italia, tantos adherentes y amigos, obligados de la voluntad y servicio que venían á recibille y á besalle las vencedoras manos. De suerte que ni las casas, ni los techos, ni las vituallas de ante aparejadas, no bastaban para tanta muchedumbre. Maravillábanse los habitadores de los sayos pavonados de nueva y extraña manera, las ropas de encima de seda, las gorras aderezadas de puntas de oro y penachos, los valerosos capitanes con cadenas de oro, los caballos muy bien enjaezados con sillas aceradas al uso de Italia y Francia, y de esta grandeza muchos fueron los que se ofendieron de la envidia. Adquirióse mucha fiesta de la gente popular que le hacían versos llamándole merecedor

no solamente del renombre de grande, mas de grandísimo.

El Conde de Ureña, maravillado de todas estas cosas, como aquel que era de ingenio delicado, dijo que Gonzalo Hernández le parecía muy semejante á una nave muy grande, la cual tiene necesidad de mucha agua para poder navegar; de otra suerte le sería forzado quedar encallada donde hay poca hondura; queriendo decir que en España, reinando don Hernando, no se podía sostener tanta machina, como después se mostró en efecto, que Gonzalo Hernández, no solamente se paró en la corrida, mas casi se anegó en las pesadas rocas de la envidia. Llegando á Burgos, el Rey por honralle le salió á recibir y mirando los soldados que le venían delante, vestidos con diversos y pulidos vestidos, viniendo Gonzalo Hernández el último de todos, apeándose á besar las manos á Su Alteza, le dijo el Rey mostrando con el dedo una grande compañía de soldados: «Gonzalo Hernández, por lo que ahora veo, me parece que tú has muy bien pagado lo que á estos soldados les debías, pues que habiéndote seguido tantas veces en las batallas y reencuentros, cuando en ellas eras el primero, ahora que es hecha la paz, mudando la costumbre con mucha razón les permites que te vayan delante». Donde con palabras de mucho amor le loó que siendo capitán animoso muchas veces se había puesto delante los suyos en los peligros de la guerra.

Después de haber estado Gonzalo Hernández en la Corte algunos días ocupándose en los oficios privados y pidiendo en balde muchas veces que el Rey le hiciese Maestre de Santiago, demandándolo con mucha instancia como cosa prometida debajo la fe y con cédula de la mano Real, y enfriándose poco á poco el calor de la gracia y favor, llevó de la Corte en trueque de una grandísima merced mucho enojo y pesadumbre, porque el Rey con vanas causas de tardanza y con palabras procurando de entretenerle, mostraba claramente no querer usar con él de aquella liberalidad prometida. A Gonzalo Hernández le fué forzado descubrir á sus amigos el dolor de la injuria y el descontentamiento del ánimo y quejarse á velas tendidas de haber sido engañado, en especial á don Bernaldino de Velasco, Condestable de Castilla, el cual era de autoridad y de riquezas muy grande en Bur-

gos é muy amigo de Gonzalo Hernández, por fenelle aposentado y por ser de un mismo bando y voluntad. Trataban su amistad con mucho secreto y comunicaban sus pensamientos con grande libertad, dando Gonzalo Hernández y recibiendo la fe de dar á su hija doña Elvira por mujer al Condestable, que poco antes se le había muerto doña Juana de Aragón, su mujer, la cual era hija bastarda del Rey, y en breve tiempo se había enfriado el amor del yerno para con el suegro. La causa fué por no haber podido impetrar del Rey la vida de un su familiar y criado condenado á muerte. El Rey recibió enojo de la promesa de este casamiento, porque tenía pensamiento de dar á doña Elvira por mujer á su nieto don Juan de Aragón, hijo del Arzobispo de Zaragoza, á fin que las riquezas y estado de Gonzalo Hernández cayesen en la casa real. La Reina Germana, con un rostro enojado, volviéndose para el Condestable, le dijo: «¿Tú no tienes vergüenza, pues no eres bastardo ni grosero, de tomar por mujer la hija de Gonzalo Hernández, habiendo sido casado con la hija del Rey?» El Condestable le respondió: «En este caso tengo un muy honrado ejemplo que seguir, tal que no tendré vergüenza de mi pensamiento, donde claramente toco á la Reina, la cual no siendo hija de Rey mereció ser mujer de un Rey tan grande y poderoso». Dicese que de aquella respuesta quedaron el Rey y la Reina muy enojados.

Tenía por costumbre Gonzalo Hernández, cuando la Reina salía de casa, llevalla de brazo, y cuando iba cabalgando, ir á su costado llevándola de rienda. Sucedió en este cargo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, é Gonzalo Hernández fué del todo privado de aquella honra y oficio. El Condestable, acrecentándosele el enojo, perdió todo el favor del parentesco real, y no mucho después, como era de ingenio vano y libre, sospechoso y odiado por la mucha grandeza, murió antes de tiempo, habiendo poco antes contra la voluntad del Rey favorecido á fray Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo. Este, por opinión de religión, de humilde frailecillo, con el favor de la Reina doña Isabel, había obtenido el arzobispado; gastaba á su voluntad, según la disciplina cristiana, infinitas riquezas, y de esto el Rey lo envidiaba; y procurando con mucha instancia que permutase el arzobispado de Toledo con su hijo el

Arzobispo de Zaragoza, lo cual, como infame y insolentemente procurado, el Condestable y Gonzalo Hernández, rogados del Ximénez que no le desamparasen ni le dejasen hacer aquella afrenta, habían grandemente blasfemado de ello, porque les parecía que aquella iniquísima permutación se hacía por ofender el juicio de la Reina doña Isabel, fundado en una sincera religión. Y así el Ximénez con este favor, con ánimo constante respondió que si á él le apretaban un poco más, que á la hora renunciaría la mitra y el báculo y se volvería á ser fraile. Eran los pensamientos del Rey enderezados á hacer muy rico al hijo, por poder valerse de las rentas de la Iglesia cuando le apretaban las necesidades de la guerra, así como lo había hecho de los maestrazgos de Santiago, Alcántara y Calatrava, suprimidos en la persona real. El Rey dejó de entender en el negocio, teniendo grande enojo contra el Condestable y Gonzalo Hernández, los cuales habían estorbado con el Ximénez, el cual había tenido contienda por su dignidad y reputación.

En aquel mismo tiempo la fortuna, la cual luego que ha abierto la puerta á la envidia siempre se acrecienta y amenaza con la causa de los males, con grandes ofensas hirió á Gonzalo Hernández; porque había venido á la Corte don Pedro de Córdoba, hijo de su hermano don Alonso, á visitar al tío que entonces venía de Italia. Este, habiendo hallado al Gran Capitán muy enojado porque el Rey no le guardaba la fe en hacelle Maestre de Santiago, como era de ánimo libre y impaciente á sufrir las injurias, desdeñado contra el Rey se volvió á Córdoba, donde, contra la voluntad real, con una cierta y perpetua autoridad heredada del agüelo y del padre, era tenido como príncipe y señor de la ciudad. Era don Pedro por este grande favor de los cordobeses y por aquella ilustre grandeza al Rey grave y enojoso, y envió á mandar con Herrera, alcalde de Corte, á los Veinticuatro, que se deserviría si don Pedro viviese en Córdoba, sino que se fuese á su casa, así como lo habían acostumbrado los otros señores de la casa de Córdoba. Este mandato los Veinticuatro lo hicieron saber á don Pedro, el cual recibió grande enojo y pena, y sin tardanza ninguna, movido de una precipitosa ira, mandó á sus criados prender á Herrera, y atado de manos y pies, puesto encima de un

caballo, lo dió á sus caballeros para que le llevasen á Montilla.

Era Montilla una villa de don Pedro de Córdoba su agüelo, cercada de fuerte muro, con una hermosa fortaleza, la cual estaba aderezada de muchos ornamentos de mármol y era la mejor y más polida de toda el Andalucía. El Rey, enojado grandemente, no dejando sin castigo el delito cometido, porque tocaba á la majestad real, después que don Pedro fué declarado por rebelde, determinó de castigalle con las armas, y mandando proveer de lo necesario para el castigo, Gonzalo Hernández y el Condestable le suplicaron por don Pedro con esta condición: que prometían á Su Alteza de traelle puesto de rodillas delante sus pies á pedirle perdón, pues como mozo, con ánimo ardiente había caído en aquel delito. Don Pedro, traído del autoridad del tío y del Condestable, vino á la Corte y llegó á pedir perdón de sus atrevimientos. El Rey no quiso perdonalle, antes lo desterró cuatro leguas apartado de la Corte, y que no se pudiese alargar más de una jornada, para poder ser llamado y volverse. Mandó con grave decreto que Montilla fuese solada hasta los fundamentos, para que sirviese de testimonio de la severidad real con los sediciosos caballeros. No pudiendo Gonzalo Hernández obtener con grandes suplicaciones que una memoria de la virtud paterna, edificada con tan grandes gastos, y siendo la tierra adonde él había nacido, dejase de ser arruinada, aunque para esto se valiese del medio de los embajadores del Rey de Francia, á los cuales les parecía ser justa cosa que aquel que había ganado para el Rey cien ciudades y infinitas villas y castillos, en trueque de este servicio se le hiciese merced de un castillo. El Rey siempre estuvo firme en su mandato, pero con esta moderación: que en lugar de Montilla, la cual con el ajuntamiento del Andalucía en breves días había sido arruinada, á Gonzalo Hernández se le hiciese merced de la ciudad de Loja, por mitigar con aquella dádiva el rigor del castigo. Está apartada Loja de Granada cuatro leguas, puesta en un valle apacible, ceñida de altísimos montes; ajuntando á esta merced una esperanza de ánimo muy benigno que Loja pasase á sus herederos, con que Gonzalo Hernández renunciase la cédula del Maestrazgo.

Gonzalo Hernández con generosa respues-

ta respondió que no quería ser tan mal mirado que inconsideradamente renunciase el derecho de la promesa real, porque quería más mostrar la causa de una justísima querrela que aceptando una desigual recompensa renunciar al maestrazgo. Mostraba en el preguntar y responder una cierta gravedad, mezclada con una apacible alegría, y con improviso y delicado burlar, motejaba de lo sabroso y amargo. Mas la simplicidad de la lengua latina no allega al argutia del hablar español, el cual fácilmente nace de lo incierto, y á esta causa me es forzado dejar infinitos motes muy graciosos, los cuales, aunque puedan parecer maravillosos y mover á risa á los despiertos ingenios de esta aguda nación, pero cuando son traducidos, como desnudos de su gracia y sabor, parecen fríos y groseros, y en fin, no son agradables á los oídos de los latinos. No me parece que todos los hayamos de dejar, así como aquel que dijo á Diego García de Paredes, caballero valeroso, cuando los franceses se esforzaban de pasar el Garellano por la puente, y las pelotas del artillería de los enemigos volaban muy espesas por toda parte, con muerte de hombres y de caballos. Gonzalo Hernández, con corazón valeroso, puesto en medio el peligro, esforzaba al uno y al otro. Diego García le persuadía que se quisiese quitar de aquel lugar peligrosísimo. Gonzalo Hernández le respondió: «Diego García, pues Dios no ha puesto miedo en vuestro corazón, no curéis vos agora de ponerle en el mío».

Derribándose Montilla (así como lo habemos dicho) por mandamiento del Rey y rogando en balde los embajadores de Francia que quisiese perdonar aquella tierra, por ser en ella nacido Gonzalo Hernández, el cual había ajuntado á los reinos de España cerca doscientas ciudades y más de setecientas villas y castillos, y siendo venida la nueva que de los que se habían ajuntado á derriballa eran miserablemente muertos más de ciento de ellos por un pedazo de muro que les cayó encima, dijo Gonzalo Hernández: «Muy claro se muestra cuán valerosamente viva y sana se defendiera Montilla, pues condenada y casi muerta ha muerto á muchos de los que procuraban su ruina y destrucción».

En aquel día que en la ribera de Gaeta fueron en una larga y dificultosa batalla los franceses vencidos y puestos por las puertas de

Gaeta adentro, habiéndose presentado un caballero catalán, llamado Cerbellón, al combatir algo más tarde de lo que fuera necesario, siendo la batalla fenecida y ganada la victoria, armado y puesto en una barca dando grande prisa á los remadores que se allegasen á los compañeros vencedores, mientras muchos estaban al orilla para ver lo que era, llegó preguntando don Diego de Mendoza quién era aquel que venía tan bien armado, Gonzalo Hernández le respondió: «Como sois corto de vista no conocéis que es San Telmo». Llamen los marineros cristianos la estrella de San Telmo aquella que se muestra encima de la entena después de una oscura y grande tormenta, prometiendo bonanza, así como las antiguos creían de los fuegos de Castor y Pollux. Entendieron los que estaban presentes la delicadza del mote, porque reheprendía al Cerbellón por haber venido tan tarde. Los del enderredor rieron tanto, que en desembarcando el Cerbellón le saludaron por San Telmo, el cual sobrenombre le quedó entre soldados para siempre.

Saliendo los franceses (después de haber entregado á Gaeta) del reino, Gonzalo Hernández á muchos de ellos que se iban por tierra les mandó proveer de caballos. Monsiur Daubegni, su capitán general, le dijo con un gesto medio riendo: «Gonzalo Hernández, ruégoos mucho que nos mandéis proveer de caballos gallardos y fuertes, porque nos sirvan para el ir y para el volver», casi prometiendo de renovar la guerra. Gonzalo Hernández, entendida la agudeza del mote, le respondió: «Torná mucho en buen hora, cuando os placiere, que las mismas cosas que ahora os doy de mi voluntad, vestidos, caballos y salvoconducto, fácilmente á la vuelta lo alcanzaréis de la clemencia y liberalidad mía». Mostrándoles claramente, que si volviesen, correrían la misma fortuna de guerra.

Don Bernaldino de Velasco, Condestable de Castilla, era muy galán y gran cortesano. Andaba servidor de una dama de la Reina, y según el uso de la Corte hacíale muchos servicios; loábala grandemente, diciendo que ninguna cosa le faltaba para ser del todo hermosa sino unas pocas de más carnes, porque como era muy moza era algo flaca. Esta dama, por dalle favor, dió al Condestable una presea de color verde. El Condestable mandó dar de vestir á los pajes y lacayos de aquella color.

Gonzalo Hernández, topándole, loando la invención, le dijo: «Señor Condestable, si la dama no hace con este verde, mandalda vender». A toda la Corte apachó el mote, por ser agudo y sabroso.

Estando en Taranto mandó que á un soldado, por ser malhechor y sedicioso, lo llevasen fuera á ajusticialle. El soldado hacía grandes extremos y dando voces, diciendo que le hacían sinjusticia, citaba á Gonzalo Hernández para delante el juicio divino. Gonzalo Hernández dijo: «Vete, en fin, y vete presto, confiándote en el alto juez, y infórmale de tu justicia, que allí estará don Alonso mi hermano que responderá por mí». El cual pocos días antes había sido muerto en la Sierra Bermeja, y entonces acaso había venido la nueva cómo los moros tomándole en medio lo habían muerto, muerte verdaderamente merecedora de un capitán religioso y esforzado.

Tornando adonde nos partimos, Gonzalo Hernández, enojado y desabrido, se retiró á Loja buscando un ocio reposado de tantas repulsas y ofensas, hasta tanto que la envidia diese lugar y el ánimo del Rey, alterado contra él, se amansase, estando así retirado y con la memoria de los servicios se volviése á más honestos pensamientos. Pues habiéndose procurado un justo reposo, estúvose dos años cuándo en Loja, cuándo en Granada, contento con sus riquezas, que eran muchas, y de su gloria, sino que ella, como las más veces acaee, era opresa de la mucha envidia de sus enemigos. En aquella reposada vida con el cuerpo se ejercitaba poco y el ánimo procuraba recrealle con favorecer á muchos que estaban apretados de la pobreza ó revueltos en pleitos ó puestos en otros peligros, los cuales pedían su ayuda y favor. Con estos ejercicios mantenía su reputación por toda la provincia, y se adquiría por todas las maneras de gentes singular gracia y voluntad, en especial con los confesos y moros. Los españoles llaman marranos á aquellos que son nacidos de linaje de judíos, y hechos cristianos vuelven otra vez á las ceremonias de la ley judaica. Y cayendo en este capital delito acostumbran echalles espías que con grande diligencia miren lo que hacen y aun lo que dicen, y los que son sospechosos los acusan delante los inquisidores. Gonzalo Hernández, salva la justicia de la religión, en cuanto él

podía les favorecía, porque miseramente saltados de temor no fuesen (dejando la España) vagando por el mundo y se pasasen á Turquía, donde tenían segurísimo acogimiento, por ser hombres ingeniosos y maestros de obras mecánicas, especialmente en hacer paños. Y lo peor de todo, cosa que es para doler, por liaber hecho á la cristiandad mucho daño, que llevaron los maestros del artillería. Por la misma vía á los moros que habían quedado en Granada, que sufrían mucho, con los cuales era de parecer que se debían tratar clementísimamente, porque aquella súbita nación, impaciente de un imperio cruel, con ánimo prontísimo levantada á tomar las armas, no se pasasen en Africa, ó de allí no llamasen ayuda contra los cristianos, por ser severamente gobernados.

Pocos años antes, por un mandato del Rey don Hernando, entonces tan religioso cuanto después á muchos importuno, una multitud casi infinita de judíos, la cual antiguamente se habían avecinado en España, porque no querían dejar la judaica y recibir la religión cristiana, despojados de sus bienes y echados de las Españas, se habían derramado por todo el mundo, y una parte de ellos poblaron á Salonique, ciudad noble de Grecia, la cual Amurate, tomándola por fuerza, la arruinó, para que después fuese de grande provecho á los señores turcos. Y así Bajaceto, como yo lo entendí de Luis Griti, Duque de Venecia, decía que don Hernando, Rey de España, era tenido de todos los cristianos por muy prudentísimo; lo que á él no le parecía, pues había desterrado á los judíos de sus reinos, los cuales él de bonísima voluntad los había recogido en Grecia. Porque se muestra claro que por la frecuencia de los hombres se hacen los reinos grandes y ricos, y que importaba poco á la república cristiana que los habitantes de ella no conformen en la religión, pues todos, por mantener el general oficio de la razón y el honesto costumbre y la conservación de la justicia, adoren al gran Dios criador de todas las cosas. En este solo punto se muestra claramente que los moros se conforman con los judíos y con los cristianos. Era Bajaceto filósofo y muy docto, y siguiendo la opinión de Avenroiz, no admitía todas las fábulas del profeta Mahoma, y en esta persuasión era diferente de su padre Mahometo, el cual decía que los hombres habían solamente

de adorar á dos deidades, la una la virtud y la otra la fortuna, y con esto había desechado todas las religiones.

No faltó en el tiempo de aquel reposo á fray Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo, de ayudalle con consejo, con capitanes y soldados, el cual con ánimo religioso y noble pensamiento, por matar la envidia de las muchas riquezas, tenía aparejada una armada de docientos navíos para pasar á Berbería, habiendo asoldado con sus dineros catorce mil hombres entre caballos y peones, de los cuales era capitán general el Conde Pedro Navarro, dado del Gran Capitán al Arzobispo. El Conde con venturoso suceso, habiendo tomado el gran puerto de Mazalquibir, tomó por fuerza de armas á Orán, tierra noble que ya se llamó Barbaria, y con la misma furia echó del reino al Rey de Tremencén, habiéndole vencido en batalla. Después de haber vuelto el Conde Pedro Navarro en España con la corona de la victoria, tomó á Bugia, antiguamente llamada Uzicata, puesta en el golfo Holchachite, ciudad de la Numidia, famosísima así por las riquezas como por el estudio de la disciplina liberal; siendo vencedor en dos batallas rompió á los moros, y habiéndola combatido valerosamente ganó la gran Lepti, hoy llamada Trípol; las cuales cosas acabadas honradamente y con grande presteza del capitán y de los soldados acostumbrados á la disciplina de Gonzalo Hernández, adquirieron grandísimo loor y fama al capitán de la felice milicia.

Estando en Loja con este reposo, que á la verdad tenía muestras de un honesto destierro, no faltando en él jamás la grandeza de su consejo, ni aquella excelente virtud con la cual se había adquirido tanta gloria, con un mismo modo de un indómito valor media las cosas prósperas y adversas. El Conde de Urueña preguntó á un gentilhomme de Gonzalo Hernández, que había venido á la Corte, diciendo: «¿Cuán gran hondo tiene en el agua de Loja aquella gran nave?» igualándola, como arriba dijimos, á la grandeza de Gonzalo Hernández. Siéndole referido á Gonzalo Hernández, respondió: «Decí al Conde que la nave, con muy buenos lados, espera que la mar crezca para poderse levantar y dar las velas á los vientos, los cuales no suelen ser siempre contrarios». No faltó suceso á aquella apacible respuesta, pues antes de fenecer el año, habiéndose el Rey grandemente espantado por la nueva de

la rota de Rávena, Gonzalo Hernández, preferido á todos los otros, fué llamado del destierro para reparar las cosas arruinadas, así como lo fué de los romanos el dictador Furio Camillo contra los vencedores franceses, porque en aquella infelice jornada fueron muertos la mayor parte de los soldados viejos, los cuales poco antes el Conde Pedro Navarro los había traído de Africa, y habían sido muertos más de treinta y seis illustres ó conocidos capitanes. Don Ramón de Cardona se salvó huyendo; el Cardenal Juan de Médicis, Legado, fué preso; Fabricio Colona, el Conde Pedro Navarro, vinieron en poder de franceses; de la cual calamidad apretado el Papa Julio, y teniendo en Roma recelo de alguna traición, pensaba en huirse. Todos los príncipes de la liga demandaban á Gonzalo Hernández, al cual tenían por capitán venturoso en vencer á franceses.

Puesto el Rey en tanto trabajo, envió á Navarra á don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, para que refrenase al Rey de Navarra, echado del reino, y nombró á Gonzalo Hernández por Capitán general, el cual á la primavera pasase en Italia y diese socorro al Papa y procurase que Nápoles no recibiese daño ninguno. La armada se aparejaba en Málaga; concurrían á ella infinitos caballeros y soldados; el aparejo que se hacía de armas y caballos era grande. Teníase por muy cierto que Gonzalo Hernández desterrase los franceses de Italia y traería en España de aquella nación nuevo triunfo.

Habíanse aiuntado en Málaga muchos navíos, especialmente de Cádiz; estaba la vitualla proveída; los soldados y caballos, repartidos por las naves, esperaban buen tiempo para embarcarse, cuando por un súbito aviso de la no esperada victoria, por mandamiento del Rey se quedó todo el suceso. Los soldados, derribados del dolor, los cuales habían designado adquirirse premios y honras de aquel viaje, se lamentaban grandemente de la fortuna, y Gonzalo Hernández siendo infelicemente nombrado por Capitán general, habiendo gastado mucha suma de sus privadas riquezas, se afligía por el daño de tan grande esperanza como le había faltado.

Paréceme ser necesario haber de contar brevemente en qué manera el suceso de la guerra de Italia rompió aquella esperanza de loor y de victoria, porque las cosas que pue-

den parecer fortuitas se refieran al juicio divino.

No habiendo pasado dos años después que dijimos que los Reyes estuvieron juntamente en Saona, donde hicieron una liga muy perniciosa para la ruina de Italia, conspiraron contra venecianos con fin que, arruinada su señoría, las ciudades que les habían quitado fuesen restituídas á sus antiguos señoríos. Acaesció que, siendo los venecianos vencidos en una batalla junto á Adda, siendo capitán el mismo Rey de Francia, perdieron todas las ciudades que tenían en Lombardia y se retiraron dentro las lagunas. La ciudad de Venecia humildemente impetró perdón del Papa Julio, porque el Papa con los suizos había recobrado á Faenza y Ariminio y á Rávena y Cervia, ocupadas muchos años por venecianos. El Rey Luis, por la victoria, hablase enseñoreado de Cremona, Crema, Bergamo y Bresa, y con el mismo suceso los pueblos de Verona, Vicencia, Padua, Feltro y el Frívoli se habían dado al Emperador Maximiliano. El Rey don Hernando había recobrado sin herida ninguna las ciudades de la Pulla. Alfonso de Este, Duque de Ferrara, había tomado el Polisenc de Rovigo. El Papa Julio demandábale, como á feudatario de la Iglesia, las rentas de las salinas, las cuales están en la Paduse en Comachio. El de Ferrara, por serle las salinas de grande utilidad, determinó defendellas con la guerra, y, favorecido de las armas francesas, en más de en una parte rompió á la gente del Papa. Por la cual injuria enojado el Papa, excomulgó al Duque Alfonso y hizo entender al Rey de Francia que si no le favorecía le tendría por enemigo, haciéndole saber que no le faltarian Reyes que defendieran la injuria hecha á la Iglesia. El Rey de Francia, haciendo burla dél, tuvo en poco sus excomuniones y censuras, y marchando el campo para adelante, echó al Papa de Boloña y llamó concilio en Pisa, en el cual, examinadas las costumbres de Julio, fuese echado del Pontificado.

Tomado este negocio por el Rey Luis más agramente y con más arrogancia de lo que le convenia, fué causa de levantar algunos Reyes. Y entre los otros á Enrique, Rey de Inglaterra, entonces muy aficionado á la Iglesia, el cual con un grueso ejército asaltó las ciudades de Normandía. No faltó el Rey don Hernando á Enrique su yerno, que con color de la religión tomaba muy justamente las ar-

mas contra franceses, especialmente demandándole ayuda el Papa, al cual en ninguna manera podía faltalle, haciéndole esta valenza con grande voluntad, porque había hecho venir en Vizcaya la armada de Inglaterra con fin de echar de Navarra al Rey don Juan, amigo de franceses, y por esta causa excomulgado del Papa.

Había el Papa hecho liga con venecianos y con el Rey don Hernando, al cual por ser en favor de la Iglesia dió la investidura del reino de Nápoles, y asoldado los suizos había movido por toda parte gruesa guerra contra franceses; de la cual guerra, finalmente, tal fué el suceso, que habiendo hecho una sangrienta batalla en Rávena, los franceses quedaron vencedores, pero recibieron tan grande daño que, apretados de la gente de suizos y venecianos, en término de setenta días fueron desterrados de Italia, quedando muertos en el principio de la victoria el capitán general don Gastón de Fox y monsiur de Alegre, noble y viejo capitán, y casi todos los capitanes de caballos y infantes. En el cargo de don Gastón sucedió monsiur de la Paliza, y aunque lo requería la venida de los enemigos de meter gente en orden, no lo pudo hacer por no consentillo el tesorero de Normandía, porque decía que no quería echar los dineros del Rey en la victoria; y desconfiado de poder hacer dineros, siguiendo el más sano consejo llevó la caballería salva en Francia por socorrer á su tierra apretada de la guerra que por mar le hacían los ingleses y por tierra los suizos, los cuales habían pasado en Borgoña.

Habiendo venido en España la nueva de estos sucesos, pareciendo al Rey don Hernando que se debían de hacer suplicaciones por todas las iglesias, dando gracias á nuestro señor Dios, el cual con aquella victoria había puesto fin á la guerra, escribió de presto á Gonzalo Hernández que parase en hacer gente de pie y de caballo y despidiese el armada, enviando á sus casas los caballeros que había amparado y á los que voluntariamente se habían ofrecido á seguille en aquel viaje, y por toda el Andalucía públicamente se diesen gracias á nuestro señor Dios por haber librado á Italia de temor harto más en breve de lo que las gentes pensaban, habiendo dado al Papa una grande victoria contra sus enemigos.

Tiénesse por muy cierto que á Gonzalo Her-

nández en todos los días de su vida le llegó nueva tan mala como ésta, ni jamás ningún capitán vido más caídos á sus soldados, así por desbarate, ó contrario accidente, ó trabajo recibido, tanto que era para maravillarse ver que un hombre que ningún peligro ni golpe de fortuna le había derribado de la fortaleza de su esfuerzo, con la pública alegría no podía templar el privado dolor del ánimo. Porque sólo él esperaba que con la ocasión de una guerra tan grande, en la cual estaba determinado mostrar su esfuerzo y valentía, sojuzgando la envidia, quebrantaría los ánimos de sus enemigos. En las primeras pláticas que hizo á los que estaban cabe sí, después de haber recibido el mandamiento del Rey, dicen que dijo: «El Conde de Urueña (contra lo que yo pensaba) ha salido muy cierto adevino, pues que mi nave, movida de la corriente del agua y hinchadas las velas del viento, en el medio del viaje le ha faltado».

Pocos días después, estando en Antequera, que es una ciudad casi en el medio de entre Granada y Málaga, ajuntados los soldados, les hizo un razonamiento con mucha gravedad y prudencia, consolándoles que con buen ánimo tuviesen sufrimiento, si burlados de la fortuna habían perdido la esperanza de mostrar su esfuerzo y ganar grande honra y gloria, pues es muy justa cosa que se proponga el bien público al privado, y se alegrasen de la victoria común. Y que los satisfaría de manera que no se arrepentirían de su voluntad, la cual del Rey era muy amada, ni de los daños ni caminos que por su servicio y por la esperanza de la honra habían recibido; lo restante lo esperasen de la liberalidad real, que con sus cartas los encomendaría, y que en esto no tuviesen ninguna duda, pues el Rey era tan justo que á todos haría largas mercedes, con que se satisfarían de los gastos hechos para esta empresa. Licenciado el parlamento se retiró á su casa, haciéndoles entender que dentro tres días les quería á todos hacer una dádiva. Fué parte de ella en dineros, repartidos entre soldados privados, parte en plata labrada, piezas de brocado y grana y mucho número de piezas de sedas de colores, caballos muy hermosos, tiendas pintadas, armas doradas, camas de campo. Fueron tantas, que los mercaderes por causa de ganancia las habían traído de Córdoba, de Sevilla, de Medina, de Valencia y de Granada.

Fué el valor de ellas estimado en más de cient mil ducados. Repartiólas con mucha liberalidad, no perdonando á los aderezos de su propia casa. Teníase por cierto que quedaba tan gastado y teniendo empeñadas muchas rentas de sus villas, que no podría cumplir con los intereses y le sería forzado fallir. Sus enemigos se reían dél, porque con vanos gastos, por hacer una odiosa muestra de una riqueza real, soberbiamente y fuera de propósito había dado saco á su casa y hacienda. Dícese que el Rey con una secreta pasión tenía deseo de quitar toda la reputación á Gonzalo Hernández, haciéndole fallir, y por esto le dió esperanza que á la primavera del año venidero, con el mismo aparejo tenía de pasar en Italia, y esto porque procurase con algunas dádivas obligarse los ánimos de los soldados. Pero aunque yo lo tenga esto entendido de algunos Grandes señores de España, no lo tengo por cierto, ni menos lo puedo creer, por no difamar sin culpa la honra de un Rey sabio y prudente. Porque ¿á qué causa había de temer, si no fuera con mucha sinrazón, de las riquezas de Gonzalo Hernández, especialmente habiendo ajuntado el reino de Navarra al pacífico reino de España y siendo vencedor en Italia y tenido por patrón de la guerra y de la paz?

Habiéndose adquirido Gonzalo Hernández una incomparable gracia y voluntad por su última liberalidad, retiróse á Loja, teniendo grande contentamiento, porque á nombre suyo á nadie se había faltado, y con mucha alegría, porque las cosas bien y valerosamente hechas por él le adquirían grande gloria, la cual voluntariamente le era contraria. En aquel reposo estuvo cerca dos años, siempre ocupado en un honrado ejercicio, pensando en cosas altas y grandes conformes á la grandeza de su ánimo. Había enviado con grande gasto y diligencia por todas las ciudades que tienen nombre de principado, no solamente en Europa, mas en Asia y en Africa, hombres bastantes para que con grande diligencia le hiciesen saber lo que se hacía en tiempos de paz y de guerra. Tanto que cada día acaecía, que siendo avisado de cosas maravillosas y de grande importancia, las contaba á los que se hallaban presentes, y con grande artificio las escribía á los ausentes. En el término de estos dos años que su vida se acabó, acontecieron maravillosos acacimientos, muy al

contrario de los que muchos tiempos antes habían sucedido. El mundo todo estaba revuelto en guerra, que muerto que fué el Papa Julio, el cual ninguno fué mayor ni más valeroso en defender y acrecentar la reputación de la Iglesia, le sucedió León décimo, grande favorecedor de hombres letrados, y procuraba volver al mundo la edad dorada. Coronóse en aquel mismo día que hizo un año, y encima el mismo caballo que fué preso en la sangrienta batalla de Rávena entró triunfando debajo el palio.

Pocos días después entendió que monsiur de la Tramolla y el Triultio, ilustres capitanes de franceses, habían sido desbaratados en Novara por unos pocos de suizos que les dieron encima. Y que Enrique, Rey de Inglaterra, habiendo hecho liga con el Emperador Maximiliano, había pasado en Picardía con un grueso ejército, y en pocos días, rompida la caballería de Francia, había tomado dos nobilísimas ciudades, á Teroana y á Tornai.

En aquel mismo tiempo, Jacobo, cuarto Rey de Escocia, rompido su ejército de escoceses por Habardo Surreio en Tuedo, fué en batalla vencido y muerto.

No habiéndose cumplido un mes después de este suceso fueron los venecianos vencidos en Vicencia en una sangrienta batalla por don Ramón de Cardona y Próspero Colona.

Con estos sucesos, muy conformes á los deseos del Rey don Hernando, se mezclaban con mayor contentamiento las batallas extranjeras de los nuestros con los Reyes bárbaros.

Fecha que fué la paz entre franceses y ingleses, el Rey Luis se casó con la hermana del Rey Enrique de Inglaterra, y siendo viejo y flaco, murió en el medio de las fiestas y regocijos de sus bodas, y había sido declarado por Rey Francisco de Valois, su yerno.

A Uladislaos, Rey de Hungría, se le habían levantado los villanos y puestos en armas, de los cuales era su capitán Bornamisa. Había tenido una peligrosa guerra, y siendo vencedor de ellos los castigó méritamente.

Constantino Rutheno, capitán de Sigismundo, Rey de Polonia, en Sinoleucho, encima al Boristene, en una grande batalla había vencido una infinidad de moscovitas.

En Levante, Selín, de turcos, y Sophi Hismael, de persianos, Reyes grandísimos y poderosos, teniendo ambos guerra, tal fué el su-

ceso, que habiéndose dado una sangrienta batalla en Artajarsa, ciudad de la Armenia, en la campaña de Calderán, fué vencedor Selín y el Sophi se retiró dentro de la Media.

Pero muy más honradas y apacibles se mostraban las cosas que en este medio eran escritas de las victorias de los portugueses, habiendo venido nueva muy cierta cómo con grande armada habían pasado el postrer cabo de la Etiopía hacia el polo antártico y habían sojuzgado casi todos los reyes de la India al largo del Árabe y el Pérsico, mares muy grandes y extendidos, y habían allegado á Malaca del Chersoneso y hasta la isla de Samotrán, y hallando asimismo la tierra donde nace la especería, y por todas partes habían aterrorizado innumerables ejércitos de aquella nación con sólo disparar el artillería de bronce.

Con el mismo contentamiento y con mayor gloria de castellanos se platicaba del Nuevo Mundo y de los despiadados pueblos de los caníbales, habiendo el armada del Rey don Hernando descubierto la Nueva España, adonde se hallaba tanta cantidad de oro, perlas y joyas, que bastaban á enriquecer en España, no solamente la facultad pública, mas aun las privadas.

Pues mientras Gonzalo Hernández en estos ejercicios (no con natural, sino con una forzada alegría) pasaba su vida, adolesció de enfermedad de cuartana doble, no de humor difícil, mas por el suceso de sus negocios y por su poca alegría mortalísima á un hombre viejo. Fué llevado de Loja á Granada el año hebdomadario de su edad, y habiendo recibido los sacramentos cristianos, murió en los brazos de doña María Manrique, su mujer, y de doña Elvira, su hija, á dos días del mes de Diciembre del año de nuestro Señor de mil quinientos y quince, habiendo vivido sesenta y dos años y tres meses y once días. Fué sepultado en la iglesia de San Francisco de Granada, y puestos al derredor de su sepultura más de ciento estandartes y banderas, acompañado en sus obsequias y mortuorio de don lñigo de Mendoza, Conde de Tendilla y gobernador de Granada, y de muchos caballeros del linaje de Córdoba. El Rey don Hernando escribió muy humanísimamente á doña María, su mujer, aconsolándola y loando á Gonzalo Hernández, quedando tutora y usufructuaria de la hacienda y del estado, la cual pocos días

después siguió al Gran Capitán en el camino del cielo. Murió Gonzalo Hernández en el mismo día que el Rey Francisco de Francia, habiendo vencido á los suizos en una gran batalla junto á Milán, vino á Boloña á verse con el Papa León.

Dicen algunos, á los cuales no doy crédito, que Gonzalo Hernández, poco antes que muriese, había hecho un concierto con algunos Grandes de Castilla que eran de su bando: que al Rey don Hernando, estando desapercibido de fuerzas, echado de los reinos de Castilla, fuese apretado á irse á los de Aragón, metiendo en el gobierno á su hija doña Juana, á la cual por causa de su dolencia el padre con astuto consejo la había metido en un castillo con achaque de sanalla, y llamar de Flandes á Carlos, hijo de Felipo, el cual siendo ya de edad de quince años, daba de sí grandes esperanzas de gobernar estos reinos, con el favor del cual, por tener noticia de los amigos del padre, habían pensado de abajar el partido á los del bando contrario.

Decían asimismo, que allende este trato tentaba cosas mayores, que eran sacar de la prisión del castillo de Játiva á don Hernando de Aragón, hijo del Rey Federico, por libertar el ánimo del juramento, manteniéndole la fe al mozo, la cual inconsideradamente había obligado, y restituírle el reino de Nápoles, con esta condición: que pagando cada un año cierto tributo, quedase feudatario al Rey de España, tomando por mujer á su hija doña Elvira, y en nombre de dote las ciudades y tierras que él poseía en Nápoles. Tenía tanta fuerza en él el enojo del no haberle querido dar el maestrazgo, que aunque estas cosas parezcan extrañas y ajenas de su condición, pero pueden con alguna razón ser creídas. Porque muchas veces acontece á los grandes Príncipes, que los merecimientos de un gran servicio, cuando son tan grandes que pasan el término, porque no pueden con justas mercedes satisfacerse, son pagados las más veces con notables injurias. Y verdaderamente que entonces la envidia y el enojo, en lugar de favor, tienen grandísima fuerza, especialmente cuando no son los Príncipes de ánimos generosos y son obligados de la grandeza de los merecimientos ajenos, y está hállalo el camino de una falsa razón, por quedar con vituperosos renombres de ingratos. Aunque á la verdad parece que esto

es fatal á los clarísimos capitanes, que en el postrero término de su vida, apretados de la envidia y privados de su honra, mueran con el dolor de la injuria. Porque dejando aparte los ejemplos de los antiguos, de Coriolano, de Alcibiades, de Narsetes, ¿qué otra cosa fué sino este dolor el que hizo arruinar á Borbón y al Conde Pedro Navarro, tomando el Conde las armas contra el nombre de su nación, miserablemente muerto en la prisión, en la fortaleza que él con sus propias manos había tomado? ¿Y el otro celerado traidor de su patria y cruel destruidor de la común fuese muerto en el principio de su cruel empresa? Y así yo no creeré jamás que Gonzalo Her-

nández, aunque estuviese muy enojado contra su Rey, hubiese tenido osadía de pasar tan adelante, que no se pudiera retirar sin ninguna afrenta suya, que si por el humor malencónico de la quartana deseaba cometer este delito, por sólo no habelle descubierto fuera de su pensamiento ni cosa ninguna indigna de su antigua fe y prudencia, es de creer que salió de esta vida muy contento de sí mismo. Porque otra cosa más deseada ó más felice le podía suceder, sino que siendo cargado de triunfos de verdadera gloria, que aquel su grande ánimo con la entera fama del renombre se volase al cielo, de donde él había venido.

Fué impreso el presente libro de la Vida de Gonzalo Hernández, llamado por sobrenombre el Gran Capitán, en la ciudad de Caragoça, en casa de Esteban G. de Nájera.

Acabóse á siete días del mes de Agosto, año de mil y quinientos y cincuenta y tres. (Sigue un escudo redondo del impresor con el lema: «Iusta Vltio».)